CUADERNO 54.

COLECCION GENERAL

de comedias escogidas.

TOMO I.

De don Francisco Candamo.

Este cuaderno y el 41 de la Coleccion forman el primer tomo de este autor.

Con licencia. Imprenta de Ortega. Madrid y setiembre de 1833.

Se vende en la libreria de la viuda de Cruz, frente á las gradas de san Felipe.

EL DUELO
CONTRA SU DAMA.

PERSONAS.

Enrique de Lorena.
Fernando, Infante de Portugal.
Gaston, Principe de Bearne.
Matilde, Condesa de Flandes.
Fadrique de Aragon.
Lotario, Galan.
Adolfo, Barba.
Roberto, Criado.
Fabio, Criado.
Floro, Criado.
Celio, Criado.
Ricardo, Criado.
Margarita, Dama.
Lisarda, Dama.
Porcia, Dama.
Laureta, Criada.

La Escena principal pasa en Bruselas.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Decoracion de Campo en las inmediaciones del Jardin de un Castillo, y Denoche.

Lotario y Celio.

Lotario.

¿Tragiste la escala?

Celio.

Si
y en las almenas mas bajas
de ese jardin, que al castillo
le sirven de barbacana,
queda ya puesta.

Lotario.

Fortuna,
si atrevimientos amparas,
ninguno es mayor que el mio,
muestre esta vez tu inconstancia,
que de las temeridades,
aun los riesgos se acobardan.

Celio.

Terrible resolucion
es la tuya, y temo....

Lotario.

Nada
me aconsejes, que aunque veo
mil dificultades, anda
huyendo de mi discurso
mi pasion por ignorarlas.

Celio.

Con una muger, señor,
de tan altiva arrogancia,
que toda es ira y furor,
y es tal que aun no sé si basta
lo dulce de su hermosura
á confitarle las rabias,
¿te espones á tal peligro
como entrar por una escala,
sin mas amparo que el vil
interés de una criada,
á quien retórico el oro
persuadió con eficacia?...
Plegue á Dios que tu locura
no pare en tragedia, y....

Lotario.

Calla;
que en tan terribles empresas
que tocan en temerárias,
acobardan los discursos;
porque es esperiencia clara
que de un temerario intento
aun la fortuna se espanta,
y de lo que no esperó
súbitamente turbada,
no distingue sí echa mano
de la dicha ó la desgracia,
y ella es tan opuesta mia,
que les negará á mis ánsias
cualquiera dicha, si yo
le doy tiempo de pensarla.
Dirás tú que Margarita
fiera me aborrece, y pasa
su severa condicion
de desdeñosa á inhumana;

dirás que tiene su ceño
una altivéz tan estraña,
que en ella el ser tan hermosa,
aun no es lo mas de ser vana.
Dirás que siendo su padre
gran general de las armas
de los duques de Lorena,
en guerras tan frecuentadas,
como mantiene un dominio
que es en iguales balanzas
árbitro entre las potencias
del Imperio y de la Francia.
Con aquella natural
ferocidad alemana,
la crió solo al arrullo
de las trompas y las cajas,
hasta llevarla consigo
yendo embajador á España:
dirás que en aquellos bandos
que estas desiertas campañas
poblaron solo de horrores,
entre mi casa y su casa,
muerto su padre, ella sola
defendió altiva y bizarra
este soberbio castillo,
adonde la ilustre anciana
memoria de su ascendencia,
le coronó de murallas;
hasta que muriendo el mio,
y advirtiendo que quedaban
cabezas de estas facciones,
si yo joven, ella dama,
en cuya ofensa estuvieran
nobles iras desairadas,
dejó las hostilidades,

y á este bosque retirada,
se ejercita en el heroico
ocioso afán de la caza:
dirás que apenas del viento
en la diafana campaña
pájaro estrangero cruza,
ave peregrina pasa,
ó ya en los tornos ginete,
ó ya en los bordos pirata,
que esté en el cielo segura
de sus iras, si dispara
un rayo, á cuyas centellas
cadáver de pluma baja.
Todo esto dirás, y todo
sirve solo de que añadas
entre nécias advertencias,
por mas materia á mi llama,
si un pesar al discurrirlas,
un mérito al despreciarlas
No hay delito que una hermosa
perdone de mala gana
si nace de amor, porque
si ella ocasiona sus ánsias,
cuanto es mayor el efecto,
se acredita mas la causa,
y á ninguna le ha pesado
al mirar las mas estrañas
locuras, saber en ellas
cuanto su poder alcanza;
pues ninguna hay que no crea
que ha podido ocasionarlas
Lo que en tres años no pudo
conseguir la continuada
porfia de mis afectos,
consiga el despecho, y haga

la desesperacion mas
que ha cabido en la esperanza.
Vén conmigo siempre atento
á oir si Laureta canta,
que es la seña de que ya
Margarita sola baja
al jardin.

Celio.

Aunque venimos
á guardarte las espaldas,
segun es tu condicion,
yo diré á los camaradas
que si por la escala subes,
te aguarden por la ventana

Lotario.

Ven dando vuelta al Castillo.

ESCENA II.

Decoracion de Jardin.

Salen Margarita y Laureta de francesas, Margarita leyendo un papel, y Laureta alumbrando.

Margarita.

Llega esa luz, que aunque tantas
veces le he leido, vuelva
á leerle, porque halla
mi afecto que estas caricias,
y estas ternísimas ánsias
nuevamente las repite
cuantas veces las repara.

Laureta.

¡Ay bolsillo, en qué peligro
me he de ver hoy por tu causa!

Lee Margarita

Mi bien, mi dueño, mi esposa:

¡ay, Laureta, esta palabra
vierte en el alma dulzuras,
de que aun no es capaz el alma,
y el corazon en el pecho,
batiendo intrépidas alas,
hecho á tres años de penas,
del gusto se sobresalta!

Lee.

La eternidad de tres años,
que duró ausencia tan larga;
¿Viste eternidad, Laureta,
tan fielmente ponderada?

Lee.

Tendrá término esta noche.

Laureta.

Bueno es esto, cuando aguarda
Lotario la seña mia:
¡ay muger mas desgraciada!

Lee Margarita.

Pidiendo licencia en esta
retirada de campaña,
para componer algunas
dependencias de mi casa,
por tí, á Nanci, por la posta;
donde llegué esta mañana,
para salar esta noche
á tu quinta Alma descansa,
y no de una vez se apuren
dichas que de gusto matan.

Laureta.

Acaba por Dios, señora,
no vayas leyendo á pausas,
que curiosos mis oidos
tienen una sed que rabian.

Margarita.

¿Viste enfermo á cuyo ardor
dán la bebida tasada,
que pareciéndole poca
al incendio de su llama,
antes que el lábio humedezca,
los ojos en ella baña?
¿y porque dure el recreo
tan poco á poco la gasta,
que entreteniendo la sed,
el alivio se dilata?
pues yo así, viendo que es breve
el papel, voy con templanza
entreteniendo el deseo;
y aunque le empiece con ánsia,
me detiene con temor
el susto de que se acaba.

Laureta.

Señores, de los oidos
la vida tengo colgada,
y al aire de lo que leo
se me bambolea el alma.

Lee Margarita.

De secreto voy, porque un
criado que me acompaña
no te conoce, que yo
le recibí en Alemania,
donde mataron á Floro.

Laureta.

Perdióse muy buena alhaja:
veamos el criado nuevo
que talle tiene y que traza:
¿no prosigues?

Margarita.

Queda poco;

y temo apurar el agua.

Laureta

Muriéndome estoy de miedo.

Margarita

Leo: *Por la puerta falsa*
del jardin, como solias
me puedes abrir.

Laureta.

Ya escampa;

Lee Margarita.

Y la seña de que está
la familia sosegada,
será el oir que Laureta
como que es acaso canta.

Laureta.

Cayóse la casa acuestas,
tiemblo como una azogada,
que la misma seña tiene
tambien Lotario; ¡ó mal haya
mi memoria, que no pudo
acordarse de que usaba
Enrique esta mesma seña!

Margarita.

Poco te debo, pues callas,
y no me pides albricias.

Laureta.

Yo no soy interesada:
las que me aguardan despues
diera yo de buena gana:
¡ay bolsillo, en qué me has puesto!

Margarita.

¿Por qué suspiras?

Laureta.

No es nada;

Margarita.

La venida de mi primo
te disgusta

Laureta.

Si se habla
verdad, yo no me he alegrado.

Margarita.

Cómo, atrevida, villana....

Laureta.

Tente, señora, que temo
segun eres manilarga,
que me derrames las muelas,
ó me siembres las quijadas;
y no te admires, porque
nosotras, si lo reparas,
nunca gustamos de pobre
que sea tan señor de casa:
es Enrique desabrido
y altivo, y....

Margarita.

Ea, basta, basta,
y á su venida agradece,
que te concede mi saña
el indulto de la vida.

Laureta.

Por tomarle la palabra
estoy; si desto se ofende,
¿qué será de lo que falta?

Margarita.

Ya está la casa en silencio;
y pues á la verde estancia,
adonde la noche tantos
astros de púrpura apaga,
hasta que en tibios albores
los vaya encendiendo en alba,

como que es á divertirme,
de tí bajé acompañada:
deja, Laureta, las luces
en el nicho de esa estatua,
que será en nuestras firmezas
entre materias contrarias,
de cera, pues las escucha,
y de mármol, pues las calla.

Laureta.

¿De qué sirve aquí la luz?
mira si alguna palabra
yendo tentando el oido
por los ojos se te ensarta.

Margarita.

Necia, ¿quieres que una noche
esté sin verle la cara,
sobre tres años de ausencia?

Laureta.

¡Que al lance no le quedára,
ni aun el antiguo recurso
de ser á escuras!

Margarita.

Acaba;
y dando la voz al aire,
llama á Enrique.

Laureta.

¿Eso me mandas?
¿no me has visto en la voz ronca, *tose*
perdida de acatarrada?

Margarita.

¿Qué importará que lo estés?

Laureta.

Yo no puedo echar el habla;

¡Jesus qué tos! ¡que me ahogo! (1)

Margarita

Siempre con tu voz nos cansas,
y ahora que lo mando yo
me buscas escusas vanas.

Laureta.

¿Qué músico no es así?
no hay cosa tan mal mandada
como el gusto; ¡ah quién supiera
hacer bien la patarata
de algun mal de corazon,
gran socorredor de damas,
porque no anda bien ninguna
si no dán lumbre las trazas,
sin pataletas de muelle,
y estasis de filigrana! ¡ay, ay!

Margarita.

¿Qué te ha dado?

Laureta.

Un flato;
¡ay Dios, ay, ay, que me tapa
toda la respiracion!

Margarita.

¿Flatos tienes?

Laureta.

¿Qué te espantas?
si anda este mal tan valido,
que todas las damas rabian
por entrar en esta moda:
¡ay, ay!

Margarita.

De burlas tratas;
por vida de Enrique.

(1) *Vuelve á toser.*

Laureta.

Tente,
que cantaré, aunque exalára
la vida en la voz: sospechas, *ap.*
no nos hagamos culpada,
aunque camine mi muerte,
en mis pasos de garganta.
¡Oh si Lotario entendiese
la letra y se retirára!

Canta.

Fuentecilla bulliciosa,
que con travesuras incauta,
ovejuela de cristal,
lavando las flores pasas;
pára risueña, pára,
qué bulles, qué saltas,
y vandido sediento un arroyo
te debe la vida, y te roba la plata.

ESCENA III.

Dichas, y sale Lotario.

Lotario.

A la seña de la voz,
por esas vecinas tápias
me arrojé.

Margarita.

Ya de la llave
prevenida estoy; ¿no llama?
¿si habrá ya llegado al sitio? (1)

Lotario.

Si mi suerte

(1) *Llega á ella.*

Laureta.

Ya está echada
la mia.

Margarita.

¡Cielos, qué miro!
De mis delirios fantasía,
cuerpo de mi fantasma,
pues á ser hombre no entraras
en claustro, cuyo retiro
el aire apenas profana:
¿quién eres? que yo (¡ay de mí!)
¿quién creerá que estoy turbada, *ap.*
y con todo mi valor,
aun la sombra me acobarda
del delito, cuando á Enrique
espero?

Lotario.

Yo soy, tirana:

Margarita.

¿En mi casa mi enemigo?

Lotario.

¿Qué lo admiras, qué lo estrañas,
si solo en este despecho
mi vida tengo librada?
Yo te adoro, y....

Margarita.

Tente, tente,
y retírate á esa sala,
en tanto que registramos
si está ya quieta la casa:
(válgame la industria aquí)
que yo te doy la palabra
de escucharte muy despacio
en viendome asegurada.

Lotario.

¿Eso me prometes?

Margarita.

Sí.

Lotario.

Ya tienen fin mis desgracias:
valor de muger en fin;
miren ahora en qué páran *ap.*
sus iras.

Margarita.

Entrate presto. *Entra.*

Laureta.

¿Qué intentas, señora?

Margarita.

Aparta,
y déjame echar la llave,
para que de aquí no salga.

Laureta.

¿No adviertes que siendo esta
una galeria baja
con vidrieras al jardin,
y abriendose las ventanas
por adentro, los cristales
á salir no le embarazan
si los rompe?

Margarita.

¿A eso se habia
de resolver en mi casa?
demas, de que yo otro medio
no encuentro en tan apretada
ocasion, y si no es bueno,
es en fin el que se halla:
yo de aquí retiraré
á Enrique, y cuando él se vaya,
sabré por su atrevimiento

quitarle el amor y el alma.
Prosigue otra vez la letra,
que juzgo que Enrique tarda:
¡ah, fortuna, quien creyera
que con brevedades tantas,
espero con susto ahora
lo que deseé con ánsia!

Canta Laureta.

Pues en líquida armonía,
al murmurco de tus aguas,
sirven de trastes hundosos
guijas que en tus ondas lavas,
para etc. *Llaman dentro.*

Margarita.

Mira que llaman.

Laureta.

Pues voy
á abrir la puerta; en las plantas
llevo por suelas dos montes, *ap.*
que mi movimiento atajan.

Margarita.

Corazon disimulemos,
que el susto que me acobarda
no cabe dentro del pecho,
y me rebota á la cara.

Laureta.

Abierto está.

Enrique.

Roberto, (1)
con los caballos aguarda
en esa umbrosa espesura,
donde esos hombres que andaban
paseándose aquí, y por quien

(1) *Al paño Enrique y Roberto.*

no llegué á la puerta falsa
hasta ahora, no te vean.

Roberto.

A mi miedo se lo encarga,
que sabrá esconderse de ellos;
las postas ya están atadas,
aunque temo que la mia
por mas veloz que me traiga,
no podrá volverme.

Enrique.

¿Cómo?

Roberto.

Como afuer de puñaladas
de büeso con que me ha herido,
para aumentar la carga,
llevo ahora de retorno
muchos bollos á las ancas.

Enrique.

Vete y calla

Roberto.

¿Y he de irme
sin ver aquesta madama,
siquiera por conocerla?

Enrique.

Tiempo habrá.

Roberto.

Pues hasta el alba,
á Dios, que está Micer sueño
llamándome con guiñadas.

ESCENA IV.

Margarita, Enrique y Laureta.

Enrique.

¡Ay, amor, con cuanto gusto

este antiguo umbral pisára,
si un nuevo afecto no hiciera
en mi ausencia dilatada,
que estuviese Margarita
tan estrangera en el alma!

Margarita.

¿Esa hora, mi bien, mi esposo,
era hora de que llegáras
de la noche de la ausencia
á amanecer mi esperanza?
¡qué mal encuentro el cariño *ap.*
entre amante y asustada!

Enrique.

¡Qué tibiamente me suenan, *ap.*
sobre mi olvido sus ánsias!
Yo pudiera decir eso,
pues para que apresurára
mi amor este instante, al tiempo
quisiera asirle las alas

Al paño Lotario.

Mucho tarda Margarita,
y entre abriendo esta ventana,
por estos cristales quiero
ver si viene

Margarita.

Han sido tantas,
mi bien, mi señor.

Lotario

¿Qué escucho?

Enrique.

¿Qué es lo que tienes, que hablas
con susto?

Margarita.

¿Es poco el de verte?

Enrique.

¿Susto es verme?

Margarita.

Sí, pues halla
mi amor hecho á los disgustos
y á tantas penas pasadas,
que dichas que no se esperan,
aun mas asustan que agradan.

Lotario

Eso es ya de otra materia,
y vive Dios que es infamia,
que cómplices de mis celos
mis ojos y oidos baga,
y esconderme para esto,
es desprecio.

Margarita.

Aquí te aparta,
(no veo la hora de llevarle
de aquí) que en esa cercana
fuente sertarnos podemos.

Lotario

¿A qué mis iras aguardan?
rompa este diáfano estorbo. (1)

Laureta.

Descubrióse la maraña.

Enrique.

¿Qué es aquello?

Margarita.

¡Muerta estoy!

Laureta.

¿Vidrios? ¡miren que muralla
le fué á poner á un celoso!

---

(1) *Ruido de vidrios.*

ESCENA V.

Dichos, y sale Lotario.

Lotario.

¿Para esto, dime tirana,
aquí engañado me escondes?
¿y para esto, la palabra
diste de oirme, en estando
la familia sosegada?

Enrique.

¿Era esta la turbacion
con que la dicha asustaba?

Lotario.

Vive Dios que no soy hombre
á quien dá lugar la saña
á ser testigo de celos.

Enrique.

Si impaciencia tan bizarra
aun oculto no los sufre,
¿qué haré yo á quien cara á cara
se dán, sino trasladar
toda la voz á la espada. *Riñen.*

Margarita.

¡Ay infeliz! ¿quién creyera
que á un acaso, tan postrada
esté toda mi altivez?
tente, Enrique.

Enrique.

¿Tú le amparas?

Margarita.

Espera, Lotario.

Lotario.

¿Tú le defiendes?

Laureta.

Que se matan.

Dentro.

Acudid, acudid todos,
que allí se oye ruido de armas.

Lotario.

¡Ay infeliz! muerto soy. *Cae.*

Laureta.

Miren si yo no cobrára
primero el bolsillo

Margarita.

¿Qué has hecho?

Enrique.

Traidora falsa,
vengar lo que en tí no puedo,
en él.

Margarita.

En mí, pues qué causa
he dado á tu atrevimiento?

Enrique

Bueno fuera que negaras
lo que tan claro te ha dicho
ese amante, cuya rara
impaciencia generosa
su pena y su vida acaba.
Escondido le tenias
hasta que yo me ausentara,
para oirle muy despacio;
¿y añades á ofensa tanta,
sobre el delito de hacerla
la osadía de negarla?
Vive Dios, ¡mas para qué
intento sentir mi saña
lo que debe agradecerte!
quédate, quédate, ingrata,

á nunca mas ver, y porque
no puedas quedar tan vana
del despecho que me lleva,
has de morir como matas.
Por cumplimiento aqui vine,
quizá solo á ver si hallaba
ocasion para honestar
tu desprecio y mi mudanza.
Ciego estoy, no sé qué digo,
y si mi despecho pasa
la línea de tu decoro,
mas admiracion causara
que en pecho noble pudiesen
caber celos y templanza.
Quédate, digo otra vez,
que vuelvo donde me llama
la hermosura de Matilde;
(¡ó, que mal hice en nombrarla!
mas cuando una pasion tuvo
el dominio en sus palabras):
la hermosura de Matilde,
que nuevo imán de mis ánsias
con dulcísima violencia
mucho mas que inclina arrastra. *Vase.*

Margarita.

Aguarda.

Dentro Celio.

Hácia aquí fué el ruido.

Laureta.

Señora!

Margarita.

Dame la espada
de ese cadaver.

Laureta.

¿Quién, yo?

que llegue el diablo á tomarla:

Margarita.

Pues apártate

Laureta.

¿Qué intentas?

Margarita

Dejar bien puesta mi fama.

ESCENA VI.

Margarita, Laureta, y salen Celio y Criados.

Celio.

Pues está abierta esta puerta,
entrad á ver

Margarita.

¿Qué os espanta?
á cualquiera que atrevido
este sagrado profana,
sabe castigar asi
mi ira, mi ceño y mi rábia:
si venís á socorrerle,
llevadle donde lograda
vean mi venganza todos,
pues no era bien se contara
que entró aquí con osadía
y salió de aquí con alma.

Criado 1.

Una espada sola miro,
y el ruido de cuchilladas
da á entender dos por la menos;
miremos toda la casa.

Celio.

No es tiempo, ni á mí me toca,
si advertimos que nos traiga
al socorro y no al castigo;

pues su persona me encarga;
llevémosla donde vea
si el poco aliento restaura. *Vase.*

Laureta.

¿Señora, qué es lo que has hecho?

Margarita.

Es cuando Enrique me agravia
borrar contra él el indicio,
dejando mi altivéz vana
en mi honor, y en mi decoro
airosamente culpada;
y si esto te escandaliza,
qué hará (¡ay de mí)! lo que falta
que añadir al siempre infausto
volumen de mis desgracias.
Escándalo á la fortuna
he de ser, pues si cesaran
los acasos peregrinos
y las novelas estrañas
en el mundo, de qué habia
de alimentarse la fama?
Las mugeres como yo
solamente una vez aman,
yo amé á Enrique y perdí á Enrique;
este suceso mañana
se sabrá, viendo por él
las iras resucitadas,
y entre los bandos antiguos
alborotarse la patria.
Aquí no hay mas que perder;
y supuesto que criada
en militares manejos
y entre el horror de las armas,
está el sexo en mí violento,
vén conmigo á la mas rara

empresa de amor, que dió
nobles triunfos á su aljaba.
Sea locura, sea capricho,
sea ira y sean cuantas
cosas fueren, como no
sea el quedarme burlada
de un traidor, que con mi culpa
quiere encubrir su mudanza.
Y pues ya sé su designio,
y que es Matilde la causa
de su fuga y mi desprecio,
veamos iras, penas, ánsias,
riesgos, fortunas, desdichas,
si en tan desecha borrasca,
perdiéndose lo que queda,
lo que se perdió se gana.

ESCENA VII.

Decoracion de Sala.

Salen Músicos, Porcia, Lisarda y Matilde, francesas, y Adolfo de barba por un lado, Gaston, Príncipe de Bearne, Libio y Criados por otro, don Fernando de Portugal, Fabio, y Criados de portugueses.

Música.

Astro purpúreo de nacar,
Reina de toda el vergel,
enciende el aire la rosa
en aguas de rosicler.

Gaston.

A vuestras heroicas plantas.

Fernando.

A vuestros invictos pies.

Gaston.

Teneis humilde y postrado.

Fernando.

Mas elevado tenia.

Gaston.

A un Príncipe de Bearne.

Fernando.

A un Infante Portugues.

Matilde.

Príncipes, vuestras Altezas,
no asi á mis plantas esten.

Gaston.

¿Dónde, señora, mejor
pudiera nuestra altivéz
de la humíldad coronarse,
sino adonde mas se ven,
al vacio de las plantas,
tantas flores suceder,
pues en el contacto hermoso
su nieve encendió tal vez?

Música.

Astro purpúreo de nacar,
Reina de todo el vergél.

Fernando.

¿Adonde mejor podia
que á tus plantas, por tener
tal vasa, tal simulacro,
colocarnos nuestra fé,
pues en el templo de amor
el ídolo sois á quien
mil votivos corazones
ansiosos saben arder?
Dígalo el mirar, señora,
que en un partido clavel,
mil primaveras hablais

en las voces que verteis;
pues cuando el carmin del lábio
vuestra voz llega á romper,

Música.

enciende el aire la rosa
en oscuas de rosicler.

Gaston.

De los montes de Gascuña,
pardos gigantes, á quien
de negada ancianidad
vió el invierno encanecer,
y aun supo mal el verano
en lo mas ardiente de él,
ó sus canas destilar,
ó su edad desvanecer.
En vuestro obsequio, señora,
á solo no merecer
vengo, que es mayor fineza
el negarme yo cortés
aun la dicha del acaso,
que aguardar á que me dé
su sentencia la fortuna,
árbitro del mal y el bien;
pues no solo el conseguir,
pero aun me privó el creer,
que es el fantástico alivio
de algun infeliz tal vez.

Fernando.

A las playas de Lisboa,
donde al océano ven,
tal vez lamer sus arenas,
y tal sus rocas morder,
llegó la fama, señora,
de que venciendo tambien
en mas floridas auroras

vuestra perfeccion, aquel
siempre tierno, siempre dulce
defecto de la niñez:
de la corte de Alemania,
donde os criasteis, volveis
á Flandes á gobernar
estos paises, por ser
hija al fin de Balduino,
varon glorioso, que fué
ceñido en Constantinopla
con el Cesareo Laurel;
heredando, pues, su estado,
á daros el parabien
el Rey Don Dionis, mi hermano,
en muestra de su poder,
me envia á la corte mas;
señora, que á pretender,
entre los muchos que aspiran
en toda la Europa á ser
asunto á vuestra eleccion,
que quien como yo se vé
tan indigno de ella, solo
venir pudiera tambien
á daros que desechar,
no á ofreceros que escoger.

Matilde

Príncipes, con bien vengais:
esto es cuanto á agradecer
vuestras jornadas; y cuanto
al intento que traeis,
el menor rigor que puedo
usar, es no responder,
aunque de esas pretensiones
no negará mi esquivéz,
que ignorándolas se mucho,

puesto que ignorarlas sé:
id á descansar; á Adolfo,
á los Príncipes haced
prevenir sus huspedages.

Adolfo

Voy, señora, á obedecer. *Vanse.*

Fernando

En agravio de mis ojos
con vuestra licencia iré,
á descansar de cegar,
para tolerar el ver.

Gastón.

A hurto de mi pasion,
señora, procuraré
de la ausencia en mi memoria,
vuestra beldad esconder.

Fernando.

¡Ay, Fabio!

Fabio

¿De qué suspiras?

Fernando.

De ver que vino mi fé,
adonde no es el morir
camino de merecer. (1)

Gastón.

¡Ay, Libio!

Libio.

¿De qué te quejas?

Gastón.

De que ya esperimenté
en Matilde los rigores,
que hurtar no supo el pincel. (2)

---

(1) *Vase con los suyos.*

(1) *Vase con los suyos.*

Lisarda.

Parece que disgustada
te dejan.

Matilde.

No sé de qué;
y porque lo veas, Porcia,
haras que manden poner
las carrozas, que hoy al bosque
tengo de salir, á ver
en la diáfana region
tanto animado bajel,
á los piratas de pluma,
con que el viento infestaré,
ó apresados irse á pique,
ó heridos dar al traves.

Porcia.

Voy, señora, á dar el orden.

ESCENA VIII.

Lisarda y Matilde.

Lisarda.

¿Qué hay, señora, que te dé
disgusto en los rendimientos,
de uno y otro amante fiel,
que anhelando al adorar,
no aspiran al pretender,
y mas cuando aun no ha venido
el infante aragones?

Matilde.

Para descansar contigo,
no en vano á solas quedé.
Ausentóse Balduino,
mi padre y señor, á ser
Cesar de Constantinopla,

en el mismo tiempo que
fué mi tio por Monarca
jurado en Jerusalen:
quedando yo niña en Flandes
en la Corte me crié
del gran Cesar de Alemania;
Enrique que tambien es
mi tio, porque mi casa
á un mismo tiempo se ve
ceñida del oriental
y el occidental Laurel.
Una tarde en su Palacio,
por divertirme bajé
á sus hermosos jardines
en la estacion fria, en que
á mariposas de nieve
helados copos se ven
cuajar por ojas del sauce,
por agallas del ciprés
Estaba un caprioso estanque
cuajado en el parque, á quien
por quitarle el murmurar,
le quitó el alba el correr,
y á lágrimas del Aurora
mordaza el rocío fué
Yo, que acompañada de otras
de mi mesma edad, vi en él
un trineo ó carro, donde
suelen sentadas tal vez
en las hondas resvalar,
su breve trono ocupé.
La llaneza del pais
pudo dar licencia á que
por allí anduviese Enrique
de Lorena, que cortés,

á no estorbar mis solaces
se supo cerca esconder.
Apenas un breve espacio
por el nevado vergel,
cuanto en los aires corrí,
en las ondas resvalé
Cuando del peso oprimida
se empezó luego á romper,
de aquel rostro de Neptuno,
la mal congelada tez.
¿Quién vió crujir los cristales,
y en uno y otro baiben,
las tablas de agua á pedazos
rechinar y estremecer?
Yo en fin me iba á pique, cuando
al clamor de aquel tropel
de mis meninas, Enrique,
entre dudar y temer,
de la verde celosía
dejó el frondoso cancel.
A las losas de cristal
apenas ofrece el pie,
cuando empezó á caducar
el pavimento, y á ser
piélago lo que fué marmol,
cristal lo que roca fué.
A nado Enrique llegó
á mí, y asiéndome de él,
porque no dió lo piadoso
mas lugar á lo cortés,
A tierra salí en sus brazos,
y no fué la intrepidez
de su arrojo y mi ofensa
lo que le llegué á deber,
que un rústico que llegára

lo mismo hiciera tambien.
El no blasonarlo sí,
porque llegando á temer
el enojo de mi tio,
que callase le mandé;
y estando tan desvalido
del Cesar supo tan fiel
este secreto guardar,
que no se valió su fé
de acordarle á la fortuna
lo que supo merecer.
Esta bizarra hidalguia
primero consideré,
poco á poco encarecí,
y en fin la estimé despues.
Aunque es de casa tan grande,
como es pobre no se vé
en parage de aspirar
á conquistar mi desdén;
bien que no me debe mas
que el llegar á conocer
que no le iguala ninguno
de cuantos al parecer
de aquel cristal de mi mano
tienen la hidrópica sed.

Lisarda.

Si yo....

Sale Porcia.

Ya estan las carrozas prevenidas.

Matilde.

Vamos, pues;
¿pero qué ibas á decir?

Lisarda.

Iba á decir que está bien

Enrique en el imposible
que sigue amante, pues dél,
si no se acuerda tu agrado,
ya se olvida tu esquivéz.

ESCENA IX.

Decoracion de Bosque.

Salen Enrique y Roberto de camino.

Enrique.

Quien huye de una muger
y quien se acerca á su amor,
mucho corre.

Roberto.

Si señor,
mas corre que un alquiler.

Enrique.

En Bruselas no he de entrar
con el dia, y determino
en este bosque vecino
de la posta descansar.

Roberto

Yo de la mia maltrato
descansar, porque sospecho
que todo un cordon me han hecho
los nudos de su espinazo.
Esta mi posta importuna
inutilmente la alabas,
porque ella es soga de tabas
y no hace carne ninguna.
¿Pero que fuese tan fiera
tu saña señor, que no
me permitieses que yo
esta dama conociera?

Enrique.

Si en nombrarla te me opones
allá en lo mas escondido
procurarás de mi oido
ocultar bien tus razones:
que solo el pecho procura
que mis afectos rendidos,
beban siempre en los sentidos
de Matilde la hermosura;
que en amorosos desvelos
á nueva pasion rendido,
el primer amante he sido
que ha agradecido sus celos.

Roberto.

Yo solo, señor, procuro
el que salgamos de aquí,
porque en el camino oí
que no está el bosque seguro.

Enrique.

¿Qué temes?

Roberto.

Unos ladrones
que á un par de troncos de aquestos
nos dejen atados, puestos
por cogotes los talones.

Enrique.

Esa vil gente bandida
tiene cobardes acefos.

ESCENA X.

Dichos y salen cuatro enmascarados.

Roberto.

Yo los temo y...

Los cuatro.

Caballeros,
venga el dinero ó la vida.

Enrique.

¿Quién creyera (¡dura estrella!)
ladrones en los caminos,
á la Corte tan vecinos?

Roberto.

¿Pues no los hay dentro de ella?

Enrique.

Ea, hidalgos, partiremos,
aunque es bolsa de soldado,
por no llegar desairado
adonde voy

Los cuatro.

No queremos.

Enrique.

A tan grande grosería
solo esta respuesta hallo. *Embistele.*

Roberto.

Si no me apretara un callo,
hoy vierais mi valentía.

Dentro Martin.

Para, para, y pues llegamos
hoy al número inferior,
socorrerá mi valor.

Los cuatro.

Pues acude gente, huyamos.

ESCENA XI.

Enrique, Roberto, y salen Margarita y Laureta de galanes flamencos.

Margarita.

No los sigais.

Enrique.

Solo á vos
debo en desigual batalla:
¿mas qué miro?

Margarita.

Enrique, calla,
dejadnos solos los dos.

Roberto.

Venid, que cuando yo riño
iras este brazo ofreces

Laureta.

Gran gallina me parece.

Roberto.

Astrólogo es el lampiño. *Vase.*

Margarita.

Enrique, ya me conoces,
ya sabes que mi soberbio
espíritu siempre altivo,
aun no se vence á sí mismo.
Del acaso de una noche
amor sabe que no tengo
culpa, y aunque amor lo sabe,
no se lo ha dicho á tus celos.
Dejo aparte si anduviste
ó no como caballero,
en dejarme allí un cadáver
y venirte de mí huyendo;
y aun paso á que sea el furor
disculpa del desacierto.
El indicio que tú hallaste
que fué terrible confieso,
y no hay mas disculpa que es
que soy quien soy y te quiero.
Yo te he de seguir, Enrique,
pues siendo quien soy, no puedo

contra mí mesma olvidar
lo que una ves llamé afecto.

Enrique

No prosigas, Margarita,
que un tan indecente esceso,
tiene en mis obligaciones
muy mal padrino, supuesto
que está á vista de la ofensa,
infamandome el deseo:
esta fineza te estimo;
pero no estoy satisfecho,
y pues no puedo casarme
contigo, saben los Cielos
(cortesanías de amor, *ap.*
el noble engaño esforcemos)
con cuanto pesar lo digo,
con cuanto dolor lo siento.
¿Qué quieres que haga por tí?
que cuanto intentes prometo
fuera de esto, pues no dudo
que me querrás, como creo
que muchas veces dijiste,
mas que desairado, muerto.

Margarita.

Ea, astúcias de muger, *ap.*
finjamos, disimulemos,
y escondamos el valor
con la máscara del miedo.
Enrique, ya que mi amor
tan desgraciada me ha hecho
contigo, viven mis iras, *ap.*
que aunque á fingir me resuelvo,
de fingir tanta humildad
aun entre mí me averguenzo,
desde aquí por no cansarte

á nunca mas ver me vuelvo.

Enrique.

¿A nunca mas ver? ¿qué dices?
(¡qué hiciera, Divinos Cielos,
esta vez en la que amo,
si asusta en la que aborrezco!)
no llores.

Margarita.

¿Yo lloro?

Enrique.

Si.

Margarita.

Te engañas, porque no es esto
sino sudar por los ojos
el rabioso ardor del pecho:
¿mas no harás por mí una cosa?

Enrique.

Por la fé de caballero
que esceptuando lo que he dicho,
cuanto me pidas prometo.

Margarita.

¿No has de esceptuar otra?

Enrique.

No,
y solo el oirla espero:
¡quién pudiera, Cielos Santos,
echarla de sí mas presto!

Margarita.

No sólo mano y palabra
me has de dar.

Enrique.

Así lo ofrezco.

Margarita.

¿Antes de oirme?

Enrique.

Ahí verás
lo que servirte deseo:
y ahí verás con cuanta priesa, *ap.*
echarte de mí apetezco.

Margarita.

No solo mano y palabra
me has de dar, sino hacer luego
pleito homenage, de que
(porque cerrar no podemos
á la fortuna aquel vario
eslabon de sus sucesos,
mientras no mudo de trage,
por mi honor y mi respeto)
no has de revelar á alguno,
en público ni en secreto,
claro ni oculto, que soy
muger.

Enrique.

¿Pues di, para eso
no fias de mi palabra?

Margarita.

Sí, Enrique, mas como vuelvo
á mi patria despechada,
para consolarme, quiero
ocultar mi deshonor
al conjuro del silencio:
esto, señor, te suplico.

Enrique.

Notables son tus intentos:
pero como ahora yo *ap.*
de mí la arrojé, no acierto
á discurrir que esto tenga
fin contra mí: yo lo ofrezco;
y una mano entre las tuyas,

y otra en la cruz de mi acero,
con todas las ceremonias,
lo afirmo juro y prometo.

Margarita.

¿Lo has jurado?

Enrique.

Sí.

Margarita.

¡Ay de tí,
que no sabes lo que has hecho!

Enrique.

Sí sé, pues sé que de tí
jurándolo, libre quedo.

Margarita.

No tanto que...

Dentro Matilde.

¡Ay infelice!

Dentro Todos.

Acudid, acudid presto,
porque á Matilde el caballo
despeña

Dentro Matilde.

¡Valedme, Cielos!

Margarita.

¿Matilde dijo? esta es
la causa de mi desprecio.

ESCENA XII.

Dichos, y salen Laureta y Roberto.

Laureta.

Señor.

Roberto.

Señor,

Laureta.

A una dama,
desbocado un bruto fiero,
á despeñarla volando
la trae hácia aquí corriendo.

Roberto.

Y asi, á todas las princesas
de comedia pedir quiero,
borren del mundo estas cazas,
que páran en sus despeños.

Enrique.

¿Qué aguardo que á socorrerla
no me arrojo? *Vase.*

Margarita.

¿Y yo, qué espero
que no voy á que él no logre
de la fineza el efecto? *Vase.*

Laureta.

Vamos á nuestros caballos,
porque no intenten lo mesmo.

Roberto.

Honra eres de los lacayos.

ESCENA XIII.

Loureta, Roberto, y sale Enrique con Matilde en los brazos, y Margarita.

Enrique.

Alentad, prodigio bello,
que en mis brazos... ¡mas qué miro!

Margarita.

Eso fuera á no estar viendo
yo mi ofensa.

Enrique.

Quita:

Margarita.

¿Tú
en tus brazos otro dueño?
vive Dios; ya me conoces,
no obligues á que este acero
borre lo que le ha quedado
á mi imagen en tu pecho.

Enrique.

Nada le ha quedado.

Margarita.

Aparta,
que yo usurparte pretendo
de los brazos tanta gloria. (1)

Margarita.

¡Ay de mí!

Enrique.

Calla, que ha vuelto

Dentro Todos.

Hácia aquí corrió el caballo.

Matilde.

¿Qué voces son? ¿mas qué veo?

ESCENA XIV.

Dichos, y salen Todos.

Todos.

Señora.

Otro.

Señora.

Fabio.

¡Oh cuanto
ha estado torpe el deseo
en su alcance!

(1) *Abrá se con ella.*

Gaston.

¡Oh cuanto mas
corrió el bruto que mi anúelo!

Matilde.

En brazos de dos me miro;
¿A cuál la vida le debo?

Margarita.

A mí; (empiece aquí mi rábia
á ir sembrando su veneno,
valida de una noticia
que se ha ofrecido á mi ingenio)
y ninguno habrá, señora,
tan vano ó tan desatento,
que de fino á costa mia
quiera vestir sus obsequios;
que aunque estrangero á esta patria,
apenas la planta ofrezco,
hombres como yo, no son
en patria alguna estrangeros.
Don Fadrique de Aragon,
soy Infante de aquel Reino,
y Maestre de Santiago
en Castilla, donde oyendo
á la Fama, que de vos
aun no nos dijo lo menos,
vengo á desmentir la Fama
con los ojos, pues solo ellos
de soberanas deidades
son el encarecimiento.
En las dunas dí á la costa
con naufragio tan de hecho,
que solo á mí y á un criado
reservó, con que no puedo
hasta tanto que de España
venga, señora, el correo,

carta de creencia daros
de mi hermano el Rey don Pedro.
De mi religion la insignia,
porque aun esto no dejemos
al reparo de curiosos,
oculta traigo en el pecho;
pues llegando derrotado,
no juzgué que fuera acierto
ser conocido, hasta estar
con pompa y con lucimiento.
A tiempo llegué á este bosque
que en el precipicio vuestro,
ya que no de la amenaza,
os pude librar del riesgo.
Fuera de él estabais, cuando
llegando ese caballero,
á quien pudo disculpar
su poco conocimiento;
claro está: ¿pues cómo habia
de atreverse á no ser esto?
me dijo: esos brazos, yo
solamente los merezco:
respondíle lo que habia
menester, que ahora no quiero,
pues ya puse bien mi honor,
blasonar de su ajamiento.

Enrique

¿Mi ajamiento cuándo?

Matilde

Enrique,
mucho me admira el suceso,
pues no habeis menester vos,
si es que os acordais, teniendo
tantos lucimientos propios
serviros de los agenos.

Enrique.

¿Yo, señora?

Matilde.

Bien está:
¡ó cuánto, Lisarda, siento,
que á mi peligro llegase
otro socorro primero.

Fernando.

Luego al Infante veré, *ap.*
que aunque es tanto el parentesco,
jamás nos vimos los dos.

Enrique

¡Que el no meditar con tiempo *ap.*
lo que juraba, me ponga
en tan desairado estremo!
señora, mi adoracion...

Margarita.

¡Oh, pesar, qué esto esté oyendo! *ap.*

Matilde.

Basta, Enrique, que vos seais.

Enrique

¡Ni á hablar ni á callar acierto!

Matilde.

Bien venido á estos paises,
donde ha dias que os espero,
por cartas de vuestro hermano
el invicto Rey don Pedro,
que dice que os enviaria;
que yo, porque no me siento
del susto bien reparada
volver á Palacio quiero.

Adolfo.

Lleguen las carrozas.

Gaston.

Ya

con nuevo contrario temo;
que sea esta fineza más
en mí otro mérito menos.

Fernando.

Amor, ya hay otro contrario;
deme, Fortuna, algún medio
de que pueda en mí la industria
suplir el merecimiento.

ESCENA XV.

Margarita y Enrique.

Enrique.

Díme, aleve, díme, ingrata,
¿la palabra para esto
me pediste, de que habia
de callar yo en mi desprecio?
vive Dios.

Margarita.

Traidor, villano,
¿quejas me dás, cuando muero
de que delante de mí
con amantes rendimientos
á otra dama? ¿mas porqué,
apela mi sufrimiento
á la queja, cuando el trage
me puso á mano este acero
con quien me deje llevar
de la rábia de mis celos? (1)
muere.

Enrique.

Tente, ó vive Dios

(1) *Embiste con él, y salen los criados.*

Roberto.

¿Qué es esto, señor?

Laureta.

¿Qué es esto?

Roberto.

Vive Dios, que con mi amo
es muy grande atrevimiento.

Margarita.

Quita, pícaro

Roberto.

Eso no;
señor, ¿qué le tienes miedo?

Margarita.

Pues tú pagarás mis iras.

Dentro Adolfo.

Volver á ver que es aquello.

Roberto.

Señor, no me dejes solo,
que aprietan.

Enrique.

De tí me ausento,
porque mi furor quizá
no me obligue á algun despecho.

ESCENA XVI.

Al irse á entrar Enrique salen todos.

Matilde.

¿Qué es esto, Enrique? ¿pues cómo
así retiraros veo,
cuando aun en vuestro criado
no cupo esa accion? teneos.

Roberto.

Jamás me he templado yo
cuando hay quien se ponga en medio.

Enrique.

¿Yo retirarme, señora?

Margarita.

Que me perdoneis os ruego,
y á vuestra presencia pude
agradecer, que resuelto
no diese á un tiempo mi enojo
el castigo y escarmiento,
á quien de vuestro decoro
habla con poco respeto.

ESCENA XVII.

Matilde, Enrique, Gaston, Fernando, Lisarda y Roberto.

Matilde.

¿Vos, de mi decoro?

Enrique.

¿Yo?

Gaston

Muy mal hicierais, sabiendo
que hay en mí quien os castigue.

Fernando.

Y hay en mí, quien ponga freno
á tan libres osadías.

Enrique.

Si á otro responder no puedo,
á vosotros esta espada.

Matilde.

¿Pues cómo, decid grosero,
en mi presencia pasais
de lo tibio á lo resuelto?

Enrique.

Yo, si....

Matilde.

Principes, venid.

Los dos.

Ya os seguimos, advirtiendo...¡

Gaston

Que no diceu bien, Enrique,
aquel temor y ese esfuerzo.

Fernando.

Que el hablar mal, es muy mala
inscripcion de un caballero.

Enrique.

Yo responderé á los dos.

Matilde.

¡Ay, Lisarda, voy muriendo! *ap.*
¡quién creyera que podia
andar Enrique tan necio!

Lisarda.

Yo, que le he visto dichoso,
y es camino para serlo. *Vanse.*

Roberto.

¿Dejarme á *mí* reñir solo?
¿saben ustedes que pienso,
en que ó mi amo es gallina,
ó mal me han de andar los dedos.

Enrique.

¡Ah tirana, Margarita,
en que desaire me has puesto!
¡ó hermosura, si en la varia
república de tu Imperio,
hidras produce el amor,
qué produxeran los celos!

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Salen Laureta y Roberto por una calle al campo.

Laureta.

Oye, no se escape, amigo,
echemos por esta calle.

Roberto.

¿Pues dónde vamos?

Laureta.

Al campo.

Roberto.

¿Y á qué me lleva?

Laureta.

A matarle.

Roberto.

¿Y á eso me convida usted,
siquiera sin preguntarme
si estoy de humor de morir?

Laureta.

Es un pícaro cobarde.

Roberto.

Yo lo concedo: usted riña
allá con quien lo negáre.

Laureta.

Con los hombres como yo,
¿dónde se estila negarles
todo aquello que preguntan?

Roberto.

Adonde no hay quien aguarde;

si no es tinto en señoría
ó un lacayo preguntante.

Laureta.

¿Pues yo le pregunto mas
de todo aquello que sabe?

Roberto.

Lo que no sé te dijera,
solo porque me dejases,
hombre, y si á matar me llevas,
no sea con armas tales,
ó matarme y no preguntes,
ó si preguntas no mates.
Yo de mi amo no sé nada,
y en sabiéndolo es constante,
que cuando no por chismoso,
por criado lo declare;
y así....

Laureta.

Oye el muy mequetrefe,
cuanto aquí supiere parle,
porque ya en el campo uno
de los dos ha de quedarse.

Roberto.

¿Uno ha de quedarse?

Laureta.

Sí.

Roberto.

¿No hay remedio?

Laureta.

No.

Roberto.

Pues jaque,
si uno es fuerza que se quede
y ya no hay salida al lance,
usted será el que se quede,

y yo seré el que me escape. (1)

Criado.

El Infante de Aragon
en la galeria que cae
al campo se está vistiendo,
y viendo por sus cristales
á los dos, de parte suya
me ha dado orden de que os llame.

Roberto.

¿A mí el Infante? esto es hecho:
él viendo con el corage
con que á mi amo defendí,
me ha llamado para honrarme.
El es gran señor; en fin,
máteme Dios con Infantes:
vive Dios que soy valiente,
que el valor por sus señales,
es un duende revoltoso
que anda bullendo en la sangre,
y si ellos se lo han creido,
yo con poner de mi parte
el contar cuatro pendencias,
hecho tengo lo bastante
Mi amo huyó, yo resistí;
¿pues qué mas para graduarme?
y si el Infante lo cree,
máteme Dios con Infantes.
Vamos, y agradeced vos
que á este tiempo me estorvasen. *Vase.*

Laureta.

Robertillo es gran gallina,
y pues no pude sacarle
de cuanto mi ama encargó

(1) *Al ir á huir le detiene un criado.*

cosa que sea importante;
vamos á hacer la deshecha,
vistiéndola entre reales
aparatos á merced
de las joyas y diamantes,
que á esta jornada trujimos;
que aunque mi ama se vale
de noticias que en España
adquirió cuando su padre
fué embajador de los Duques,
y aunque á todos los engañe
con ser Infante y Maestre,
es imposible que tarde
en haber quien la conozca,
ó en estar muy presto en Flandes
el Infante de Aragon,
que de Matilde és amante;
y ay de tí Laureta, cuando
todo se desenmarañe:
pero entre tanto campemos.

ESCENA II.

Decoracion de Salon.

Salen Músicos y el mayor acompañamiento de criados que pudiere, trayendo en fuentes de plata adornos y vestidos, detras Margarita en cuerpo con el pelo atado, vistiendose á la española, y la capa con hábito de Santiago.

Margarita.

Decid que otra letra canten
mas triste, porque en mis penas
sus cláusulas acompañen;

Voz solo.

Infelice augmenta Dido
á su fugitivo amante
las hondas, con lo que llora
y con lo que gime el aire.

A cuatro.

Diciendo entre quiebros
de dulces compases,
ráfagas te sepulten,
hondas te traguen.

Voz 2.

Vuela la nave y las voces,
revocan en lo distante
de los vientos los bramidos,
de las hondas los embates.

A cuatro.

Diciendo entre quiebros, ect.

Voz 1.

La bellísima africana
con mil angustias mortales,
anega en el mar los ojos
por ir siguiendo la nave.

A cuatro

Diciendo entre quiebros, ect.

Margarita.

Callad, callad, que no quiero
oir quejas lamentables
de despreciada hermosura.

Criado 1.

¿Qué furor pudo obligarte?

Margarita.

¡Ay, amor! ¿cuándo hallaré
un alivio en que me falten
memorias de mis desdichas,
recuerdos de mis pesares?

No quiero saber, que hay hombres
de tan bárbaro dictamen
que desprecian hermosuras;
y débanme las beldades
esta atencion, pues no quiero
que aun en letras las desairen;
no canteis mas.

ESCENA III.

Dichos, sale Laureta y despues Roberto.

Laureta.

Ahí está
el criado que llamaste.

Margarita.

¿Supiste de él algo?

Laureta.

No,
porque el hombre ó no lo sabe,
ó es el criado primero
de pobre que sirva y calle.

Margarita.

Entre.

Laureta.

Entrad

Sale Roberto.

Dios sea conmigo:
ahora quiero encapotarme,
por solapar de valiente
el coleto del semblante.
Deme, señor, vuestra Alteza
á besar los pies.

Margarita.

¡Notable
traza de pícaro tiene!

Roberto.

¡Oh, lo que hace de mirárme!
yo apostaré que entre sí,
al ver mis ojos mortales
de rufianes, y los hombros
desplomándose al talle,
dice, de aqueste zoquete
se cortaron los Roldanes.

Margarita.

¡Alzad: ¿no servís á Enrique?

Roberto.

Como él, señor, es un angel,
yo le sirvo cada dia
de estorvar que me le maten.

Margarita.

¿Quién le quiere matar?

Roberto.

Muchos;
porque viven ignorantes
de que mi brazo ... (1)

Margarita.

El espejo.

Roberto.

Le asiste.

Laureta.

(¡Brabo gigante!)

Roberto.

El Enriquillo, señor,
no está diestro; pero haráse.

Margarita.

¿Qué tan valiente sois vos?

Roberto.

A lo menos lo bastante:

---

(1) *Llégasele un Criado.*

si se os ofrecen algunos;
que al otro mundo os despache;
y sino, señor, decidme:
¿cuándo la espada sacasteis
con mi amo, y cuando él iba
echando atrás los compases;
mirad, quien se os retiró,
ó quién se os puso delante?

Margarita.

¡Qué esto de Enrique se diga!

Laureta.

¿Pónesle tú en el desaire,
y lo sientes?

Margarita.

Si, que yo
quiero con su dama ajarle;
mas con otros, ni en mi amor;
ni en lo que le estimo cabe.
¿Decidme, no sabeis vos
(si sabreis) como fué un lance
que Enrique tuvo en Lorena
con un embozado amante,
á quien mató?

Roberto.

Vén aquí,
¿porque no puede esmerarse
nunca un criado de bien
en hazañas memorables?
riñe un hombre, mata y hiere,
y luego el amo lo hace.

Margarita.

¿Pues quién le mató?

Roberto.

¿Quién, yo?

Margarita.

¿Y vuestro amo?

Roberto.

Al mismo instante
le dió un mal de corazon
que creí que lo volase.

Margarita.

¿Y ellos, cuantos eran?

Roberto.

Diez.

Laureta.

El dice mil disparates.

Margarita.

Raro valor

Roberto.

Pues aun no
conoceis estos pulgares.

Margarita.

¿Y era la dama, decidme,
hermosa?

Roberto.

¡Ay, señor, un aspid!

Margarita.

La daga. (1)

Roberto.

Un demonio, un tigre,
un astrólogodita, un cafre,

Laureta.

Hombre, que te clavas.

Roberto.

Lindo; máteme Dios con Infantes.

Margarita.

¿Pero es posible que Enrique

(1) *Dásela el Criado.*

anduviese tan cobarde?

Roberto.

Señor, es poquita cosa,
yo hablo la verdad.

Margarita.

Los guantes. *Dalos.*

Roberto.

¿Y en fin, que mandais? ¿es cosa
de que yo os desembarace
el mundo de algunos hombres?

Margarita.

Solo tengo que encargarte...

Roberto.

¿Qué?

Margarita.

Pícaro, que en tu vida
de damas de tu amo hables
mal, ni de tu amo tampoco,
donde yo pueda escucharte;
y criados como tú
desta suerte han de tratarse. (1)

Roberto.

¡Ay!

Loureta.

Seor valiente, esos son
de la matanza los gages. *Vase.*

Roberto.

¡Ay desdichado de mí!
de guapo vine á graduarme,
y el grado en el frontispicio
me han escrito con almagre.
Plegue á Dios, Príncipe injusto,
que en toda tu vida barbes;

(1) *Dale con la daga y vase.*

máteme Dios con dolores
primero que con infantes.
¡Rapáz de tanta osadía!
á mi amo vóy á quejarme;
aunque en el Palacio mismo
con la Condesa le hallase,
y no tanto de la herida,
que aunque fuese penetrante,
como en fin mi sangre es vino,
se me lava con mi sangre:
cuanto del atrevimiento
de introducir ejemplares,
siendo el Príncipe primero,
que no gusta al levantarse
de oir á murmuradores,
y vestirse con truanes.

ESCENA IV.

Decoracion de Jardin.

Salen los Músicos y las Damas.

Músicos.

Los casos dificultosos
y con razon envidiados,
empiézanlos los osados,
y acábanlos los aichosos.

Matilde.

¡Oh, cuánto á la pena mia
dice el acento veloz!
parece que fué la voz
eco de mi fantasía.
Enrique pretenderia,
bien claro está, el haber sido
quien me hubiese socorrido,

y el que pudo ser dichoso
llegó por mas presuroso,
y no por mas atrevido.
Y supuesto que el acento
con dulcísima armonía
es á tanta duda mia
vago oráculo del viento,
diga otra vez el contento
en ecos armoniosos

Ella y Músicos.

Los casos dificultosos, ecl.

ESCENA V.

Dichos, y sale Enrique.

Enrique.

Astro en verde firmamento,
la rosa que es presumida,
á los soplos encendida;
ascua fragrante del aiento
bien publica su contento
al veros hollar, señora,
este jardin, donde ahora,
entre risueños verdores,
vais enjugando á las flores
las lagrimas de la Aurora.

Matilde.

Que ignorabais vos creyera
que yo estaba aqui

Enrique.

¿Porqué?

Matilde.

Porque el saber que bajé
á ocupar su verde esfera,
mas causa á no entrar os diera

que á entrar.

Enrique.

Si hiciera, si el viento
disculpa á mi atrevimiento,
no diese en la voz sonora.

Matilde.

¿Cómo?

Enrique.

Como sé, señora,
que habla conmigo su acento.
Yo algun peligro intenté,
y aunque dichoso me ví,
solo no lo conseguí,
porque no lo blasoné:
en el primero callé,
y olvidasteis mi ventura,
ya mi silencio me apura,
y si el segundo no callo....

Matilde.

¿Cuál segundo?

Enrique.

El del caballo.

Matilde

¿Aun dais en esta locura?

Enrique.

Locura pienso que ha sido,
pues si se llega á entender,
¿qué mas locura que hacer
fuerzas un desvalido?
mal un joven atrevido
puede competirme á mí.

Matilde.

¿Porqué?

Enrique.

Porque no creí

que hay igualdad en los dos.

Matilde.

Ni yo creyera de vos
que de otro hablaseis así:
Lisarda, siendo entendido, *ap.*
como en este hombre se vé,
¿tal necedad?

Lisarda

Nunca fué
mas discreto un admitido.

Enrique.

Bien lo que yo he respondido,
señora, descifraré
si escuchais.

Matilde.

Yo escucharé.

Enrique.

Ansias locas ¿dónde vais, *ap.*
si hablar no podeis?

Matilde

No hablais?

Enrique.

Atended, y os lo diré yo.

Dentro uno.

No ha de entrar.

Dentro Roberto

Si así pasa,
de su Alteza tengo de ir
al estrado, por decir
que hay sangre mia en su casa.

Matilde.

¿Qué es esto?

ESCENA VI.

Dichos, y sale Roberto.

Roberto

Que me traspasa
de parte á parte la vida,
y asi es fuerza que yo os pida
justicia contra un malvado
infante, que ha vinculado
en mi cabeza esta herida.

Enrique.

¿Roberto, qué es eso?

Roberto.

Nada,
pues imaginas que es chasco
la calabaza del casco,
trae menos una tajada.

Enrique.

¿Quién te dió?

Roberto.

Quien mas te enfada,
pues ese Infante infernal,
aragonés, porque mal
de mí hablar se satisfizo,
junto á los sesos me hizo
en tu nombre esta señal.

Enrique.

¿Pues qué le dijiste?

Roberto.

Allí
yo no sé lo que pasó,
él solo me sacudió
porque hablaba bien de tí;
sino te vengas asi,

es una grande maldad,
que á tí te ofende en verdad
quien tus criados maltrata,
y de este chirlo aporrata
te toca á tí la mitad

Enrique.

Vete, infame

Roberto.

No cruel
amenaces mi cabeza,
que he de quejarme á su Alteza,
pues no te atreves con él

Enrique

¿Cómo traidor, cómo infiel?

Roberto

El otro medio inhumano,
y tú mas duro y tirano
me amagas con otro zas;
y aun no he pasado lo mas
que ahora falta el cirujano. *Vase.*

Matilde.

Esto, Enrique...

Enrique.

¡Ay, ánsias mias!

Matilde.

¿Os deja tan reportado?

Porcia.

¡Que tibio él en lo que ha estado!

Lisarda

Los valientes tienen dias.

Enrique.

¡Ay, si tantas fantasías *ap.*
se llegaran á entender!

Matilde.

Pues decid,

Enrique:

No puede ser;

Matilde.

¿No me veis dispuesta á oír?

Enrique.

No lo puedo yo decir.

Matilde.

Ni lo quiero yo saber.

ESCENA VII.

Enrique.

¡Quién creerá, Divinos Cielos!
(sino es que en las penas mías
se ponga á fingir novelas
de artificiosas mentiras)
quién creerá lo que en mis penas
hoy la fortuna examina,
haciéndolas verdaderas
mayores que las fingidas?
No ignoro yo que en el mundo
otra novela está vista,
en que una dama tambien
desprechada y ofendida,
en hábito varonil
á un hombre ofenda y persiga,
hasta dejar en su rostro
de la mano cristalina
las cinco letras de nieve
vergonzosamente escritas:
que las tragedias de amor,
por mucho que se distingan
en el todo, como hermanas
én algo son parecidas;
pues aun la naturaleza,

por dibujar cada dia
tantos rostros, en el uno
facciones del otro pinta,
y nadie dirá por eso
que son uno cara misma,
pues pudo allí aquel amante
mostrar á cuantos le miran
la candidéz de la mano,
dando á entender que las iras
de blancas manos ofenden,
menos de lo que lastiman:
pero yo sufro desaires
de esta aleve y enemiga
sin poder decir quien es,
pues á callarlo me obliga
con el jurado homenage
la palabra prometida.
No faltará quien replique
que obligarme no podia
palabra contra mí, en lance
adonde mi honor peligra.
Pero esto (dejando aparte
ser dudoso, y que no admitan
lances de honor en un noble
disputa ó sofistería,
pues lo debí mirar antes)
no es solo lo que mas insta
al secreto, sino que
es mi deuda Margarita;
y ya que por su altivéz
no es posible corregirla,
(pues por amante no es bien
que yo la quite la vida)
que bien puesto está mi honor
si sus locuras publica,

estando tan enlazada
su estimacion con la mia.
A esto añado que si yo
digo quien es, se concita
contra mí de deudos suyos
la numerosa familia;
y no habiendo de casarme
con ella, porque seria
sobre declarados celos
accion de mi sangre indigna.
Dejar mal puesta una dama
es villana groseria,
y tal que aun mi entendimiento
se corre de discurrirla.
Cosa contra su decoro
no he de decir, que de altivas
hermosuras, caballeros,
cualquiera accion poco digna
ó la ignoran ó la saben
para callarla y sentirla.
Estar sufriendo desaires
de la Condesa á la vista,
si es valor de la paciencia,
es temor de la osadía.
Cualquiera recurso falta,
pues si de aquí se retira
mi amor, creyendo que es hombre,
esta tiranía confirman
con mi ausencia mi temor.
Si aquí prosigo peligran
mi punto y mi honor; ¿pues dónde,
discurso, hallaré, salida?
pero en tan estrechos lances,
donde la razon delira,
es gran artífice el tiempo;

él lo calle ó él lo diga.

ESCENA VIII.

Dicho, y sale Margarita.

Margarita.

Habiéndote visto, aunque
te estorve la compañía
de tu soledad, y aunque
en soliloquios impida
aquellas mudas ideas
que oyes á tu fantasía,
pues estás solo, no puedo
dejar de hablarte.

Enrique.

Enemiga,
tirana, cruel, aleve,
¿no basta que me persigas
desairando mis finezas,
sino que tambien valida
de lo que juré en tu obsequio,
mi honor ajes? ¿No podias
dejar libre mi opinion
del tósigo de tu envidia?
¿qué es tu intento?

Margarita.

No dejar
que queja tan mal nacida,
á costa de la que agravia
á la que me ofende sirva.

Enrique.

¿Tú no me agraviaste?

Margarita.

No.

Enrique.

¿Yo no lo escuché?

Margarita.

Es mentira.

Enrique

¿Quién afirma tu verdad?

Margarita

Mi decoro es quien la afirma.

Enrique.

Testigo una vez tachado
no hace fuerza

Margarita.

No prosigas,
ó pide á tu sentimiento
alguna frase mas digna,
que yo sufriré tus quejas,
pero no tus demasías

Matilde

Desde aqueste mirador, (1)
á quien tanto entretegida
confusion de yedras labra
mil frondosas celosías,
y á quien el sutil aliento
del cefiro, con activa
fresca impaciencia, arrebuja
la guadia de sus cortinas,
veré si Enrique ha dejado
el jardin.

Lisarda

Sino ser vista
quieres, retírate un poco,
que allí Enrique se divisa
con el de Aragon hablando.

---

(1) *A un balcon Matilde y Lisarda.*

Enrique.

Si tu discurso una tibia
satisfaccion aun encuentra
para cegar la infinita
perspicacia de unos celos,
que para penas creidas
mas allá de lo que ven,
trasciende lo que imaginan,
y mas cuando el pecho mio
el logro te facilita,
cegando yo discursos
de parte de tus mentiras:
¿qué intentas?

Lisarda.

Guardate un poco;
porque en esta galería
el fresco viento que al verte
en esas hojas suspira,
sopla algo récio, y las hebras
de tu cabello esparcidas
á huracanes de oro, forman
de Ofir tempestades rizas.

Matilde.

Aire hace, pero no importa,
porque hasta que se dividan
los dos, de quien temo lance
no me he de quitar.

Margarita.

No finjas;
ni para mudanzas tuyas
imágines culpas mias.

Lisarda.

Una cinta voló al aire,
yo no lo previne.

Enrique.

Mira
que á Matilde he visto, y de ella
en sus rayos encendida,
Iris listado de nacar,
corona el viento una cinta
y en el suelo.

Margarita.

Ella mirando
está el favor; suelta. (1)

Enrique.

Quita.

Matilde.

Mal haya el acaso: vén,
no te vean. (2)

Enrique.

Ya me obligan
á un despecho.

Margarita.

¿Qué despecho?

ESCENA IX.

Dichos, y sale por un lado Fernando, y por otro Gaston.

Gaston.

Fernando.

Oyendo vuestra porfia...

Gaston.

Viendo vuestra competencia...

Fernando.

Mi ardimiento determina....

---

(1) *Cógenla los dos.*

(2) *Retiranse del balcon Matilde y Lisarda.*

Gaston.

Determina mi valor,
con heróica bizarría....

Fernando

Cobrarla luego de aquel
que de los dos la consiga.

Gaston.

Saber (viendo quien la gana)
á quien tengo de pedirla.

Margarita.

Eso es ya de otra materia:
toma, Enrique, que seria
poco garvo el desairarte
yo, cuando hay quien te compita;
de Enrique habeis de cobrarla,
advirtiendo, que si aspira
á eso alguno, yo á su lado
tengo de perder la vida.

Fernando.

¿Poco ha mostrasteis tanto odio,
y ahora tanta bidalguia?

Enrique.

Y pues en otra ocasion
dije que responderia
de los dos á la arrogancia,
ved donde quereis que os siga.

Fernando.

Venid pues.

Gaston.

Venid conmigo.

ESCENA X.

Dichos, y sale Matilde y Damas.

Los dos.

Porque la cinta....

Matilde

¿Qué cinta?

Todos.

Ninguna, señora

Margarita.

Ahora
disponga mi industria activa,
que el favor vuelva á su mano
por lo que Enrique peligra,
y aun por lo que yo lo siento.

Lisarda.

Estando yo divertida
en ese balcon, cayó
una cinta; entenderian
que era tuya y la pretenden.

Matilde.

Supongo yo que á ser mia
nadie la alzára del suelo,
pues fuera muy atrevida
licencia, un despojo mio
llevar, ni aun para reliquia.
Pero porque de mis damas
lo que el viento desperdicia,
no por alhaja del viento
á esperanzas se permita:
¿quién tiene la prenda?

Enrique.

Yo;

Matilde.

Dadmela.

Enrique.

Mi fé os suplico
no mandeis eso.

Matilde.

¿Por qué?

Enrique.

Porque aunque mi fé no aspira,
señora, ni á los descuidos
de tan alta gerarquía,
del suelo la alcé obsequioso
solo por restituiría,
pero no me atrevo, cuando
sé que hay otros que la pidan;
y así habeis de perdonarme,
que en esta ocasion no implica
que pase mi inobediencia
plaza de cortesanía

Margarita.

Eso no permito yo,
que si entonces la cedia,
fué solo porque á su dueño
vuestro afecto lo destina,
pero ahora sabré cobrarla. (1)

Fernando.

A mí lo mismo me dicta
mi valor.

Gaston.

Y á mí.

Margarita.

Pues eso
tambien hay quien lo resista.

Los dos.

¿Quién?

Margarita.

Yo, que á su lado siempre
me habeis de hallar: ¿qué querias,

(1) *Pase con tres.*

traidor, quedarte con ella?

Matilde.

Si os escucho suspendida,
es porque dudar procuro
si esto sucede á mi vista:
Enrique, dadme esa prenda:
¿pues cómo vuestra osadía
contra mi gusto?

Enrique.

Señora,
tanto asustan vuestras iras,
que el corazon en el pecho
cuando sus alas ventila,
en los temores que late,
mudos respetos palpita;
tomadla; pero advirtiendo, *dásela.*
que no es facil que se rinda
á otro que á vos esta prenda,
y quien á cobrarla aspira
aun tiene en pie la ocasion
si advierte su bizarría,
que quien me quita la prenda,
la vanidad no me quita. *Vase.*

Fernando.

¡Qué altivez tan rara!

Gaston.

¡Qué
sobervia tan desabrida!

Matilde.

Porcia, dá esa cinta al fuego
porque no vuelva á mi vista;
y alhája que fué del aire,
al aire vuelva en cenizas.

ESCENA XI.

Fernando, Gaston y Margarita.

Fernando.

Solo eso pudo estorbar
bien que el empeño cesase,
que mi valor intentase
su soberbia escarmentar.

Gaston.

Por ese respeto cedo,
remitiendo á otra ocasion
tomar la satisfaccion.

Margarita.

Caballeros, quedo, quedo,
y supuesto que yo oí
lo que los dos resolveis,
mirad adonde quereis
tomarla de él y de mí.

Fernando.

¿De vos, por qué?

Margarita.

Porque yo
no he de faltar de su lado.

Fernando.

Si en el empeño pasado
tanto á Enrique desairó
vuestro ardimiento, ¿qué os vá
en quererlo defender?

Margarita.

Eso yo lo puedo hacer,
pero ninguno lo hará.

Fernando.

Siendo los respetos mios
de primo, á vuestro rigor

siempre ha debido mi amor,
Fadrique muchos desvios:
¿qué motivo os empeñó
por Enrique en responder?

Margarita

Porque nadie puede hacer
todo lo que hiciere yo.

Gaston

Lo que haceis es evidencia
que hará otro

Margarita.

Con él no,
porque no soy hombre yo
que hago á nadie consecuencia.

Fernando.

Esa es arrogancia loca,
que ofende nuestro poder.

Gaston

Y eso es quereros meter
vos en lo que á vos no toca.

Margarita.

Pues porque acortando vamos
cuestion que superflua es,
detrás del parque á las tres
Enrique y yo os esperamos.

Fernando.

Allá estaremos los dos.

Gaston.

Pues allá á las dos espero,
y en tanto que habla el acero
quedad con Dios.

Margarita.

Id con Dios.

ESCENA XII

Margarita, y sale Laureta.

Laureta

Príncipe estás tan cabal,
y tan bien lo sabes ser,
que aun la vista ha menester
aptajos de memorial
para mirarte, señora;
pero mas habiendo dado
en ser tan embelesado
galan de Palacio ahora,
que estás entre nobles miedos
bebiendo idólatra enojos,
escuchando con los ojos,
suspirando con los dedos.

Margarita

¿Has visto á Enrique?

Laureta.

Severo
queda con mudas pasiones,
bebiéndose esos balcones.

Margarita

Pues dile que aquí le espero,
y que es fuerza hablarle.

Laureta.

¿A mí?

Margarita.

¿Que temes?

Laureta.

Que su ira ciega
vengue en mí por dama lega
lo que no ha podido en tí.

Margarita

Anda, nécia.

Laureta.

Voy.

Margarita

Amor,
¿cómo me podré entender,
si hallo que este aborrecer
solo es querer con furor?
Aunque á Enrique he desairado,
mi fino amor ofendido,
le pretende aborrecido,
pero no le quiere ajado;
y solo mi tema fundo
en que de Enrique la fama
le malquiste con su dama
solo, mas no con el mundo.

ESCENA XIII.

Margarita, y salen Enrique y Laureta.

Enrique.

¿Qué es lo que quieres, que aunque
de mí vive aborrecido
tu semblante, que otro tiempo
llamé dulcísimo hechizo,
oyendo que me llamabas
vengo, porque no ha podido
olvidar en mí lo atento
cuanto ha borrado lo fino?

Margarita

Laureta, apártate un poco.

Laureta.

¿Ya tenemos secretos?
¿mas qué hay mal de corazon,
si hay paabras al oido? *Apárta-*

Margarita.

Enrique, atiéndeme un poco,
pues de tu honor no me olvido,
y toda mi razon haga
treguas un rato contigo.
Fernando de Portugal
y Gascon de Foix, altivos
á tí y á mí nos aguardan
en el frondoso retiro
de esos álamos, que al parque
doseles tejen floridos
Este es el sitio, la hora
las tres, y así te lo aviso
para que vamos los dos.

Enrique.

¿Qué dices?

Margarita.

Lo que has oido.

Enrique.

¿Qué es lo que quieres de mí,
dí, muger? ha pretendido
la bárbara anatomía
de tu curioso capricho
examinar cuanto puede
el ánimo mas invicto
de un hombre, apurar el raro
empeño de un desvario?

Margarita

¿Pues qué hay aquí que te ofenda?

Enrique

¿Pues cómo cabe en mi brio
ver que riñas á mi lado
ni que otro riña contigo?

Margarita.

¿No conoce mis alientos?

Enrique.

Ya conozco tus delirios,
y sé que mi entendimiento,
ó mi valor ó mi juicio,
ya no son, por Dios, bastantes
á enmendarlos ni á sufrirlos.

Margarita.

¿Mi riesgo te asusta?

Enrique.

Fiera;
ya que pasar has querido
mi antiguo olvidado afecto
á grosero desde tibio,
no tu peligro me asusta,
Porque estoy tal que á partido
le tomara, sino fuese
á mi lado tu peligro.

Margarita.

Mira que estás ya muy nécio.

Enrique.

No estoy sino muy perdido:
qué dijera de mí el mundo,
pues tarde ó temprano es fijo
que ha de revelar el tiempo
el estraño, el nunca visto
traidor, despechado, injusto
enredo de tu artificio)
Qué dijera de mí el mundo
en sabiendo que he salido
con dos Príncipes tan grandes
á esgrimir airados filos,
de que llevase á mi lado
dama que mi dama ha sido,
y tan mi dama, que..

Margarita.

Esto,
pues están ya prevenidos,
no tiene remedio

Enrique.

No
me obligues que vengativo,
perdiéndome en tí el respeto
que yo me debo á mí mismo,
llevado de la apariencia
del esterior adoptivo
trage te dé muerte.

Margarita.

Eso
no es tan facil el cumplirlo,
que yo nada temo, y puesto
que ya te dejo instruido
de hora y sitio, á Dios te queda,
que en él mostrar determino
mi valor, y cumpliré
con decir que te lo he dicho.
Laureta, á Enrique no pierdas
de vista, dándome aviso
de adonde quiera que vaya.

Laureta.

A observarle me retiro.

ESCENA XIV.

Enrique.

Hados crueles é impios,
¿habeis de agotar en mí
todo el influjo maligno
de tantos astros ardientes
lunares de ese zafiro,

entre cuantos la fortuna
artificiosa ha tejido,
aquel lazo eslabonado
de sucesos peregrinos?
¿habrá hombre tan desdichado
ó quien le haya sucedido
lance tan terrible, como
ser segundo ó ser padrino
de su misma dama, en trance
de público desafio,
mayormente cuando ella
saldrá, y si yo no la asisto
la dejo al riesgo de los dos
si á salir me determino?
¿cómo he de consentir que ella
riñendo esté al lado mio,
ni que otro riña con ella,
y mas sabiendo que ha sido
todo el duelo por mi causa?
¿qué he de hacer, Cielos Divinos?
¡qué hidras mis discursos hallan
un abismo en otro abismo!

ESCENA XV.

Dicho, y sale Fernando.

Fernando.

Enrique.

Enrique.

¿Qué se os ofrece? loco estoy

Fernando

Ya os habrá dicho el Infante de Aragon

como hoy quedó prevenido
cierto lance?

Enrique.

Ya lo sé:
ya se cerró este camino,
aunque quisiera negarlo.

Fernando.

Pues habiendo ahora oido
que esta tarde la Condesa
salé al campo, he discurrido
que siendo el paseo del parque
su mas frecuentado sitio,
y siendo este el mismo que
para el combate elegimos,
ha de haber muchos estorvos,
y así habiéndoos aquí visto
primero que al de Aragon,
me pareció preveniros
que otra palestra elijamos
menos pública.

Enrique.

Imagino
que á mi duda ha descubierto
este acaso algun alivio:
bien me parece el reparo,
y podremos encubrirnos
mas bien de los pasageros
en ese bosque vecino
principio umbroso del Soni,
pero llevad advertido....

Fernando.

¿Qué?

Enrique.

Que yo os elijo á vos.

Fernando.

Yo la eleccion os estimo:
la hora será la mesma,
avisad á vuestro amigo
porque no perdamos tiempo,
que yo le avisaré al mio. *Vase.*

Enrique.

Ea, corazon alentemos,
que de otro semblante vino
ya el lance, porque sin darle
á Margarita el aviso
desta novedad, pues ella
ha de acudir á otro sitio,
al Príncipe de Bearne
con este propio motivo,
citaré á otra hora y en otro
puesto, con que determino
teniéndolos desta suerte
á todos tres divididos,
que esté libre esta tirana,
y los dos riñan conmigo.

ESCENA XVI.

Enrique, y sale Fabio.

Fabio.

Este el Príncipe os envia.

Enrique.

¿De Bearne? (mal me animo)
porque temo que este acaso
desbarate mis designios.

Lee.

La Condesa baja al parque, y así como desafiado, elijo que nos mudemos al bosque de Soni, pues el reparo está tan á la vista: advirtiendo que tengo muchas causas para

elegiros á vos, mas que á Fadrique, á quien
darais este aviso, como yo al de Portugal.
Decidle á Gaston que yo
le obedezco.

Fabio.

Papelicos
de los dos para los dos,
y otras cosas que yo he visto;
yo daré el aviso luego
á quien procure impedirlo. *Vase.*

Enrique.

Ya se cerró á mi fortuna
aun aquel breve resquicio
de claridad; quien creyera
que el uno hubiese elegido
el mismo sitio y la misma
hora que el otro previno?
¿mas quién no lo creerá, viendo
que contra un pecho afligido,
conforman en los acasos
los discursos desunidos?
¿qué he hacer que ya los dos
juntos, y á una hora, es preciso
que esperen, con que no puedo
en dos puestos dividirlos.
Ir á reñir con entrambos,
es ir ya de concedido
á no reñir con ninguno:
demas, que por mi enemigo
escogí yo al portugues,
y á mí el gascon me ha escogido;
pero como Margarita
no esté allí, ¡de qué me aflijo!
salir á reñir con dos
es caso que está mas visto:

¡ah quién podrá prevenir
alguna salida al brio!
y en fin, este es de dos males
tósigo menos noscivo.
Yo voy al sitio en que aguardan,
yerre ó no yerre el capricho,
cumpla yo mi obligacion,
y haga fortuna su oficio.

ESCENA XVII.

Decoracion de Campo.

Salen los dos Principes.

Fernando.

Esto á Enrique le previne.

Gaston.

Yo por un papel lo mismo
le avisé, habiéndome á mí
ese reparo ocurrido:
¿pero á Fadrique?

Fernando.

Ya él
le habrá dado el propio aviso:
bien que en Fadrique reparo,
que siendo cercanos primos
los dos, y en los intereses
de la patria tan unidos,
ó sea porque á los flamencos
mas inclinados ha visto
á mí, ó por ser de Matilde
pariente tan conocido
por la casa de Borgoña,
que ya el pueblo antojadizo
me llama conde de Flandes,

ha usado tantos desvíos
conmigo, que si pudiera
persuadirme á un desatino
lo creyera.

Gaston.

¿Y qué es?

Fernando.

Que no es Enrique.

Gaston.

¡Estraño delirio!

Fernando.

En esto de los retratos
no hay que creer, porque he visto
á industria de los pinceles
sin quitar lo parecido,
quitar lo feo á un retrato:
y si seûas averiguo
de algunos suyos en Flandes,
y en Portugal esparcidos,
solo le dán aquel aire
de lo joven y lo lindo,
mas hasta el aviso de España
disimular determino.

ESCENA XVIII.

Dichos, y sale Enrique.

Enrique

Si he tardado, perdonadme.

Al paño Laureta.

Supuesto que á Enrique sigo,
y aquí le dejo á mi ama,
voy á avisar en dos brincos.

Gaston.

Hombres como vos no tardan,

aunque al siempre heróico invicto
valor de vuestro ardimiento
tarde le haya parecido.

Fernando.

¿Cómo el infante no viene?

Enrique.

Como solo está en mi arbitrio
venir donde soy llamado,
con mi persona he cumplido.

Gaston

Aunque tanto en ella viene,
aguardar será preciso
al Infante.

Enrique.

¿Para qué?
yo convidado no he sido
á aguardar, sino á reñir,
y pues están desluciclos
frente á frente, y en el campo
ociosos dos enemigos,
tome despues lo que hallare
el que no hubiere venido.

Fernando.

Eso sabré yo estorvar,
que Fadrique es hombre digno
de hacer mucha cuenta dél
para cualquiera partido
que elijamos: demas de eso
estamos dos.

Enrique.

Ya lo miro;
pero supuesto que yo
á traerle no me obligo,
y del campo no me puedo
volver sin haber reñido,

lidie el uno, y toque al otro
ser juez.

Fernando.

Yo no lo resisto;
y mas tocándome á mí
(pues vos me habeis elegido)
reñir con vos, que no puede
lidiar Fadrique conmigo.

Enrique

Es verdad, y asi á las manos.

Gaston

Deteneos, yo lo impido
con mas causa, os acuerdo
que en el papel que os he escrito
es elegí yo.

Enrique.

No puedo
desmentir ese testigo.

Gaston

Yo os he provocado á vos.

Fernando.

Vos á mí, y debeis cumplirlo,
pues para elegirme á mí
supueis algun motivo.

Enrique.

Bien decís, Fernando, mas
á vuestra razon me inclino.

Gaston.

La mia.

Fernando.

La mia. *Empuñan*

ESCENA XIX.

Dichos, y sale Margarita.

Margarita

Tened.

Enrique.

¡A qué mal tiempo has venido!
ya no hallo salida al lance;
corra á cuenta del destino.

Margarita.

Aunque quejarme pudiera
de quien con doble artificio
burla mi valor, mudando
sin que yo lo sepa el sitio,
dejaré para despues
deste desaire el castigo.

Fernando

Yo á Enrique previne que
os avisase.

Gaston

Y lo mismo
yo en un papel le prevengo.

Margarita.

Ya sé que es traidor amigo,
mas primero es nuestro lance.

Enrique.

¡Apenas, Cielos, respiro,
porque me está el corazon
rompiendo el pecho á latidos!

Margarita

Vamos pues.

Enrique.

Teneos, señor;
¡ó cuán sin aliento finjo!

Margarita.

¿Qué quereis?

Enrique.

No nos cansemos,
(yo no sé lo que me digo) *ap.*
que vos no habeis de reñir.

Margarita.

¡Parece que estais sin juicio!
¿á mí esa proposicion?

Gaston.

Ese parece designio
de estorvar el lance á todos,
pues nos lo arguye el indicio
de venir primero solo,
y ahora querer impedirnos.

Enrique.

¡Que esto pase por mí!

Margarita.

Vamos.

Enrique.

Que os reporteis os suplico,
que vos no habeis de reñir
ni á mi lado ni conmigo;
y mirad que....

Margarita.

Quita.

Gaston

Aparta.

Enrique.

Pues el que fuere atrevido
á ofender á su persona,
pasará por estos filos.

Fernando.

Yo riño con mi contrario. (1)

Gaston.

Y yo hasta encontrar el mio,
con quien se pone delante.

Margarita.

Yo al lado de Enrique riño.

Enrique.

Ea, fortuna, pues no pude
estorvar su precipicio,
muera yo antes que le ofendan.

Dentro Adolfo.

Hácia allí se escucha el ruido.

Fernando.

Gente llega.

Enrique.

Solo en esto
anduvo el hado propicio.

ESCENA XX.

Dichos, y salen Adolfo, Fabio, Roberto, Laureta y Soldados.

Adolfo.

Caballeros, detenos.

Roberto.

Dejenles, que por mi alivio,
al Príncipe de la daga
le dén siquiera otro chirlo.

Fabio.

¡Qué bien hice en avisar!

Laureta.

¡Mi ama anda en estos pasitos!

---

(1) *Emprenden los cuatro.*

quizá la hará escarmentar
el aceite de Aparicio.

Adolfo.

De orden de Madama vengo
por vos, Enrique.

Margarita.

¡Qué he oido!
sin nosotros no vá Enrique.

Fernando.

¿Si todos comprehendidos
somos, por qué á él solo?

Adolfo.

Porque
á Madama ha parecido,
que en él como en su escudero,
pueden tener mas dominio
sus órdenes.

Enrique.

Deteneos,
que son tan ejecutivos
los preceptos de Madama,
que si en ellos no hay arbitrio
para obedecerlos, ¿qué
será para resistirlos?

Gaston

Pues si vais preso, ¿quién duda
si es de todos el delito,
que todos con vos iremos?

Adolfo

Solo el orden que he traido
es para Enrique; vosotros
lo que mas fuereis servidos
podeis hacer.

Fernando.

Vamos.

Gaston.

Vamos.

Margarita.

¡Cruel fortuna!

Enrique.

¡Hado impio!

Margarita.

¿Cuándo de tantos pesares...

Enrique.

¿Cuándo de tantos martirios...

Margarita.

Saldré en este devaneo...

Enrique.

Saldré en este laberinto...

Los dos.

Donde cada aliento aguarde
el último parasismo!

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Decoracion de Sala.

Salen por un lado Adolfo, Margarita, el Principe, el Infante, Enrique, Laureta y Roberto, y por el otro Matilde con sus damas.

Adolfo.

Ya Enrique está aquí.

Enrique.

A tus plantas
rendido estoy, aunque siente
mi lealtad, que lo atractivo
á casi violento suene,
quitándo en lo precisado
el mérito á lo obediente.

Margarita.

Y todos con él venimos,
pues de culpa que merece
vuestras dulces iras, todas
intentan ser delincuentes.

Infante.

Y pues un decreto vuestro
á todos nos comprehende...

Principe.

Y pues un mismo delito...

Todos.

Nuestra osadía acomete,
si á todos alcanza el orden,

todos, señora, obedecen.

Matilde.

Alzad Enrique del suelo;
y no por tan imprudente
me juzgueis, que imaginase
que en vos ejercer pudiese
mas dominio, que el dominio
comun de mis altiveces,
que aunque la fortuna escasa
altos estados os niegue,
á lo mucho que nacisteis
tratamiento igual se debe,
que el de cuantos Soberanos
desde su primer oriente
á merecer lo que nacen,
nacieron lo que merecen.
Hecha á todos esta salva,
para que ninguno piense
que en lo irritado le quito
circunstancia á lo decente.
¿Qué cosa es que habiendo dicho
yo que vuestro duelo cese,
vuestro duelo se prosiga,
y mas por prenda que fuese
desperdicio de mis damas?
agradeced que no quiere
acordarse mi rigor
de que yo os mandé prudente
que cesase el duelo, mas
baste para que me vengue,
por mas que el castigo olvide,
que del delito me acuerde.

Enrique.

Hijo, señora, he nacido,
aunque segundo naciese

de Gofredo de Lorena,
legítimo descendiente
de Godofre de Bullón,
vuestro tio, en cuyas sienes
el laurel de Palestina
aun mas que ciñe florece.
En fé de vuestro escudero,
desde mis tiernas niñeces
serví al Cesar vuestro tio
en tantas guerras crueles
contra los lombardos libres
y los úngaros rebeldes
Que á un escudero mandeis
prender ¿qué violencia tiene
para que en lo cortesano
lo soberano se honeste?
Qué no cometí delito,
es claro, pues no hay quien niegue
que retado un noble, nunca
escusar el duelo puede
en las intrusas al mundo
del duelo tiranas leyes:
y mas noble como yo,
á quien vieron tantas veces
las águilas imperiales
de sus tropas á la frente,
de tantas rebeldes vidas
dejar cansada á la muerte.
Todo esto, señora, he dicho,
porque si tal vez hubiese
mostrado alguna templanza,
habrá sin duda accidente
que á ello obligue, y solo el tiempo
ha de ser quien lo revele,
que aunque este lo sabe todo,

hasta sus plazos, no suele
estar de humor de decirlo,
y es porque á los hombres quiere
que cada noticia suya
un poco de vida cueste.

Matilde.

Ya, Porcia, está Enrique airoso:
Príncipes, si algo pudiere
con vos mi ruego ha de ser,
que cualquiera duelo quede
ó suspenso ó concluido,
porque impropio me parece
que Príncipes que han venido
á tener mi Corte alegre,
tengan mi Corte confusa
de sus facciones pendiente.

Fernando.

Todos venimos, señora,
á hacer con todos solemne
aquel término dichoso
que gobernar os concede
vuestro estado

Gaston.

Haciendo solo
que nuestro afecto festeje
vuestra edad, que el tiempo ufano
la llene, y que no la cuente

Margarita.

Pero, ay, señora, unos casos
que tan sin pensar suceden,
que desde la discrecion
ajudiciaria apenas puede,
ó verlos el prevenido,
ó evitarlos el prudente.

Roberto.

Con todos mi amo se tira;
pero vive Dios que temo
al rapagon de la daga:
ahora conozco que tiene
en aquel que las recoge
su alguacil cada valiente.

Matilde.

Guardeos Dios, que me retiro,
porque mi Consejo viene
á una consulta.

Todos.

Los Cielos
vuestras auroras prosperen.

ESCENA II.

Gaston, Fernando, Enrique, Laureta, Roberto y Margarita.

Gaston

Ved, Enrique, en que os servimos,
puesto que es fuerza que queden
nuestros afectos tan unos.

Fernando

Ved, Fadrique, que aunque fueseis
tan ingrato á mi cariño,
seré vuestro: ¡ó, quién pudiese
con el correo salir
de esta duda!

Margarita.

Cuando deje
á Enrique, os buscaré, Infante.

Enrique

El Cielo con bien os lleve.

Matilde.

Dejadme solo vosotros. (1)

Laureta.

Pues nuestro duelo pendiente
quedó, venga á concluirle.

Roberto.

Hombre, ó demonio, ó quien eres,
déjame, que en la cabeza
tengo un costurón de ageme,
porque un cirujano á puntos
aun los cascos me remiende,
y doy palabra de que
despierto y dormido sueñe,
al Príncipe de la daga,
machacador de mis liendres.

ESCENA III.

Enrique y Margarita.

Margarita.

Amor, pasemos á instar un medio
antes de usar el último remedio,
adonde sea, si el dolor me apura,
escándalo del mundo mi locura.

Enrique.

¿Estarás, Margarita, ya cansada
de perseguir cruel y despechada
mi opinion y valor? ¿dí, qué es tu intento?
¿pensarás mas locuras?

Margarita.

Oye atento:

---

(1) *Vanse los dos.*

pensaré, mi señor, mi bien, mi esposo,
(perdóname si oyeres desdeñoso
el dulcísimo nombre que te he dado,
que como el lábio está tan enseñado
á decirlo, sin ver que á tí te agravio:
rebosa el corazon el nombre al lábio)
pensaré en suplicarte que repares
quien soy, quien eres, que mi honor ampares,
pues sabe amor que en nada soy culpada;
pero mal digo en nada,
en mucho soy culpada, si se advierte
inmenso es mi delito si es quererte.
Por tí perdí la patria, y por tí he dado
un escándalo tal; por tí he dejado
al vulgo mi opinion, fiero enemigo,
y es la mayor crueldad que hice conmigo.
¿Adónde volveré yo despreciada?
¿qué haré desamparada,
mísera y afligida,
si no he de ir donde soy tan conocida
como en mi patria bella,
ni qué haré peregrina fuera de ella?
y lo que siento con dolor estraño,
es que se llegue á conocer mi engaño,
que de Matilde amante,
á Flandes de Aragon vendrá el Infante,
pues por tener de España aqueste aviso,
mi astúcia entonces quiso
valerse de su nombre, habiendo sido
el Infante de mí bien conocido,
cuando mi padre en Aragon embiado
de Godofre, á su Rey dejó alistado
para la Liga de la Guerra Santa,
que llora Egipto y Palestina canta.
Mi vida y mi opinion tengo perdida;

duélate mi opinion, y no mi vida,
antes, Enrique ingrato,
que tu vil proceder, tu falso trato
me obliguen á emprender otra locura,
en quien librada tengo mi ventura;
y será la mayor que hayas oido,
pues mi honor ofendido,
si llega á despecharse,
solo en tu mismo honor ha de vengarse.

Enrique.

¡Qué violenta que estaba la blandura
en tí! ¡qué forastera la cordura!
pues lágrimas que exala tu belleza
equivocan la ira y la terneza:
la palabra te dí de ser tu esposo,
pero tu falso trato y alevoso,
deste vínculo pudo exhonerarme,
pues celoso no tengo de casarme;
y acreditar tu amor poco aprovecha,
cuando no desvaneces mi sospecha.
¿Sospecha dije? ¡inadvertencia rara!
mejor dijera mi evidencia clara;
en dejar tú tu casa es asentado,
que ni cómplice fuí ni soy culpado:
y en cuanto de ese trage á la indecencia,
aun mas es acreedora mi paciencia,
cuando tantos ultrages te ha sufrido:
siendo así, ¿en qué he faltado á lo debido?
¿cuando lo que juré, que no debia,
tengo observado tan á costa mia?
ni puedo reprimirte,
ni mi cordura supo corregirte,
ni yo debo matarte,
con que en nada á tu ruina he sido parte,
y en nada de seguirte me desvio.

para que salgas deste desvarío,
como no sea en emprender mi mano,
que por el alto Cielo Soberano,
que me ofendo, me irrito,
me apasiono, me enojo y precipito
de que tu astucia intente,
que otro favorecido ..

Margarita.

Enrique, tente: en valor arrogante, *ap.*
ya que no hay otro remedio
del último nos valgamos,
pues ya pensado le tengo.
Viven los Cielos Divinos,
villano, mal caballero,
que has de saber que hay valor
en los femeniles pechos
para castigar traidores:
empiece el último esfuerzo *ap.*
adonde lo oiga Madama;
muere, alevoso. (1)

Enrique.

¿Qué es esto?
¿qué haces aleve?

Margarita.

Matarte;
saca, traidor el acero,
y no vistas al temor
las tibiezas del respeto;
porque sino, vive Dios,
que te dé muerte indefenso.

Enrique.

Mira....

(1) *Saca la espada y embístele.*

Margarita.

Traidor, nada miro.

Enrique

Pues ya con el escarmiento
de que otra vez mi templanza
se vió indiciada de miedo
le sacaré por defensa,
bien que á mi valor protesto,
que solo intento templarte.

Margarita

Y yo arrancarte del pecho
la falsedad con el alma.

Enrique.

No te acerques.

Dentro Matilde.

Ved que es eso;

Dentro Adolfo.

¿Ruido de armas en Palacio?
acudid, acudid presto

ESCENA IV.

Dichos, y salen Adolfo, Gaston, Fernando y Matilde

Gaston.

¿Qué es esto? teneos, Enrique.

Fernando.

¿Qué es esto? Infante, teneos.

Matilde.

¿Qué es esto? ¿Príncipes? ¿cómo
repetido aquí el empeño,
mas allá de mi cordura
llegó vuestro atrevimiento?

Margarita.

Serenísima Matilde,
á quien los hados hicieron

de Flandes y de Bravante
Condesa y Duquesa á un tiempo;
Hija del Gran Balduino,
Emperador siempre escelso
de la Gran Constantinopla,
y sobrina del supremo
Enrico, Rey de romanos,
porque en el linage vuestro,
el que es termino del mundo
aun lo sea de su Imperio.
Ilustre Gaston de Fox,
gloriosísimo heredero
de Bearne, aquel antiguo
padron de los Pirineos.
Fernando de Portugal,
hijo de Sancho el Primero,
y de Enrique de Borgoña
dignísimo heróico nieto,
todos me escuchad, que á todos
los ha menester atentos
don Fadrique de Aragon;
los demas títulos dejo,
pues donde es menester mas
que la grandeza el esfuerzo,
fuerza es que de lo señor
sea parte lo caballero.
Hecha á todos esta salva,
delante de todos reto
de villano y de traidor
á Enrique.

Enrique.

Llegó el despecho
al último grado

Margarita.

Y pues

vuestra Grandeza os ha hecho
Soberana en los Estados,
sin dar reconocimiento
á potestades humanas
de dependencia ú de feudo;
y es ley de los Soberanos
que concedan campo abierto,
y seguro al agraviado
que llega á valerse de ellos.
La causa que doy, señora,
para nuestra lid (supuesto
que como árbitro del campo
fuerza es saberla primero)
es haberme quebrantado
(contra quien es procediendo)
una palabra; y pues es
(si á los estilos volvemos
del duelo) uno de los casos
más rigurosos del duelo,
campo os pido contra Enrique,
y pues los grandes sucesos
de las Cortes se celebran
por regocijar al pueblo
con las fiestas militares
de justas y de torneos,
porque no haya accion en mí
que no pare en vuestro obsequio,
regocijar vuestra Corte
con su tragedia pretendo:
á cuyo fin ese dia
ante vuestros ojos puesto,
vistiendo el pecho por gala
duras láminas de acero,
rigiendo el bridon furioso
á la suavidad del tiento,

y á la violencia del pulso
blandiendo el herrado fresno,
su infamia á un tiempo, y mi honor
públicamente defiendo. *Vase.*

Enrique.

Oid, esperad.

Fernando.

Decid,
que si nuestro parentesco
me obliga á que de padrino
vaya al Infante sirviendo,
bien podré en su nombre oiros,
y en su nombre responderos.

Enrique.

No tengo yo que deciros,
que á él pudiera, á vos no puedo,
á nada que preguntareis
responder, sino en el puesto.

Fernando.

Pues hasta ese dia á Dios,
que voy á ofrecerme luego
á Fadrique: ¡qué palabra
será la de tanto empeño! *Vase.*

Gaston.

Pues os dejaré solo, Enrique,
sin que lo mandeis os debo
asistir como padrino:
¡esta palabra no entiendo! *ap.*

ESCENA V.

Enrique, Matilde y Percia.

Enrique.

Si algo, señora, con vos
pudiere mi rendimiento
y los servicios que á vuestras

cesáreas casas he hecho,
ha de ser (¡Cielos, qué mal
contra el corazon me esfuerzo,
costando á mi turbacion
mil sollozos cada aliento!)
ha de ser. (¡yo estoy sin mí!)
que no concedais (¡yo muero!)
el campo al Infante

Matilde

Enrique,
¿pues cómo me pedis eso,
cuando tan de la venganza
juzgaba vuestro ardimiento,
que aun los términos legales
os recusáse el deseo

Enrique

Como hay en eso, señora,
tanto que decir, que creo
(por mas que es pasmo al callarlo)
que será horror al saberlo.

Matilde.

Siempre en enigmas confusos
me hablais, descifraos.

Enrique.

No puedo.

Porcia.

No puede dar paso este hombre
sin márgenes y comento.

Matilde

Ni yo oiros, pues el campo
le toca á mi gran Consejo
examinada la causa,
ó negarlo ó concederlo:
solo advirtireis, Enrique,
que en lances de honor como estos

(si bien como dama yo
esa facultad no entiendo)
para en público no valen
los enigmas del secreto.

ESCENA VI.

Enrique.

¿Para en público no valen
los enigmas del secreto?
Mil veces en mis fortunas
me he preguntado á mí mesmo,
¿si habrá habido otro algun hombre
reducido á tan estrechos
lances con su misma dama?
pero ahora infeliz veo,
con cuanta mayor razon
preguntar á todos puedo,
si habrá sucedido á algun
amante lance tan fiero,
como verse precisado
(ó saliendo ó no saliendo)
á perder siempre el honor
con todo el mundo, si advierto
que no saliendo, con todos
habré de quedar mal puesto,
y tambien saliendo; pues
ha de descubrir el tiempo
que esta tirana enemiga
es muger; aparte dejo
ser mi dama, alegué solo
el inviolable respeto
que deben tener los nobles
á lo general del sexo
Con que esta traidora falsa

me reduce á tal estremo,
que (ya su duelo recuse,
ó ya responda á su duelo)
ni remedio hay á su agravio,
ni á mi opinion remedio.
Diga alguno si ha tenido
noticia de algun suceso
tan apretado, que yo
daré á mi angustia consuelo,
con hallar en los mortales
el alivio del ejemplo.
Salir al duelo es infamia,
no salir será desprecio,
ausentarme es cobardía,
y si á darla muerte apolo
á esta fiera (que no fuera
muy estraño en sus escesos)
una vez desafiado
me espongo á que diga el pueblo,
que por evitar el lance
le dí la muerte en secreto.
¿No hay para mí una salida?
¿qué te he hecho, qué te he hech
fortuna, que en mis congojas
aun no me dás aquel fiero,
aquel doloroso alivio
de escoger de el mal el menos?

ESCENA VII.

Enrique y sale Lotario.

Lotario.

Aun no bien convalecido
de aquel infeliz rencuentro,
en que celoso y herido

dos veces quedé por muerto.
Informado de que Enrique
(á Margarita trayendo)
la vuelta de Flandes marcha,
la vuelta de Flandes vengo.
De ella en Bruselas no hallo
noticia; de él me dijeron
que estaba en Palacio, y aunque
no es á propósito el puesto
para llamarle, no importa:
¿sabreis decir, caballero,
si por aquí.... ¡mas qué miro!

Enrique.

Proseguid, que.... ¡mas qué veo!

Lotario

¿Lo que tan ansioso busco
me dás, Fortuna, tan presto?

Enrique.

¿A un empeño me socorres,
fortuna, con otro empeño?

Lotario

Yo, Enrique, os vengo buscando
para dejar satisfecho
de aquella pasada herida,
el acaso, no el esfuerzo,
que en lances de armas la dicha
no quita el merecimiento,
si está á cuenta del valor
el arrojo, no el suceso:
pero antes que remitamos
las razones al acero,
no por vos, sí por la dama
(que pues la traeis, es cierto
que será para casaros)
pretendo satisfaceros,

pues en hombres como yo
las damas son lo primero;
y pues hemos de reñir
cuando yo no escuso el riesgo;
dejar bien puesta una dama,
es dejarme á mí bien puesto.
Mi enemiga Margarita,
siempre fué tanto, que viendo
que en su obstinacion pasaba
lo decoroso á protervo,
de Laureta su criada
me valí, con que poniendo
una escala á los jardines
me hallé á pocos lances dentro.
Ella turbada, (quizá
de esperaros tan al mesmo
punto) en una galería
me introdujo, con intento
de que no me viesеis, coto
que no guardaron mis celos;
y mas cuando unos cristales
eran solo impedimento,
y mis sospechas graduando
mi agravio, fueron creciendo;
La criada es buen testigo
y todo Nanci, á quien fueron
públicos y aun murmurados,
mis ánsias y sus desprecios
Esto es cuanto á ella, y cuanto
á mí ahora. ..

Enrique.

Deteneos,
pues habiendo dicho antes,
que solo venis resuelto
á vengaros, el seguiros

me toca.

Lotario.

Venid.

Enrique.

¿Qué es esto?

Lotario.

Bando parece; y las puertas
de Palacio ocupa el pueblo
á ver un cartel, que en ellas
han fijado.

Enrique.

Pues miremos
(ánsias á espacio) qué dice. (1)

ESCENA VIII.

Decoracion de Calle.

Dichos, y sale Margarita.

Margarita

A Enrique vengo siguiendo,
por ver si el despecho mio
le ha obligado á algun convenio.

Enrique.

¡Cielos, ya llegó este golpe!

Lotario.

Y ya lidiar no podemos.

Enrique.

¿Cómo?

Margarita.

¡No es este Lotario!

Lotario.

Como este cartel leyendo
no puedo con tal contrario

(1) *Pónense como leyendo.*

olvidarme, de que debo
con las dos obligaciones
de vuestro paisano y deudo
á todo trance asistiros,
y así mi enojo suspendo,
hasta que por vuestro honor
volvais.

Enrique

Y yo os lo agradezco;
ya que es estilo sabido,
que no pueda un caballero,
teniendo un duelo aceptado
aceptar otro

Margarita.

Pues veo
testigo de mi honor vivo
al que imaginaba muerto,
en él vengaré mi saña,
á Enrique satisfaciendo.
¿Enrique?

Enrique.

¡Ah, fiera! ¿otro lance?
mas disimular intento: *ap.*
¿qué me manda vuestra Alteza?

Lotario

¡Cielos! ¿es verdad ó sueño?
Alteza dijo

Margarita.

Sabed.

ESCENA IX.

Dichos, y salen Fernando y Gaston.

Fernando

Buscándoos, Infante, vengo,

Gaston.

A buscáros vengo, Enrique.

Lotario.

¿Infante dijo? ¿qué es esto?

Fernando

Porque ha concedido el campo
á los dos el gran Consejo.

Gaston.

Y asi á elegir dia y armas
es fuerza que nos juntemos.

Enrique.

Cuanto al dia, el de mañana,
que no hay plazo como luego:
cuanto á las armas, de gala
habemos de entrar al fuero
de caballeros notorios,
donde puedan conocernos
por rostros y por divisas,
que yo prevenidas llevo
á los dos armas, iguales
en temple, medida y peso.

Margarita.

No es esto á lo que venia;
mas yo lo diré á su tiempo.

Enrique.

A no irme el Príncipe honrando,
que á vos os cansára es cierto,
Lotario.

Fernando.

Vamos, Infante.

Margarita.

Ya fortuna por lo menos,
con la muerte de Lotario
le satisfago ó me vengo. *Vase.*

Enrique.

Ya por lo menos, fortuna;
me ha dado el discurso un medio
para salir deste lance,
con que celebrado espero
ver al mundo la agudeza
que pudo enseñarme el riesgo:
¡ó, necesidad, y cuánto
te debe el humano ingenio!

ESCENA X.

Lotario.

¿Príncipe, Infante y Alteza?
muchos Príncipes son estos,
y mas cuando en aquel rostro
todas las señas contemplo
de Margarita; pues si ella
vino con Enrique huyendo,
¿cómo sin él contra el
(su propio trage depuesto)
está? ¿cómo le ha retado,
y con él acepta el duelo?
¿cómo es Infante? discurso,
aquí sin duda hay misterio,
ó no es ella, que mil veces,
y en nuestro siglo se vieron
(quizá para grandes casos
parecidos dos sugetos)
mas no, hasta el habla es la misma;
¿pero Enrique tan grosero
habia de lidiar con ella?
si alguno viera el suceso,
y esta fuera Margarita,
dijera que estaba suelto

todo, declarando yó
que es muger, con que el empeño
cesaba: pues no, por mí
no ha de saberse el secreto:
lo primero, porque yo
á decirlo no me atrevo
por si no es ella, que fuera
creyéndome de ligero,
quedar con todos corrido
en lance tan manifiesto.
Lo segundo, por si es ella:
¿porque quién será tan nécio,
que en lance tan impensado,
tan esquisito y tan nuevo,
no quiera ver la salida
que Enrique dá? y asi pensó,
porque busque la Fortuna
otra clave á tal secreto,
la luz quéda en mi noticia,
apagarla en mi silencio.

ESCENA XI.

Dicho, y sale Laureta.

Laureta.

Lotario, si una infelice....

Enrique al paño.

Siguiendo á Laureta vengo
por ver si habla con Lotario;
pues de su inquietud recelo
que le busca.

Lotario.

¿Pues Laureta?
¿tú en este trage? ¿qué esceso?...

Laureta.

Eso no es de aquí, pues solo
lo es que de mi ama sabiendo
que aquí quedas asustada,
y aun mal viva, te prevengo,
que pues sabes que por tí
me atreví á tal desacierto
como arrojarte la escala
para introducirte dentro
del jardin, sin ser mi ama,
no solo cómplice en ello,
pero aun sin tener malicia
de mi lealtad y mi afecto;
en prémio deste servicio,
que no lo digas te ruego,
pues si ella ó Enrique llegan
á penetrar el enredo,
aun con la vida no pago.
Ya conoces su despecho:
Caballero eres, Lotario,
obra como Caballero. *Vase.*

Lotario.

Aguarda, detente, espera;
pero yo en su seguimiento
vestiré mis esperanzas
de las alas del deseo. *Vase.*

Enrique.

Amor, ya con este acaso
voy en todo satisfecho
del honor de Margarita,
por si no hay otro remedio;

ESCENA XII.

Salen don Fadrique de Aragon de camino, á la española, con hábito de Santiago, y Ricardo, criado.

Ricardo

¿No vienes, señor, cansado?

Fadrique

Pues del golfo embrabecido
en España fui servido
y en Inglaterra arrojado:
luego su canal pasé,
y al tocar la opuesta banda,
por las provincias de Holanda
el Bravante atravesé.
Como hizo el mar dilatado
mi viage, deseoso
de ver pais tan hermoso,
de toda Europa envidiado,
oculto quise llegar
á Bruselas, por poder
todas sus grandezas ver,
sus maravillas notar,
en tanto que á ostentacion
llega por el mar mi gente,
con el séquito decente
á un Infante de Aragon;
y mas cuando el caso es llano,
que aquí la venida mia
esperarán cada dia,
por cartas del Rey mi hermano;
y al ver tanta ostentacion,
entre bélicos despojos,
puedo decir que en los ojos
vive aquí la admiracion.

Ricardo.

Pues si novedades vienen
hemos de ir, ver determina
un cartel que en esa esquina
están mil hombres leyendo.

Fadrique.

¿Qué contendrá?

Ricardo.

Dice así:
Don Fadrique de Aragon....

Fadrique.

¿Cómo?

Ricardo.

¡Estraña admiracion!
por Dios que te nombrá á tí:
si como te has detenido
por la borrasca cruel
en Flandes, este cartel
te pregona por perdido.

Lee Fadrique.

Don Fadrique de Aragon, Infante de Aragon, señor de Cardona, maestre de Santiago, ante la Serenísima Princesa, madama Juana Matilde, condesa Palatina de Borgoña y Flandes, duquesa de Brocante, ect: Con la autoridad del Supremo Magistrado de esta Corte, en la plaza de su Palacio mantendrá á Enrique de Lorena, conde Clermón, en el dia que el señalare de este mes de julio del año del Señor 1216, con las armas que eligiere, que es perjuro y mal Caballero, por haberle faltado contra su fé á una palabra, y porque á noticia, ect:

No leo mas, que una traicion
me está en golpes repetidos
dentro del pecho á latidos
avisando el corazon
¿Quién será Cielos, el hombre
que en el empeño que arguyo,
para valor que es tan suyo
se ha valido de mi nombre?
Alguna invencion estraña
mi valor apurar piensa,
pues sin ser mia la ofensa
lo ha parecido la hazaña:
¿que es esto, Ricardo?

Ricardo.

¿Yo
qué puedo de eso saber?
pero alguno hubo de haber
que tu nombre se pegó.

Fadrique

Yo sabré el dia aplazado
para el duelo, y pues llegué
en público dejaré
el engaño averiguado;
ya que el uno por mi honor,
si el otro por su castigo
han de hacer campo conmigo
el retado y retador;
y porque á Flandes asombre
mi valor enfurecido,
si mi nombre está ofendido,
yo volveré por mi nombre.

Ricardo

Háganme á mi mil regalos
(aqui para entre los dos)
y á mi nombre vive Dios

mas que le harten de palos.

ESCENA XIII.

Al son de cajas y clarines se descubrirá una gran tienda de campaña, en que estará sentada Matilde en un Trono, y en grados sus damas: á la puerta habrá una silla, en que estará sentado Adolfo con baston, y delante de él un bufete con sobremesa y recado de escribir: á los lados ha de haber dos tiendas menores, en una estarán Margarita y don Fernando, y en otra don Gaston y Enrique; y salen Laureta y Roberto.

Adolfo.

Ya que soy juez deste campo,
en que solo vuestra Alteza
puede presidir; pues siendo
causa de Príncipes esta,
á Potestad Soberana
su decision se reserva:
y ya que á mi cuenta está
cuanto en esta lid suceda,
pues el gran Senado en mí
su autoridad subdelega:
licencia, señora, aguardan
las partes, que se presentan
por mí ante vos; dad lugar
que en vuestro juicio parezcan.

Matilde

Aunque por mí rehusára
ser testigo á su contienda;
no pudiendo al arbitrage
escusarse mi presencia,
cumplid con las ceremonias
de vuestro oficio.

Adolfo

Pues vengan

las partes y sus padrinos
en tal forma, que dar pueda
yo fé de que son los mismos,
con las caras descubiertas,
desarmadas las personas,
y desnudas las cabezas.

Fernando.

A vos es esta llamada. (1)

Margarita.

Pues responda mi obediencia:
ea, valor, hasta aquí
duró la vana sospecha,
de que perseguido Enrique,
se rindiese á mis finezas:
ya que aceptada la lid
ninguna esperanza queda,
pues lo que empezó el capricho
proseguirá la fiereza;
y pues la opinion perdida,
es bien que la vida pierda;
quede ahora á la venganza
lo que falta á la tragedia. *Llamada.*

Gaston.

Ya nos llaman.

Enrique.

Si el capricho
que me ha ofrecido la idea,
en fé del cual con mi dama
el duelo mi honor acepta
no se logra; ¡ay de mi fama
al público trance espuesta!

Roberto.

Memento mi cuchillada,

(1) *Tocan las llamadas.*

pues le dió á tí la medida
el Príncipe de la daga,
descosedor de cabezas

Fernando

Don Fadrique de Aragon,
á vuestras plantas escelsas.

Gaston

A vuestras heróicas plantas,
por mí Enrique de Lorena.

Los dos.

Para presentarse piden,
señora, vuestra licencia.

Adolfo

Por mí su Alteza os lo otorga;
y para que el mundo sepa,
Fadrique, vuestra demanda,
es forzoso proponerla.

ESCENA XIV.

Dichos y sale Lotario, y despues Fadrique.

Lotario

El concurso de la plaza
hasta ahora no me deja
llegar á apurar mi duda.

Adolfo

Haced, pues, relacion della.

Margarita.

Don Fadrique de Aragon....

Sale Fadrique

Esperad por vida vuestra,
que habiendo oido mi nombre,
una pretension como esta,
solo el proponerla toca
á quien toca defenderla.

Margarita.

¡Cielos, este es el Infante!
penas se añaden á penas.

Fadrique.

Augustísima Matilde:
apenas la primer hüella
de mi peregrina planta
comunpiqué á tus arenas,
cuando en carteles distintos
oí, que á mi nombre intenta
(no sé quien) añadir juntas
una hazaña y una ofensa.
Don Fadrique de Aragon
soy yo solo; si las señas
ó en retrato esparcidas,
ó en noticias manifiestas,
(cuando del Rey no me valga
una carta de creencia)
de esta verdad no os informa,
puede informarlo ella mesma,
que siendo mia, en el mundo
no puede haber quien se atreva;
no digo yo á disuadirla,
mas tampoco á no creerla.
A mi nombre le habeis dado
campo, mi nombre le acepta:
lo primero contra Enrique,
pues es fuerza que mantenga
cuerpo á cuerpo mi persona,
lo que mi nombre le reta,
y cartel que por el mundo
en hombros del viento lleva,
si la Fama en tantas trompas,
la noticia en tantas lenguas;
que me ofendió habrá esparcido,

y á mi honor mal estuviera,
que quien la ofensa ha sabido
el desagravio no sepa:
y en el segundo lugar
mi honor defender intenta,
al que ha usurpado mi nombre,
que no es digno de nobleza,
mal caballero y villano,
pues no es posible que tenga
alguna nobleza suya
quien ha menester la agena.

Enrique.

¡Cielos, este es otro lance,
que ya ha dias que recela
mi confusion! ánsias mias,
¿cuándo acabaran mis penas?

Lotario.

La estrañeza deste lance
tan fuera de mí me deja,
que entre ella, entre mí y Enrique
no sé á lo que me resuelva.

Fernando.

¡Cielos, aquí hay dos Fadriques;
y cuando á servirle en esta
ocasion mi obligacion
y parentesco me llevan,
dudoso en ella, no sé
á cual sirva ó á cual ofenda.

Gaston.

¡Notable empeño!

Adolfo.

Esto importa
averiguar con cautela.

Roberto

¡Que siempre me pareció

¡que el tal Infantico era
embustero!

Matilde.

¡A mí no en vano
me cansaba la sobervia
de este presumido jóven!

Adolfo

Si os ha admirado suspensa
mi neutralidad: ha sido
por una duda tan nueva,
que en los estilos del duelo
hasta ahora no se acuerda
de leerla mi memoria,
de mirarla mi esperiencia:
¿quién pues, es Fadrique?

Los dos.

Yo.

Adolfo

Aun es mi duda la mesma.

Fadrique.

¿Quién será este jóven, Cielos,
que de su rostro las señas
he visto, y estoy dudando
adonde la ví y quien sea?
Yo soy Fadrique, y á quien
lo dude ó no lo conceda,
sabrá este acero.... *Empuña.*

Adolfo

Teneos.

Fernando

Y si la verdad es esa,
sabré al lado de el Infante
castigar á quien pretenda

engañarme con su nombre; (1)

Lotario.

Habiendo noble que vea
á dos contra un hombre solo,
ponerse á su lado es fuerza. (2)

Enrique.

¿Quién os dijo que está solo,
si es mi obligacion primera
defender á mi enemigo?

Gaston.

Y mia en cualquier empresa
estar al lado de Enrique.

Margarita.

¿Ni quién os dijo que quiera
yo vuestro socorro, cuando (3)
lo que tarda mi fiereza
en mataros, vá mi ira
acusando mi paciencia?

Adolfo.

¿Ni quién á todos os dijo,
que á cualquiera que se atreva
á no estar en todo al juicio
de tan heróica Princesa,
como á él asiste, no haré
que respete su presencia?

Fadrique.

A mí me toca morir,
antes que en duelo consienta,
que otro con mi nombre lidie
y yo nombrado lo vea.

---

(1) *Pónese al lado de Margarita.*
(2) *Pónese tambien*
(3) *Pónese contra Lotario.*

Fernando.

Y yo lo defiendo, pues
dias ha que mi sospecha
este engaño me avisaba.

Enrique.

Y á mí me toca que tenga
el que me ha desafiado
seguridad, y aunque fuera
otro su nombre, no es
circunstancia esa que altera;
librémosla de Fadrique,
y lo que viniere venga,
que conmigo es otra cosa.

Gaston.

Que á todos nos toque es fuerza;
hacer bueno el campo.

Adolfo.

Todo
armas y voces se suspendan,
que el que fuere contra el bando,
ó el que no esté á la sentencia
que diere mi autoridad,
por vida de la Condesa
mi señora, que hallará
en fé de su inobediencia
contra sí, todas las armas
de la guarda que nos cerca.

Todos.

¿Pues cuál la sentencia es
que dais en la causa?

Adolfo.

Esta:
El campo desta batalla
le ha concedido su Alteza,
á lo Real de la persona,

no del nombre á la apariencia:
dé una ofensa se ha quejado,
la cual Enrique no niega;
pues si el reo y el actor
en las personas concuerdan,
no es esencial circunstancia
del nombre la diferencia:
lidien los dos, bien que á salvo
su derecho se reserva
á este caballero, para
ventilar despues su ofensa
con el que quedare vivo;
y quien replicare, sepa
que de la Condesa ofende
á la autoridad suprema,
pues de la sentencia suya,
para su pasion apela.

Fernando.

Pues siendo asi, á su persona
ofrecí yo mi asistencia,
protestando que el que fuere
Fadrique, ha de hallar espuesta
á su venganza mi vida.

Fadrique.

Tambien mi valor protesta
que pues no hay apelacion,
al que quede vivo espera
mi furor.

Enrique.

¡Cielos, ya vuelve
todo el empeño á su fuerza,
pues con Margarita lidio!

Margarita.

¡Cielos, ya el lance se trueca!
ea, honor, á la venganza

todas mis iras despierta.

Lotario.

Otra vez vuelve el empeño
á la confusion primera,
yo he de ver lo que hace Enrique
como no lídie con ella,
que antes hallará mi vida
á su dictamen opuesta.

Adolfo

Enrique, elegid las armas,
que á vos os toca el traerlas,
y á mí el verlas y el pesarlas.

Enrique.

Ahora la industria entra: ap.
en el arbid va el honor,
fortuna, mi honor te duela.
Los caballeros que lidian
y el pecho vestir intentan
de láminas aceradas,
que ha congelado por venas
la cóncava contextura
del embrion de la tierra,
en tanto el valor desnudan
cuanto visten la defensa.
Al hombre crió desnudo
próvida naturaleza,
ni armado el pecho de escamas,
de conchas ni de cortezas,
quitándole tan del todo
los instrumentos de guerra,
que el hierro y acero quiso
que á su cólera escondiera
la ciega profundidad
de las ocultas cabernas.
Con una espada de marca

lidiaremos, sin que tenga
la defensa mas reparo
que el que diere la destreza:
no solo sin armas, pero
para que ninguno entienda
que la ropa las oculta,
ó que el adorno las zela,
el pecho todo desnudo
ha de estar, y por decencia
de los soberanos ojos
que asisten á la contienda,
dos túnicas tan sutiles
vestiremos, que parezca
que en trasparentes vapores
en la trama se congelan,
siendo ilusiones del lino,
y siendo de gasa nieblas;
y pues estan prevenidas,
una llevad á la tienda
de mi contrario, y en tanto
que al combate se prevenga,
llenará el aire el estruendo
de cajas y de trompetas.

Gaston.

¡Bizarra resolucion!

Fernando.

¡Gallardía como vuestra!

Margarita.

¡Ay, infelice de mí,
que entre angústias y entre penas,
la misma respiracion
ha dado un nudo á la lengua!

Roberto.

Con la gala del nadar,
el diablo de mi amo mezcla

hoy la gala del reñir.

Margarita.

¡Yo he de verme en esta afrenta! *ap.*

Laurcia.

Entendióselas Enrique.

Lotario.

Vive el Cielo que me deja
admirado, pues no puede
reñir con una indecencia
tan pública Margarita,
y llegando el caso, es fuerza
que en su desnudéz conozcan
que por muger la respetá:
la mayor salida ha sido
que pudo hallar la agudeza.

Fernando.

Venid, pues.

Margarita.

¡Desnuda yo! *ap.*

Adolfo.

¿Pues qué suspension es esa?

Margarita.

¡Qué me haya puesto mi arrojo *ap.*
en tan pública vergüenza!

Adolfo.

¿Qué haceis?

Margarita.

Pensando estoy que es
muy indente pelea
de bárbaros gladiatores,
que lidian hombres y fieras,
la desnudéz, y que yo....

Adolfo.

Eso no es de vuestra cuenta;
pues aquel que desafia,

al arbitrio se sujeta
del retado, sin que haya
privilegio que le absuelva.

Margarita.

¡Yo!

Adolfo.

Ea, no hay que replicar.

Fernando.

Ved que parece tibieza
la resistencia, por Dios.

Lotario.

¡En fiero lance está puesta!

Margarita.

¿No hay remedio?

Todos.

No hay remedio.

Margarita.

Pues antes que yo me vea
en pública confusion,
sabré postrándome en tierra
con lágrimas, que en arroyos
mis suspiros humedezcan,
dándome en fin por vencida,
suplicarte que te duelas
de mi honor y vida, Enrique,
que yo... ¡ay de mí, que no acierta
del corazon á los ojos
aun las lágrimas la senda.

Enrique.

¡Cielos, Margarita llora!

Laureta.

Descubrióse la cautela.

Roberto.

¿Lágrimas? este guapo
nos ha salido vadea.

Fernando

Eso es querer que yo agora
satisfacerme pretenda
de que á su lado me saque
quien tan desairado vuelva.

Fadrique.

¿Y que yo agora castigue
vuestro engaño?

Adolfo.

¿Y que yo pueda,
como falso acusador,
dar al delito la pena?

Lotario.

¿Y que yo á su lado puesto
lo estorve?

Todos.

Yo.

Roberto.

Braba gresca.

Enrique

Teneos, que yo quiero á todos,
pues por mí rendido queda,
dejar bien puestos y airosos.

Todos.

¿Cómo?

Enrique.

De aquesta manera:
asi no digo quien eres, (1)
dijo él, pues consideras
lo que importa.

Margarita.

Antes pretendo
hacer que Lotario....

---

(1) *Dale la mano.*

Enrique.

Cesar,
que á no estar yo satisfecho,
de ningun modo te diera
la mano.

Todos.

¿Pues para todos,
que satisfacion es esa?

Enrique.

Que llora y le doy la mano,
con que respondido queda
á todo, pues mi valor
desaires no le sufriera
sino á quien llorar pudiese.
Y á ninguno duelo resta,
con que me ha dado esta mano,
que es tan blanca como bella,
de tal suerte que la mia
es difícil que consienta
á ninguno en su decoro
réplica, duda ó respuesta.

Lotario.

Y pues no solo sabeis
que es muger la que sustenta
el duelo, sino muger
de un Enrique de Lorena,
yo á su lado...

Fadrique.

Detenéos,
que con esa especie nueva,
acordando de su rostro
á la memoria las señas,
no solo sé desde España
quien es, y que no me deja
lance, pero celebrando

lo agudo fle su cautela,
estaré siempre á su lado.

Fernando.

Y yo, señor, pues ya es fuerza
ser vos Fadrique, os ayudo.

Matilde.

¿Contra quién? sino quien quiera?
mas que dar de su ventura
á Enrique la enhorabuena.
Y porque en mi Corte cesen
escándalos y tragedias,
pues en mí no hay eleccion,
yo haré que presto resuelva
mi Consejo cual de todos
por Conde de Flandes queda.

Roberto.

¿Y esta alma me trais á casa?
señor, ajusta mi cuenta,
que no quiero cada dia
quebraderos de cabeza.

Margarita.

No habrá, si callares tú:
dando fin á la Comedia
del Duelo contra su Dama,
perdon ó aplauso merecaca.

El Duelo contra su Dama.

Lotario, enamorado de Margarita, hija del generalísimo de las armas de los duques de Lorena, determina escalar su jardin para hablarla y vencer los desdenes que le hace sufrir por espacio de tres años Laureta, doncella de Margarita, ganada por Lotario, le tiene dada una cita para el jardin donde vea á su ama, siendo la señal del momento oportuno la de cantar ella una letra. Baja Margarita á dicho sitio con Laureta, y la lee una carta de su amante Enrique de Lorena, en que la dice, que habiendo pedido licencia en aquella retirada de campaña ha llegado á Nanci por la posta, y piensa verla en aquel sitio, pidiéndola, que cuando sea hora de estar recogida la familia se lo dé á entender, haciendo cantar á Laureta como por acaso La doncella, apalabrada en los mismos términos con Lotario, procura escusarse con varios pretestos, y no siéndola posible resistirse, trata de que por el sentido de las palabras de su canto procure Lotario mas bien desistir, que llevar adelante su intento; pero nada de esto sucede. Preséntase á la seña Lotario ante Margarita, sorprendese ésta de ver en su casa á su enemigo por asuntos de familia, él la declara su amor, ella le ruega astutamente que en tanto que registra para ver si está quieta la casa antes de escucharle, se retire á una sala y le eche la llave, y Lotario accede Sobreviene Enrique atraido de la misma seña, y se llena de recelos al notar la frialdad con que le recibe su amante, turbada como está de la inopinada aparicion de Lotario. Este, que por las vidrieras de la galería en que está oye sus coloquios amorosos, rompe despechado los vidrios y sale al jardin, en el que se baten ambos quedando

muerto Lotario, y despidiéndose Enrique despues de renunciar al amor de Margarita sin querer escucharla, y declarándola vá á corresponder á la ternura que le profesa Matilde, condesa de Flandes. Acude gente al ruido de la pendencia, y Margarita por borrar los indicios que debian resultar de aquella muerte contra su celoso amante, declara que ella ha muerto á Lotario en castigo del atrevimiento de asaltar su estancia, disponiéndose en seguida á una estraordinaria empresa de amor. Obsequiada en su corte de Flandes Matilde por Gaston príncipe de Bearne y por don Fernando infante de Portugal, é insensible á sus rendimientos, refiere á Lisarda su doncella, que desde que hallándose en la corte de Alemania la libertó la vida Enrique de Lorena, sacándola á nado de un estanque, cuya hielo se habia roto corriendo ella en un trineo, está prendada de él aunque pobre, y mucho mas por la discreccion con que observaba el secreto que le habia encargado. Enrique con su criado Roberto se presenta en Bruselas, y lo mismo con su doncella Laureta Margarita disfrazadas de hombres, á tiempo que están robando á los primeros unos salteadores, de quienes los defienden. No logrando Margarita convencer á Enrique de su inculpabilidad en la riña que tuvo con Lotario, le exige palabra de no descubrir quien ella sea mientras esté disfrazada. Enrique detiene á un caballo que iba á precipitar á Matilde; pero al traerla desmayada en brazos, Margarita celosa finge ser ella quien la ha libertado de aquel peligro, dándose á conocer por don Fadrique infante de Aragon, viéndose Enrique obligado á callar mediante el juramento hecho. Báñense los dos, sufriendo Enrique el bochorno de que Matilde le crea cobarde al verle retirarse, evitando el sostener el combate con Margarita.

Pretende Enrique disculparse con Matilde, y persuadirla de que es él quien la ha salvado del último riesgo que ha corrido; pero se vé atado y confuso con la palabra que tiene dada de guardar secreto acerca de la persona de Margarita; añadiéndose que en vez de tomar venganza de la ofensa que el supuesto Infante le hace en la persona de su criado Roberto, que llega á quejare á presencia de Matilde, le amenaza, confirmando así mas para con ésta su reputacion de cobarde. Margarita habla con Enrique en el jardin de Matilde, á tiempo que mirándólos esta desde un balcon se le cae una cinta; van á cogerla ambos, y queda en poder de Margarita; pero sobreviniendo Fernando y Gaston determinados á cobrarla con la punta del acero de quien la tenga: Margarita se la cede á Enrique, declarando á los nuevos competidores que aunque la deben cobrar de aquel, se pondrá á su lado para defenderlo. Matilde las dice que la cinta es de una de sus damas, por sacar del compromiso á Enrique, y pide á este se la devuelva. Enrique se resiste alegando que hay otros que la piden, y se opone igualmente Margarita á que Enrique entregue la cinta, pronta á batirse con cualquiera en su defensa, y quedando citados para reñir los cuatro detras del Parque. Fernando advierte á Enrique que siendo el Parque el sitio mas frecuentado de la Condesa, será mejor elegir para el duelo un bosque que le designa. Esta idea le agrada á Enrique, lisongeándose poder evitar así que Margarita se bata, citando por su parte á Gaston á otro punto; pero se encuentra con un billete de este que le cita al mismo bosque que Fernando. Reunense los tres, y como tarda Margarita ó el supuesto Infante, mientras altercan queriendo cada uno de ellos reñir con Enrique, se presenta Margarita quejándose de la supercheria de no haber mu-

dado el sitio sin avisarselo Enrique se empeña en que Margarita no riña de modo alguno, amenazando al que desembaine contra ella la espada. Acométense los cuatro, y sobreviene Adolfo con gente, llevándose preso á Enrique de orden de Matilde.

Matilde reconviene á Enrique y demas de haber desobedecido la órden suya para que cesase todo duelo, y quedan todos reconciliados. Matilde procura desvanecer la preocupacion en que está Enrique de su fidelidad; pero no lograndolo, le obliga á que saque la espada, y pide á la Condesa campo contra Enrique, alegando haberle quebrantado una palabra. Llega Lotario á Bruselas siguiendo á Enrique para pedirle satisfacion de su agravio, y viendo fijo el bando que anuncia el duelo de su rival y del supuesto don Fadrique, determina remitir el suyo para mas adelante por servir de padrino á Enrique. Auméntase su confusion al ver á Margarita, pero determina callar. Laureta temerosa con la llegada de Lotario, le suplica no descubra haber sido ella quien le proporcionó la entrada en el jardin, cuya conferencia habiendola escuchado Enrique, queda satisfecho de la firmeza de Margarita; pero siempre comprometido á seguir el duelo. Entretanto sobreviene el verdadero don Fadrique, que lee tambien el cartel, y lleno de indignacion determina batirse con el retador y el retado. Llegado el momento del duelo, y descubriéndose el verdadero don Fadrique, se suscitan nuevas dudas que decide Adolfo, declarando que habiendo la Condesa concedido el campo á lo Real de la persona, y no á la apariencia del nombre, combatan Enrique y el fingido Fadrique, quedando reservado al segundo el ventilar su ofensa con el que sobreviva: decision que vuelve á constituir á Enrique en la terrible precision de batirse con su dama. En este apuro, y to-

cándole como á retado elegir las armas, pide sea el duelo sin armadura alguna, y con el pecho descubierto, para que no se sospeche engaño ni traicion: condicion á la que no pudiendo negarse Margarita, la precisa á descubrirse, dando la mano de esposa á Enrique.

El argumento de esta Comedia es todo caballeresco, y si bien no es de las mejores de Candamo, llena el principal objeto que en aquel tiempo se proponian los autores dramáticos, á saber, el enredar la accion hasta lo sumo, para sorprender luego al espectador con el desenlace; y así es que desde el principio al fin se sostiene el interés á favor de los protagonistas Enrique y Margarita, comprometidos por el desacierto de Laureta. La delicadeza de Enrique en cumplir la palabra dada á Margarita de no descubrirla, y los celos y caracter sarcasmo de esta son dramáticos bien manejados, no dejando de ser imprevista la solucion del nudo, que el espectador la aguarda mas bien de los personages episódicos don Fadrique y Lotario, que del fondo de la accion y leyes del duelo, de donde la saca el autor. Para juzgar sin prevencion de estas composiciones, es necesario trasladarse al siglo en que se hicieron, y á las costumbres que entonces reinaban, tan diferentes de las actuales; consideracion que nos hará necesariamente disimulables las inverosimilitudes de ciertos lances que pretendemos medir por el nivel de la sociedad actual. El estilo adolece en varias partes de inchazon metafórica, como en estos versos:

Dirás que apenas del viento
en la diáfana campaña,
pájaro estrangero cruza,
ave peregrina pasa,

ó ya en los tornos ginete,
ó ya en los bordos pirata, &c.

Pero en compensacion hay pensamientos espresados con sencilla delicadeza, como el siguiente:

No hay delito que una hermosa
perdone de mala gana
si nace de amor, porque
si ella ocasiona sus ánsias,
cuanto es mayor el efecto
se acredita mas la causa.

Es tambien graciosa la cancion de Laureta con que avisa á Lotario:

Fuentecilla bulliciosa,
que con travesura incauta, ect.

Y algunos golpes epigramáticos como este:

¿Quién creyera ¡dura estrella!
ladrones en los caminos
á la Corte tan vecinos?
Roberto
¿Pues no los hay dentro de ella?

EL ESCLAVO

EN GRILLOS DE ORO.

PERSONAS.

Trajano, Emperador de Roma.
Obinio Camilo, Galan
Elio Adriano, sobrino de Trajano.
Licinio, Prefecto de Roma.
Lidoro, Centurion.
Un Senador.
Un Músico.
Música.
Sirene, Dama.
Octavia, Dama.
Libia y Flora, Criadas.
Cleantes, Anciano, Consul de Roma.
Corbante, Criado.
Gelanor, Criado.
Una muger.
Un Alquimista y acompañamiento.

La Escena pasa en la ciudad de Roma.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Tocan á una parte cajas y clarines, y á otra instrumentos músicos, y salen por los dos lados Soldados acompañando á Adriano y á Trajano, que saldrán por encontradas partes y por medio de todas las damas coronadas de rosas, y Cleantes con gramalla y cota de Senador y unas llaves doradas en una fuente, y Camilo, Lidoro y Gelanor, vestidos todos á la romana.

Música.

En hora dichosa hegue
al sacro templo de Palas,
todo el esplendor de Roma
en los dos Heroes de España,
diciendo en trompas bélicas,
músicas consonancias;
Trajano y Adriano vivan,
para timbre de su Patria.

Voces.

Trajano y Adriano vivan,
para timbre de su Patria.

Trajano.

Aquí cesando el estruendo
de trompas, voces y cajas,
que la atencion nos confunden
y el aire nos embarazan,
de los dos triunfales carros
que en festones y medallas,

tantos aplausos abultan
en empresas que resaltan
allí salpicado el oro,
y escarchada allí la plata;
dejemos las altas pompas
que de oro son vivas ascuas;
y tanto, que concibiendo
al sol en pálidas llamas,
es mas tratable á la vista,
menos activa y mas blanda
la luz que el sol les imprime,
que el reflejo que trasladan;
porque luz vestida de oro,
ciega con mas eficacia
Dejemos los carros digo,
y en el templo que consagra
á Palas Roma ofrezcamos
de su deidad á las aras,
los triunfos que nos da el Cielo.
Tú, Adriano, llega y enlaza
tu vida á mi vida en este
nodo: ¡ay, sobrino, con cuanta
terneza miro á tus triunfos,
si en tu juvenil bizarra
edad, se está renovando
mi caduca edad anciana.

Adriano

Todos los triunfos, señor,
que por victorias tan altas
como tu fortuna pudo
comunicar á mi espada
me dá Roma, no lo fueron
hasta llegar á tus plantas.
A mi enemigo Camilo
he visto, cuando en la rara

hermosura de Sirene
hidrópico trasladaba,
por ver de sus perfecciones
á los ojos toda el alma:
¿á un tiempo celos y amor?
mal agüero es de mi entrada.

Octavia.

¡Ay, Adriano, de tu ausencia
cómo es posible que haya
podido sobrarme vida,
para ver hoy dichas tantas?

Camilo.

¡Ay, traidor, como la mira!

Lidoro.

Disimula, siente y calla.

Cleantes

Trajano, Cesar invicto
de Roma, á cuyas bazañas
aun vienen estrechas todas
las claúsulas de la fama.
En este sagrado templo
en fé de la acostumbrada
ceremonia de los triunfos,
todos los padres te aguardan
conscriptos; y por mí, todo
el Senado las doradas
llaves de Roma te entrega,
como á su dueño.

Trajano

Levanta,
Cleantes, que no á mis pies
estais bien, aunque eres vasa
de mi Imperio, en cuyos hombros
tanta parte dél descansa,
mas que sustenta.

Cleantes.

¡Ah, Cielos!
¿yo tengo de ser la causa *op.*
de turbar tanta alegría
con noticia tan infausta,
como la conjuracion
que con Camilo tratada
tienen tantos nobles? pero
mas á la cordura aguarda
el que advirtiendo molesta,
que el que contemplando engaña.

Sirene.

Todas los sacerdotisas
de la religiosa estancia
de esta clausura, en tu triunfo
llegan, señor, humilladas
á darte el parabien todas
festivas y coronadas
de rosas, cuyos fragantes
ojos, lágrimas del alba
bordaron, cuajando perlas,
rojas y verdes pestañas:
á cuyo fin, tus aplausos
repiten en voces varias.

Con música.

Diciendo en tropas bélicas,
músicas consonancias;
Trajano y Adriano vivan,
para timbre de su Patria.

Trajano

De todos generalmente
recibo la alborozada
festiva obstentosa muestra;
pero de nadie con tanta
terneza, Sirene hermosa,

como de la venerada
religiosa tropa bella,
que por las mansiones vagas
de este sagrado edificio,
en cuya sobervia vana
los humos del templo esconden
magnificencia de alcazar,
Y pues cercano á Palacio
tanto su sitio se halla,
que dél una oculta puerta
para su comercio, pasa
de las augustas al cuarto,
aquí mi triunfo se acaba.
Despedid la gente toda,
y entremos, que dando gracias
de la victoria de Armenia
al simulacro de Palas,
á Palacio por aquí
mas breve iré: Ay vida humana,
¿qué habrá en tí que no fatigue,
si hasta los aplausos cansan?

Sirene.

Vamos en su aplauso todas
repitiendo en voces varias. *Clarines.*

Voces

Trajano y Adriano vivan,
para timbre de su Patria.

ESCENA II.

Camilo, Lidoro y Gelanor.

Camilo.

¿Gelanor?

Gelanor.

¿Señor?

Camilo.

¿Porqué
(mal sosiega esta llama)
avisaste á todos?

Gelanor.

¿Cuándo
no ejecuto lo que mandas,
no obstante el ser tu criado?

Lidoro

Aunque quien á darse alarga
consejo que no le piden,
disgusta antes que persuada,
aquel que al dictamen tuyo
oponerse quiera en nada,
no es otro, porque en sus voces,
de las tuyas usurpadas,
solo para concederte
sus ecos, y no palabras.

Camilo.

¿Porqué lo dices?

Lidoro.

Lo digo,
porque aunque estudiaste tanta
filosofia, y aunque
máximas tan elevadas
la política te enseña,
conozco la gran distancia
que hay en sus operaciones
de ejercerlas ó estudiarlas.
Si no te cabe en el pecho
una presuncion liviana
de ser Monarca: ¿qué hará
el serlo, y cómo se hallará
con la posesion, quien va
no está en sí con la esperanza?

Mal tu quietud disimulas;
y las materias tan altas
que se hacen al vulgo solo
en el retiro sagradas,
por manos de hombres indignos
parece que se profanan;
pues luego las desestiman,
viendo que estos las alcanzan;
¿Tan grande conjuracion
como la que hay conspirada
á ceñir tus nobles sienes
de las inmortales ramas
del Sácro Laurel de Roma,
que el globo terrestre abraza,
por mano de este criado
indignamente se trata?
¿Qué enseñas á los amigos
que alientan tu confianza?
¡En cuán poco á tí y á ellos
estimas, pues tu arrogancia
trae sus vidas de su acento
de un hombre tan vil colgadas?

Gelanor.

De lo mucho que usted me honra
le quedo á deber las gracias:
pagaré.

Camilo.

Ya sé, Lidoro,
lo que aventura mi fama
en accion tan peligrosa:
si en perderla ó en ganarla
cónsiste el ser mala ó buena,
y ha de quedar reputada,
si se pierde, de traicion,
y si se logra, de hazaña:

no la razon, el suceso
es quien hace buena ó mala
justicia, que se remite
al tribunal de las armas;
apresó el Magno Alejandro
un cosario que infestaba,
vandido de agua y de tierra,
en una veloz fragata,
marítimo alcon, que en bordos,
puntas y tornos disfraza
costas y mares á un tiempo,
sin que perdone su saña,
pescadores en las ondas
ni pastores en las playas.
Llamóle Alejandro, y dijo:
¿por qué, di ladron, robabas
tan vilmente? A que el cosario
respondió con mas constancia:
¿porque tú gloriosamente
robas tambien con tirana
sed? Si en tu oficio y el mio
no se encuentra mas distancia
que porque yo con un leño
humilde roho me infaman,
(aun siendo mayor mi arrojo)
con el nombre de Pirata;
y á tí te dén el de Rey,
porque robas con armadas.
Bien ha esplicado el ejemplo,
que no hay accion tan estraña
que la Corona no dore;
bien como la tiria grana,
que la púrpura al tinte,
se bebe todas las manchas,
porque en régios esplendores

no hay sombra que sobresalga.
Nuestros dioses no han sabido
enseñar mas ajustada
política, y de ellos poco
puede tener la venganza;
porque si ellos la ejecutan,
¿cómo han de poder culparla?
Cuando delinque el poder
á la justicia, le ata
las manos el poder mismo;
y culpa que en él recarga,
queda tal vez permitida,
y tal vez autorizada.
Hoy entró Trajano en Roma,
triunfante de Armenia y Partia,
con Adriano su sobrino,
que vencedor de las Galias
vuelve, añadiendo soberbia
á su española arrogancia.
Es Adriano mi enemigo,
por amante de la rara
hermosura de Sirene,
una de las celebradas
bellezas que en este templo,
que á Minerva se consagra,
y adonde las mas ilustres
nobles doncellas romanas
se crian, y desde adonde
con mas decoro se casan,
vive añadiendo á la infusa
tantas adquiridas gracias.
Su tio, el Emperador
Trajano, á Adriano le encarga
los militares manejos
en las facciones mas árduas,

á fin de nombrarle Cesar,
haciendole antes con maña
bien quisto de las milicias,
por el gran premio que aguardan
de aquel Principe, á quien vieron
capitan en las batallas,
consejero en los peligros,
y compañero en las marchas,
los soldados; pues no ignora
que no entran bien los Monarcas,
mayormente en las Coronas
que no son hereditarias)
mal vistos de la milicia,
que es quien ha de conservarla.
Si Adriano, pues, que á mi intento
competidor se declara,
se ciñe el Laurel de Roma,
ya veis con cuanta ventaja
de su poder á los filos
queda espuesta mi garganta:
y asi anticipado quiero
madrugar á su asechanza;
pues del poder las violencias
solo traiciones rechazan:
españoles son los dos,
y mi siempre ilustre casa
de los Camilos, es timbre
de las primeras ancianas
consulares y patricias
familias mas veneradas.
El mas rico y poderoso
de Roma soy; ya me aclaman
por liberal la milicia
y por natural la patria.
¿Pues por qué consentiremos

que manden la dilatada
esfera del mundo, dos
advenedizos de España?
Ya está Trajano muy viejo,
y la fortuna se cansa
de favorecer á unos;
porque juzga su inconstancia,
que el que la goza frecuente,
la imagina vinculada.
Los dos mañana á la muerte
se destinan; mas distancia
desde la tragedia al triunfo
no ha de interponer mi saña:
tan inciertos son los fines
en las venturas humanas.
Fiarme de este criado
impugnas, siendo ignorancia
no saber, que siempre ha sido
aun en las cosas mas árduas,
pension de graves materias
el no poder manejarlas
sin terceros, y terceros
que acudan con vigilancia
á diligencias precisas
como esta, en que se le encarga
que á todos los conjurados
avise para mañana.
Prisionero de mi padre
fue Galanor, en batallas
que le dió en las dos Panonias
á las naciones germanas:
hombre que á la guerra vino,
bien da á entender que no estaba
muy desnudo de nobleza:
me ha servido con estrañas

muestras de leal, y yo
le dí libertad: repara
si con este beneficio
debo hacer del confianza;
pues los hombres no tenemos
en nuestra condicion varia,
mas modo de asegurar
de los hombres las mudanzas,
que los beneficios: si esta
razon tal vez sale falsa,
se engaña muy noblemente
quien pensando bien se engaña.

Lidoro.

Por eso mismo te culpo,
pues si con mano bizarra
le has dado la libertad,
que es cuanto de tí esperaba,
no es en su interés seguro:
bien fuera que reservaras
el último beneficio
para ser última paga,
pues recibido dá odio,
y prometido esperanza;
y asi en tu vida confies,
aunque obligado le hayas,
de aquel á quien tanto diste,
que de tí no espera nada.

Gelanor.

¿Hombre, qué te va en que sea
yo traidor, que asi te matas
en probarlo con razones?
Librenos Dios de que haga
un estadista un capricho,
que con tema porfiada
mentirá todo; primero

que mienta su judiciaria.

Camilo.

Mucho consejero es este,

Lidoro.

¿Qué resuelves, pues?

Camilo.

Que vayas
á prevenir los amigos,
pues la funcion acabada
del sacrificio, ver quiero
si pueden lograr mis ánsias
descansar con mi sirena.

Lidoro

¿Le has dicho algo?

Camilo

Con palabras
equivocas misterioso
ciertas vislumbres lejanas,
á que ella llamó locuras,
le dí de lo que trazaba
nuestra industria, quiza solo,
Lidoro, por coronarla
Reina del mundo; y aun esto
no dejará sosegada
la ambicion de mi fineza:
pues en postrando á sus plantas
el mundo, moriré al ver
que ya no hay mas que postrarla,
y quedar á mi fineza
en desiguales balanzas,
por suma incapaz de aumento,
por ociosa desairada.

Lidoro.

Ya, segun dicen los nuevos
alborozos de esa salva,

desde el interior del templo
á palacio el Cesar pasa.

Camilo.

Pues entremos, y supuesto
que solo de aquí á mañana
es el plazo de su vida,
¿qué importa que en consonancia
de músicas y clarines
las voces repitan varias?

Voces y Música.

Trajano y Adriano vivan
para timbre de su patria.

ESCENA III.

Decoracion de Salon Regio.

Trajano, Cleantes, Licino y Soldados.

Trajano.

Gracias, soberanos dioses,
os doy de que otra vez llego
de mi Palacio imperial
á ver los dorados techos,
despues de ausencia tan larga,
en que castigados dejo
los rebeldes, tan postrados,
tan rendidos, tan desechos,
que apenas quedó á su ruina
vida para el escarmiento.
que es desdicha aparte el no
sacar leccion de los riesgos.
¡Ay, Cleantes! Aquel poco
espacio que del Gobierno
sobra en la paz, al descanso
de mi fatigado esfuerzo,

que alienta en nuevos afanes,
le echaba en el campo menos
entre el horror, por las doctas
cláusulas de aquel silencio,
en que yo con escucharme
á mí, de mí mismo aprendo:
verdad es que mudo horror
me estoy gritando ácia dentro:
dejadme solo. (1)

Cleantes.

Señor,
á solas que hablarte tengo,
si me dás licencia.

Trajano.

Solo
dije que me dejen; pero
tú eres otro yo, y no estorbas
mi soledad: ¿mas qué es esto?
¿lloras, suspiras y gimes?
algun grave mal recelo,
pues hace llorar á un sábio.
¿Qué dolor es tan adverso
el que vertido en tu llanto
no cupo en tu sufrimiento?

Cleantes.

Prevén, ó español Trajano,
tu siempre invencible pecho
á un gran golpe de fortuna;

Trajano.

Escusado advertimiento
es para mí, que conozco
á la fortuna; muy bueno
fuera que habiendo yo sido

(1) *Vanse Licinio y Soldados.*

su primer ministro, siendo
quien ha repartido al mundo
sus castigos y sus premios,
su condicion ignorase
Desde el instante primero
que desde pobre soldado
me arrebató al Trono escelso
de Roma, supe que habia
de ser yo el primer objeto
de sus iras, porque loca,
como me dió desde luego
cuanto ella tiene que dar,
se vió pobre, y es su génio
estar dando cada dia,
y agradarse de lo nuevo;
y es fuerza que para otros,
á lo que me dió acudiendo,
lo que dió como gracioso,
lo cobré como violento:
desde aquel primero dia,
tan echo el ánimo llevo
á ese golpe, que no hará
novedad á mi talento
cosa que es tan natural
Prosigue, que yo te ofrezco
no recibir pesadumbre
de tu aviso, que no temo
á la fortuna, pues ella,
aunque mande el universo,
no tiene jurisdiccion
dentro de mi entendimiento;
que aunque puede á mi pesar
hacerme infeliz, es cierto
que hacer que lo sienta yo,
no podrá si yo no quiero.

Cleantes.

Sabe que Obinio Camilo,
aquel ilustre mancebo
cabeza de los Camilos,
bien que como todos ellos
se emplearon en hazañas,
él solo en divertimientos,
que á costa suya le infaman
lo rico con lo soberbio;
tu muerte tiene trazada,
para cuyo infausto efecto
el oro que ha derramado
fué el eficáz instrumento
con que ha falseado tus guardas,
pues ha grangeado en secreto
los soldados pretorianos,
que de Roma no salieron
á esa guerra, como estan
siempre en la Corte de asiento,
por preeminencia que goza
la cabeza del Imperio.
Deja, gran Cesar, á Roma,
pues ha quedado tan lejos
de ella tu ejército, y vuelve
á acaudillarle resuelto:
castiga traicion tan grande,
y deja sembrado el miedo
de tu poder en su estrago,
sin temer que otra vez ciegos
contra tí se atrevan otros,
si es mostraros severo
con este: que los Monarcas
no han de perder en sus reinos
el crédito del poder,
que es á quien están debiendo

siempre su conservacion;
pues contra los pensamientos
ocultos, no hay en el mundo
mas armas que los ejemplos,
que una vez que se ejecutan,
y siempre están persuadiendo.
De uno de los conjurados
supe por alto decreto
hoy el tratado, que al verte
entrar con tal lucimiento
dando hoy á la patria triunfos,
el imaginarte muerto
allá en su idea, mañana
dando á la patria lamentos,
le movió á leal piedad.
Averigué si era cierto
el aviso, y comprobado
con otros muchos le tengo,
con todas sus circunstancias:
que no desprecies, te ruego,
mi aviso, ya que no pude
á mas oportuno tiempo
dártele.

Trajano.

Calla: y previenes
mi constancia para esto?
La maravilla, Cleantes,
que esperimentar el Cetro,
fuera vivir en el mundo
un solo instante, un momento,
la fortuna sin envidia,
y los hombres sin deseo.
Pero si es tan natural
en los humanos sucesos,
qué la envidia á la virtud

siga como sombra al cuerpo:
¿á qué efecto en tu prudencia,
aquellas lágrimas fueron
¿y á que efecto preveniste
á un gran acaso mi esfuerzo,
si agraviaste mi razon
con tu prevencion, queriendo,
que lo que es tan natural,
á mí se me hiciese nuevo?
Siente que es este Camilo
hijo de un hombre á quien debo
el honor, laurel y vida;
y de mí piedad ageno
será, quitar á su hijo
vida que me dió su aliento.

Cleantes

Magnánima es tu confianza;
pero que mires, te advierto,
que con el Imperio pierdes
tus venturas

Trajano

Eso niego.
A Cothis gran Rey de Tracia,
le presentaron en feudo
unos cristalinos vasos,
labrados con tal aseo
de relieves y molduras;
que los perfiles mas diestros
en la sutileza misma,
á los ojos se perdieron
en el primor escondidos;
pues no es encarecimiento
que á ojos humanos se pueda
desvanecer lo perfecto:
admiró al Rey el prodigio,

de que obedezca á preceptos
del buril tan delicada
materia á la vista, siendo
diafanidad condensada,
ó niebla de cristal terso,
con susto de que al mirarla
la desvanezca el aliento.
Con espléndida grandeza
satisfizo al mensagero
el presente, á cuya vista
pedazos hizo los bellos
vasos, dando luego al aire
casi en vapores disueltos,
de arquitecturas de vidrio
tantos caducos fragmentos.
Todos preguntaron: ¿cómo
dándose por satisfecho
del regalo, y tanto, que
sus criados conocieron
el gusto que dispensaba
lo admirado y lo suspenso,
ahora lo hacia pedazos?
El les respondió: por eso;
que me iba agradando mucho,
y antes de poner mi afecto
donde me le rompa el aire
al descuido mas pequeño,
quiero tener yo el blason
de romperle; pues es cierto,
que un gusto fragil se goza
con mucho susto, y no quiero
sobre mis felicidades
dar jurisdicion al viento:
mas fragil que aquellos vidrios
la Corona considero

y cualquiera dicha humana.
Luego no anduviste cuerdo
en juzgar que yo podia
poner todo mi contento
en las fortunas de vidrio,
que contra el humano ingenio
las quiebra el mismo cuidado
que en conservarlas ponemos.
El hombre es lo mas, Cleantes;
el Imperio que me dieron
así lo tienen, que yo á mí
me basto para mi puesto,
que está mi felicidad
en mi propio entendimiento,
que desprecia esas venturas
fantasticas, y no quiero
poniendo mi gusto todo
en tan delicado objeto,
dar poder sobre mi gusto
á la fortuna y al tiempo,
sino tan dentro de mí
ponerle, que no sujeto
esté al arbitrio de nadie,
pues le guardan acá dentro
del siempre libre alvedrío
los nunca violados fueros
Pensaba dejar á Adriano
por sucesor del Imperio,
por bien del Imperio mismo,
no de mi sangre, si advierto,
cuanto estudio me ha costado
haber sido su maestro
en los artes de reinar:
y sola una cosa siento,
que es dejar mal sucesor;

porque si es comun proverbio,
que los reinos se conservan
del modo que se adquirieron,
quien le consigue usurpando,
le mandará destruyendo.
¿Qué sabe este loco joven
de militares manejos?
¿á dónde aprendió las artes
del político gobierno?
¿qué no hay mas de ser Monarcas,
que despues lo aprenderemos?
Docta es, pero peligrosa
escuela la de los yerros,
si en ellos ha de enseñarse;
porque si hay leccion en ellos
que puede costar la vida,
¿para qué es la ciencia? luego
feliz quien estudia á costa
de los errores agenos:
él me vengará de sí,
y asi yo incurrir no debo
en la culpa de vengarme.

Cleantes.

Señor, que lo mires ruego
mejor, porque no es constancia
quedarte tan indefenso
á tan cercano peligro.
Precipitarte han dispuesto
de este Trono, en cuya cumbre
todo desliz es despeño;
pues no permite la altura
que desciendas sino muerto.
No defiendas el Laurel,
piérdase el poder: yo vengo
en que es magnanimidad

de una Corona el desprecio;
pero de una vida es
desesperacion, y creo
que del medio del valor
en los distantes estremos,
mas que á la temeridad
se ha de atribuir al miedo.
¿A qué animal no le enseña
naturaleza en naciendo,
á aborrecer el peligro?
aquel lazo tan estremo
de la vida, que en el hombre
es un nudo de alma y cuerpo.
Un natural apetito
á conservarle tenemos,
y aun obligacion: luego es
flaqueza el no defenderlo.

Trajano

¿Yo miedo? mal me conoces:
tranquilidad y sosiego
del ánimo es el que miras;
y porque estés satisfecho
que para estorvar los daños
no es circunstancia el tenerlos:
Licinio.

ESCENA IV.

Dichos, y sale Licinio.

Licinio.

¿Señor, qué mandas?

Trajano

Que pues eres el prefecto
de mis guardas, con mis guardas
vayas, y me traigas preso

al punto á Obinio Camilo:
pero mira que te ordeno,
que sin él en todo caso
no vuelvas: y que al momento
que la prision ejecutes,
en los mas públicos puestos
de Roma hagas echar bando,
en que se convide al pueblo
á ver dentro del Senado,
el castigo mas severo,
mas nuevo y mas riguroso,
que hasta hoy han visto los tiempos,
porque traidor conspiraba
contra mi Laurel supremo.

Licinio

Así lo haré: ¡estraño caso! *Vase.*

Trajano

Ya de su traicion me vengo;
¿estás contento?

Cleantes.

Señor,
que apresuras mas recelo
tu muerte: porque están todos
de su parte, y en sabiendo
que vás á darle castigo,
sus designios descubiertos,
todos han de declararse.

Trajano.

Para mayores empeños
basto yo solo, Cleantes:
ven conmigo, porque quiero
un medio comunicarte,
con que vengarme resuelvo
sin sangre desta traicion:
y mira que te prometo

ejecutar en Camilo
si se logran mis intentos,
el castigo mas cruel,
mas horroroso y mas fiero,
que hayan visto las edades,
y que en todos los sucesos
de mis triunfos, quede al mundo
su memoria para ejemplo.

ESCENA V.

Decoracion de Jardin y Denoche.

Suena música, y sale Gelanor y Camilo por un lado, y Adriano y Corbante por otro.

Música.

Detente, arroyuelo ufano,
y sobre las flores duerme,
que al blando arrullo del aire,
músico susurro mece.

Gelanor.

Que espere dice la voz
de Libia, en falsete, pues
tan falsa como ella es,
y aun temo que me dé coz
con ella.

Camilo.

Aun no recogidas
las amigas estarán.

Gelanor.

Por el jardin andarán
las señoras esparcidas,
segun el ruido.

Camilo

Fortuna

fué, pues tan presto venimos;
que cuando esta puerta abrimos,
aquí no estuviese alguna.

Corbante.

¿Que á esto te resuelvas?

Adriano

Sí;
nada te admire, Corbante,
pues otras veces amante
de Octavia entré por aquí,
dándome llave á este fin,
cuando fino me mostré,
de esta oculta puerta, que
desde al palacio al jardin
del templo sale

Corbante.

Mil vidas
he de perder infelice,
pues esta música dice
que no estan aun recogidas,
y han de vernos las damas:
fuera de que ¿qué previenes,
si ella no sabe que vienes
á hablarla, ni que aquí estás?

Música

Detente, arroyuelo ufano, ect. (1)

Adriano.

Lejos suenan

Corbante.

¿Qué te mata?

Camilo.

Muy lejos suena el acento,
pues mas lo murmura el viento

(1) *Muy lejos.*

-cos que la dilata:
paseándose deben de ir.

Gelanor.

Pues no vengan por acá,
que al oir decir quien vá,
fantasma me he de fingir,
y pataleta ha de haber.

Adriano

¿Hoy, Flora, no te advirtió
que viniese tarde yo?
porque suele suceder,
aunque no sabe á que fin,
á quien hable ó quien aguarde,
que se queda hasta muy tarde
Sirene en este jardin,
y no quiere que me vea.

Corbante.

¿Asi?

Adriano

¿Pues qué te admira?
pues quien como yo suspira,
ama, padece y desea,
que así se halla anticipado;
porque si sola se queda,
mi amor espresar la pueda
primero que con cuidado
baje Octavia; y demas de eso,
no estoy poco sospechoso
de que es Camilo dichoso
con ella: mi error confieso
en pensar esta bajeza;
pero una celosa llama,
aun la injuria de la dama
quiere alegar por fineza.

Música.

Detente, arroyuelo ufano, ect.

Gelanor.

Mas cerca suenan, señor.

Corbante.

Acá parece que vuelven.

ESCENA VI.

Dichos, y salen por distintos lados Sirene, Libia, Flora y Octavia.

Sirene.

¿Se recogió, Octavia?

Libia.

Si.

Octavia.

¿Se ha retirado Sirene?

Flora.

Rato ha que yo no la he visto.

Sirene.

Pues tú dices que á otras tienes
convidadas á cantar,
porque si curiosas vieren
que me quedo en el jardin,
que solo oirlas sospechen
sin otro fin, retiradas
las puedes tener en ese
cenador, en cuyos altos
enmarañados canceles,
la confusion de sus hojas
hasta la sombra dan verde.

Octavia.

Pues dices que allá vosotras
habeis de cantar, advierte
que la música retires

á ese cenador, rebelde
á la luz, pues sus tenaces,
verdes y frondosas redes,
si por un resquicio entraren
aun los rayos del Sol, prenden
de suerte, que á salir nunca
de su laberinto acierten.

Sirene.

Y pues no pueden llegar
á ese sitio, sin que entren
por sus puertas á estas calles,
si alguna acercarse vieres,
procura que con la letra
me avisen, para que deje
de hablar con Camilo, y sola
por el jardin me pasee,
como gozando á mis solas
la suavidad del ambiente,
que de azucenas y rosas
invisibles alas mueve.

Octavia.

Y si alguna hácia aqui pasa,
con la letra avisar puedes,
para que yo me retire,
fingiendo que me detiene
el manso viento que á soplos,
y á blandos susurros leves,
entre estos sauces se arrolla,
y entre estas copas se mece.

Libia.

Asi lo haré, pero mira,
que no te estés como suele
hasta el alba, porque el sueño
me dá guñadas.

Vase

Flora.

Advierte
que el sueño y yo á cabezadas
damos por esas paredes. *Vase.*

Gelanor.

Ya no cantan.

Corbante.

Nada suena.

Sirene.

Qué tenebroso que tiende
hoy la noche el negro manto
de sus horrores, parece
que en los luceros que apaga,
las mústias sombras enciende;
y no poco duplicado
su horror se percibe en este
jardin, que de espesas murtas,
y verdinegros cipreces,
segunda noche frondosa
las sombras de gualda tejen.

Música.

Ojos eran fugitivos (1)
de un pardo escollo dos fuentes,
humedeciendo pestañas
de jazmines y claveles.

Adriano.

Ya cantan.

Octavia.

Allí dos bultos
á la vista se conceden,
sino me engañan las ramas
que duplican densamente

(1) *Suena la música lejos sin dejar de representar.*

la oscuridad de la noche;
pues no puede aquí haber gente,
serán él y su criado.

Sirene.

Si las sombras no me mienten,
dos bultos con mas horror
la oscuridad lobreguecen:
él y el criado serán.

Gelanor.

Un bulto á nosotros viene.

Música.

Cuyas lágrimas risueñas
quejas repitiendo alegres,
entre conceptos de llanto
y murmureos de corriente.

Sirene.

No he podido venir antes, (1)
porque hoy con lo solemne
del triunfo, el dia festivo
hizo que todas se empleen
en músicas hasta ahora.

Adriano.

¡Cielos, el acento es este
de Sirene: muerto estoy!

Corbante.

Si te requiebra, ¿qué quieres?

Música.

Lisonjas hacen undosas,
tantas al sol, cuantas veces
memorias besan de Daphne
en sus amados laureles.

---

(1) *Llega Sirene á Adriano, y Octavia á Camilo.*

Octavia.

¿Cómo es posible, señor,
que retardes tibiamente
despues de ausencia tan larga,
á mi amor dicha tan breve
como la que espera?

Camilo.

¡Cielos,
esta voz no es de Sirene!

Música

Despreciado al fin la cumbre,
á la campaña se atreven,
adonde un marmol labrado
les penase los corrientes.

Sirene.

¿No respondes?

Octavia.

¿Aun no hablas?

Gelanor.

Sino es que yo acaso sueñe,
detras de Sirene un bulto
está: ¿qué fuera que fuese
Libia, y que teniendo aquí
yo con quien entretenerme,
oyendo agenas finezas
hecho un bobo me estuviese?

Música.

Sus cortinas abrochaba
digo, sus márgenes breves,
como un alamar de plata
una bien labrada puente.

Corbante.

Un bulto detras de Octavia
se distingue, bien se infiere
que será Flora; yo quiero

ir á obligar sus desdenes,
porque estemos mano á mano
los amos y los sirvientes.

Música.

Dichas las ondas pasaban
entre pirámides verdes,
que ser quieren obeliscos
sin dejar de ser cipreses.

Celanor.

¡Mas vive Dios que esta Libia, (1)
carrillos espinos tiene!

Corbante.

¡Vive Dios que es esta Flora
afelpada de mofletes!

Adriano.

Porque no estrañe la voz
no me atrevo á responderle,
pues empezó á declararse.

Octavio.

¿No hablas?

Sirene.

¿Ahora enmudeces?

Canta Libia.

Guárdate de Cupidillo, (2)
teme niña sus rigores,
porque dá palo de ciego,
y nunca á quien dá no escoge.

Canta Flora.

Cuidado pastor
no te engañe otra vez tu furor:
cuidado con el cuidado,
que es peligroso ganado

---

(1) *Encuéntranse los dos, tentándose las caras.*
(2) *En voz entera.*

la hermosura y el amor!
cuidado pastor.

Sirene.

Aquellas voces me avisan,
que hay alguna que se acerque
á este sitio: en tanto que
su sospecha desvanece
mi soledad, no te apartes
de aquí.

Octavia

Estas voces advierten
que viene gente; tú, en tanto
que por otra parte echen,
viéndome sola, aquí oculto
espera y no te me ausentes.

Camilo.

¡Mudo estoy!

Adriano

¡Absorto quedo!

Gelanor.

Por huir confusamente
el encuentro de aquel hombre,
perdí el tino.

Corbante.

Por meterme
donde otro sopapo aquel
rostro herizo no me diese,
no sé donde está mi amo.

Octavia.

¿Sirene? (1)

Sirene.

¿Octavia?

---

(1) *Encuéntranse las dos, tocándose.*

Gelanor.

Esconderme
quiero, que dos ninfas hablan
aquí.

Corbante.

Aquí he de retraerme
por si ya nos ha sentido;
algun diablo que resuelle.

Octavia.

¿A estas horas y tan sola,
á dónde ibas?

Sirene.

A recogerme,
pues ya es hora: esta sin duda
es de quien la voz me advierte
que me guarde.

Octavia.

Yo á lo mismo
me retiro, pues alegres
esas voces á mi oido
imanes fueron cadentes:
esta sin duda venia
cuando Flora, diestramente
con la letra me avisó.

Sirene

¿Gustas que contigo quede?

Octavia.

No, que tambien me retiro.

Sirene.

Pues á Dios.

Octavia.

A Dios.

Gelanor.

No encuentren
conmigo, y aquestas ramas

en las tinieblas me envuelven.

Música

Entre palmas que celosas (1)
confunden los capiteles
de un edificio, á pesar
de los árboles lucientes.

Sirene.

Parece que ya se fué
Octavia, puesto que vuelven
á la misma letra.

Octavia.

Ya
que se retiró parece
Sirene, pues otra vez
hace que la letra empiece.

Sirene.

Allí está el bulto: él será. (2)

Octavia.

El será, que deja verse.

Música.

Cristales sin vagarosos
destos bellos muros, de este
galan Narciso de piedra,
desvanecido sin verse.

Adriano.

Yo he de hablarla, porque sepa
que sé de sus esquiveces
la ocasion.

Camilo.

Hablarla quiero,
pues no podrá conocerme.

---

(1) *Lejos música sin dejar de cantar.*
(2) *Llega Sirene á Camilo, y Octavia á Adriano.*

Adriano.

Mal, Sirene hermosa, sabes
que no te escucha quien crees.

Camilo

Mal sabes, divina Octavia,
cuan otro es el que te atiende.

Octavia.

Con Sirene habla, ¡ah, traidor!

Sirene.

Con Octavia habla: ¡ó, aleve!

Música.

Y con razon, que es alcazar
de la divina Sirene,
arco fatal de las fieras,
harpon dulce de las gentes.

Camilo

Porque si yo....

Sirene.

Sella el lábio.

Adriano.

Que si yo...

Octavia.

La voz suspende.

(1)

Sirene

Falso, que no soy Octavia.

Octavia.

Traidor, que no soy Sirene.

Camilo

¡Qué mudanza es esta, Cielos!

Adriano

¡Deidades, qué engaño es este!

Música.

Armado el hombro de plumas,
Cintia, perlas que suspende
Cupido, por las que bate

en el ámbito de Betis.

Gelanor.

Vuelvo á buscar á mi amo.

Corbante.

Buscar á mi amo resuelve
mi miedo.

Gelanor.

Allí está.

Corbante.

Allí está.

Sirene.

¿De suerte, ingrato, de suerte,
que con Octavia has hablado?

Octavia.

¿De modo que te diviertes
con Sirene, el breve rato
que me ausento á ver quién viene?

Camilo.

Yo....

Adriano.

Si yo...

Corbante.

Gracias á Dios, (1)
que ya pensaba perderme
sino te encuentro.

Gelanor.

A Dios gracias,
que antes que otro diablo tiente,
encontrar pude contigo.

Camilo.

¿Quién eres hombre?

---

(1) *Llega Corbante á Camilo, y Gelanor á Adriano.*

Adriano.

¿Quién eres?

Corbante.

¡Ay Dios, que este no es mi amo!

Gelanor.

¡Ay Dios, que mi amo no es este!

Camilo.

¿No respondes?

Adriano.

¿No respondes?

Gelanor.

¿Y sabe usted si se atreven?

Música.

Un dia pues que pisando
inclemencias del diciembre,
treguas hizo su coturno,
entre la nieve y la nieve.

Camilo.

Muere á mi furor (1)

Sirene.

Aguarda.

Adriano.

Muere á mis filos

Octavia.

Detente.

Camilo.

Yo he de saber quien profana
el sagrado de este albergue.

Adriano.

Yo he de saber quien ha entrado
al coto destos vergeles

Camilo.

Mas ya diviso mas bultos.

---

(1) *Sacan las espadas.*

Adriano.

Más bultos allí se ofrecen.

Sirene.

¡Muerta soy!

Octavia

¡Sin mí he quedado!

Gelanor.

¡Quien escaparse pudiese!

Música.

Sagáz el hijo de Venus,
atrevido como siempre,
una piel le vistió al viento,
que aun las montañas le temen.

Camilo.

Diga quien es

Adriano.

Quien es diga.

Camilo.

Antes lo dirá tu muerte. *Riñen.*

Adriano.

Tu muerte dirá tu nombre.

Los dos.

¡Divinos Cielos, valedme!

Gelanor.

Saca la espada, que van dando.

Corbante.

Por si acaso dieren, espada en mano

Sirene.

Yo intento llamar: Libia, Flora, Irene. *Golpes.*

A un lado Licinio.

Llamad y romped, soldados, las puertas si no os abrieren. *Golpes.*

A otro lado Lidoro.

Romped las puertas, y nada
vuestros furores reserven. *Cajas.*

Música

Corcillo, no de las selvas,
sino del viento más leve,
hijo veloz de su aljaba,
cuatro ó seis flechas desmiente.

Camilo.

¡Qué con su vida no acabe!

Gelanor.

¡Qué yo no haya muerto al aire
con mis tajos y rebeses!

Licinio.

Entrad, soldados.

Lidoro.

Amigos,
entrad. *Golpes.*

Octavia.

Flora.

Corbante.

¡Qué no dejen
de cantar con esta bulla,
estos diablos de mugeres!

Música.

Siguelo, y en vez de cuantas,
á los campos mas recientes,
blancas huellas les negó,
blancos lirios les concede.

ESCENA VII.

Dichos, y salen por dos lados con hachas Licinio, Lidoro y Soldados.

Lidoro

Este es, amigos, guardadle.

Licinio.

Soldados, este es, prendedle.

Camilo y Adriano.

¿Qué es esto?

Licinio

Del Cesar orden
tengo para que te lleve,
Camilo, preso á su vista:
te he buscado diligente
en toda Roma, y sabiendo
de cierto que aquí estuvieses,
por declaracion de algunos
criados, tus confidentes,
por la puerta que á Palacio
el jardin del Templo tiene,
entré buscándote

Lidoro

A tiempo
que haciendo que yo recele,
viendo que armados te buscan,
algun grave inconveniente,
juntando en confusas tropas
tus amigos y parientes,
como quien sabe que aquí
estabas, á defenderte
entré.

Licinio

No harás,
porque yo le he de llevar.

Lidoro.

No te empeñes
en eso, que no podrás
lograrlo tan fácilmente,

Sirene.

¡Cielos, qué pena!

Octavia.

¡Qué angustia!

Adriano.

¡Qué confusion!

Camilo.

¡Lance fuerte!
pero á declararse aun
mi valor no se resuelve
hasta ver la gente toda,
y en ínterin es bien pruebe
á dar tiempo al tiempo, pues
si Trajano pretendiere
darme muerte, no es tan facil
que á juntarse antes no lleguen
mis parciales; porque entonces
con mejor pretesto honeste
mi ambicion: suspended todos
las armas, que dar pretende
mi valor un medio, y es
ir á ver lo que me quiere
Trajano, y que mis parciales
conmigo á su vista entren,
á ver que me manda:

Licinio.

Como
yo á su dominio te entregue,
no tengo orden especial
contra los que te siguieren.

Lidoro.

Como todos te sigamos,
vengo en ello.

Camilo.

¡Hados crueles,
conceded á mi fortuna,
ó la Corona, ó la muerte! *Vase.*

Adriano.

¡Astros, dejad que le sobre
vida para que me vengue! *Vase.*

Octavio.

¡Cielos, ya de la memoria
sois enseñadas sierpes! *Vase.*

Sirene.

¡Fortuna, suspende el golpe
á quien del amago muere! *Vase.*

Gelonor.

¡Haz, Baco, que no me ahorquen
si todo se descubriere,
que aunque soy racimo tuyo,
no es tiempo de que me cuelguen.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Gran salon con Trono, y en él sentado Trajano, con Laurel, Cetro y Manto Imperial, y á los lados estarán sentados los Senadores romanos, y salen Licinio, Adriano, Corbante y Soldados, con Camilo, Lidoro y Gelanor, y los que pudieren por otro, y todas las Damas por medio.

Voces.

Viva la lealtad, y viva
Trajano, Cesar invicto.

Libia.

Pues á todos han llamado
con tan públicos edictos,
á ver una novedad
á Senado abierto, y vimos
que nuestras amás pasando
de los jardines floridos
del Templo á Palacio vienen;
bien sin objeccion venimos,
Flora,

Flora.

Y si acaso la hubiere,
de aquí no han de despedirnos,
que no es el censor portero
del Senado.

Libia.

Bien has dicho.

Todos.

Viva la lealtad, y viva &c.

Licinio

Ya, señor, Camilo está
aquí.

Camilo.

A tus plantas rendido,
que mi vida solamente
á tu poder sacrifico:
haré, no de mi lealtad,
porque no puede ser mio
el honor de mis mayores,
para perderle al arbitrio
de alguna sospecha (bien
hasta asegurarme finjo)
cuando aun quiero lo heredado,
esceder con lo adquirido.

Adriano.

¡Rara novedad!

Licinio.

¡Estraño
caso!

Sirene.

Pendiente del juicio
del Cesar estoy: fortuna,
suspende lo ejecutivo,
porque aun me asusto en la idea
de la sombra del cuchillo,
y para herirme en él, tengo
la imaginacion con filos.

Trajano

Gran Metrópoli del Orbe,
Senado y Padres conscriptos,
oráculos del Estado,
en cuyo recto equilibrio,

desde que fueron discursos
son aciertos los designios,
tan sin errores pensados,
que parecen corregidos.
Nobleza ilustre de Roma,
fuerte milicia, en quien miro
el duro freno de un mundo,
cuya débil rienda rijo,
pues él ó yo la rompemos,
si la aflojo ó la reprimo.
Con los mismos conjurados,
Camilo está convencido
de la lesa Magestad,
de la Patria y de mí mismo;
pues parricida dos veces,
no solo conspiró altivo
á darme muerte, sino
ahogar desvanecido
vuestra libertad, ciñendo
en premio del homicidio
la Corona (ved que fines
anuncian tales principios.)
¿Os parece que es por esto
digno del mayor castigo,
que mi poder puede darle?

Cleantes.

Ninguno será escesivo
á traicion tan declarada.

Todos.

Todos lo mismo decimos.

Camilo.

Hoy muero.

Gelanor.

Hoy han de colgarme
á ser viviente racimo,

que estaré (como aun soy verde)
muy bueno para invernizo.

Licinio.

¡Pobre Camilo!

Octavio

¡Infeliz
joven!

Lidoro.

¡Sin alma respiro!
¡qué antes del tiempo volamos
la mina que dispusimos!

Sirene.

¡Oh, cómo está en mi semblante
todo mi asombro esculpido,
y en los colores que pierdo
doy vuelta á lo que imagino!

Trajano.

Pues si yo he de castigarle,
así podré conseguirlo.
Levanta desde mis plantas
hasta mis brazos, Camilo
que yo por mi dignidad
á las tuyas no me rindo.
Por mí y por todo el Senado
gustoso y agradecido,
de que siendo el de Monarca
un tan penoso ejercicio,
una fatiga tan grande
y un trabajo tan continuo,
que no hay en algun mortal
fuerzas para resistirlo,
si ya á tanto ministerio
no dá el Cielo gran auxilio:
te convides tú á un afán
tal de tu propio motivo.

La sábia naturaleza,
próbida en sus individuos,
á los males mas acerbos
puso algun dulce atractivo,
con que persuade á buscarlos
á los que deben huirlos,
porque no falte en sus obras
quien ejerza sus oficios.
Asi el afán de reinar
disimular sábia quiso,
dando á la humana soberbia
el ambicioso incentivo
del poder, grandeza y fausto,
magestad y señorío,
debajo de cuyo velo
ostentoso está escondido
de la vida de los hombres
el gusano mas nocivo,
que con sordo oculto diente
muerde á quien le ha producido.
Bien cansado del Imperio
Séptimo Severo dijo,
que si supiesen los hombres
qué zozobras, qué peligros,
qué penas, qué sobresaltos,
qué pesares, qué martirios
trae consigo la Corona,
ninguno desvanecido,
aunque la viera en el suelo
la alzara, porque remiso
temiera cuanta asechanza
deslumbra el oro en sus visos.
¿Pues qué gracias el Senado
debe rendir á tu brio,
de ofrecerte voluntario

á lo que tuve entendido
yo, que ninguno aceptase
aun cuando fuese preciso?
¿y en qué obligácion debieras
ponerme á mí, pues benigno
me sacas de una tarea
en cuya fatiga gimo,
á no ser con el cruel
medio de haber pretendido
darme muerte? ¿Pues tampoco
llega á fiar tu capricho
de mi esperiencia, qué temes
que aspire que cuando vivo
á entrarme otra vez al riesgo
si del hubiese salido?
¡Ay, Camilo, poco sabes
cuanto deseo ser mio,
que soy de todos por fuerza;
y en cuanto á reinar me aplico,
teniendo dominio en tantos
en mí no tengo dominio:
mi ofensa particular
perdono, por lo que estimo
la paz de esta Monarquía,
en cuyo nombre te admito
al afán á que te ofreces:
sube á este Trono conmigo,
donde Augusto te saluden
todos á este fin unidos,
senado, milicia y plebe.

Senador 1.

¿Pues cómo á quien te ha ofendido
premias así? ¿y cómo eliges,
Cesar, por tu decisivo
voto, sin consulta nuestra?

Cleantes.

Como al Cesar permitido
es nombrar sucesor suyo,
bien sus intentos diviso,
ó coadjutor del Imperio,
con quien tenga dividido
el poder.

Senador 2.

Mas no está usado
sin aquel solemne estilo
de la adopcion.

Cleantes.

Eso fuera
para sucesor preciso,
mas no para compañero,
que ha de elegirle á su arbitrio.

Adriano.

Discordes estan los Padres,
y supuesto que yo he sido
para Cesar, sucesor
adoptado por mi tio,
de mi ejército tampoco
han de querer consentirlo
las legiones.

Lidoro.

Los soldados
pretorianos lo pedimos,
y sabremos defenderlo
muriendo.

Todos.

Viva Camilo.

Trajano.

No en vano temí estas fuerzas.

Gelanor.

Braba gresca se ha movido,

Licinio.

De todas suertes le pierdo,
ó exaltado ó convencido.

Octavia.

¡Qué confusion!

Licinio.

¡Qué desdicha!

Lidoro.

¡Qué traicion!

Flora.

¡Qué desatino!

Camilo.

Mis parciales se demandan,
y Trajano me ha temido:
alentemos, corazon.

Senador 1.

Si el Imperio dividimos,
su poder enflaquecemos;
y pues la union es principio
de todas las duraciones:
¿cómo hemos de persuadirnos
á que haya paz en un cuerpo
mandado de dos arbitrios,
de dos impulsos guiado,
y hácia dos partes movido?

Trajano.

No me replique ninguno;
y estad, Adriano, advertido
que el Imperio ha de buscaros
para que hayais de admitirlo:
y que á vos para ser Cesar
os sobra el ser mi sobrino.
¿Y vosotros cómo ingratos,
torpes y desvanecidos,
tan mal sabeis estimar

el que en el mundo haya habido
quien juzgando que á mandaros,
se convidase á serviros?
Camilo se atreve á tanto;
qué perdeis en consentirlo?
¿ si acáso no es sale vano,
no es el Imperio electivo?
¿ quién hoy admitirlo puede,
porqué no podrá escluirlo?

Camilo.

Mucho disimula

Unos.

Viva Trajano.

Otros.

Viva Camilo.

Trajano.

Los dos vivirán romanos:
yo por vuestro bien me animo
á no dejar el Imperio,
ni esconderme en mi retiro
en quince dias, y en ellos
informarle solicito
de los públicos negocios,
siendo tan solo un ministro
que del gobierno le instruya;
porque atento mi cariño,
ni aun el tiempo que él lo ignora
quiere que esteis mal regidos.
Por la parte del Senado
hará Cleantes lo mismo;
y dejándole industriado,
doctrinado y prevenido,
me retiraré al descanso
de que tanto necesito,

dandoos mi palabra á todos
que si en cualquiera conflicto
me volviereis á buscar,
me hallareis siempre al servicio
de la República, atento,
constante, leal y fino,
aunque sea para el Imperio,
á quien tanto he aborrecido.

Todos.

Esa palabra aceptamos,
y en fé della te admitimos
á Camilo.

Senador 1.

Si, mas sea
debajo del preciso
pacto de que es compañero
tuyo, como lo han tenido
otros Césares romanos;
pero no te permitimos
que renuncies el Imperio.

Trajano.

Eso el tiempo ha de decirlo.

Senador 2.

Y hasta ver como le industrias
el jurarle diferimos.

Trajano.

Sientate á mi lado, joven.

Camilo.

Dioses, por mejor camino (1)
me habeis enviado el Laurel!
¡ó como ofrecen propicios
á los hombres aun mas dichas
que saben ellos pediros,

(1) *Sube Camilo al Trono.*

si aunque es inmenso el deseo,
es el poder infinito!
A tus plantas, no á tu lado
estoy.

Adriano.

¡Sin alma respiro!
¡Cesar, mi enemigo, Cielos!

Gelanor

De contento salto y brinco:
mas no, que esta accion es contra
la autoridad de un valido.

Sirene.

¡Cielos, ya con la distancia
á mi amor se le ha perdido
Camilo de vista: hoy muero!

Octavia.

Por Adriano lo he sentido,
que en su semblante que leo,
mil tragedias adivino.

Adriano

¿Este el castigo es, señor,
que todos á ver venimos,
y á que nos convidastes?

Trajano.

Si;
y el tiempo vendrá á deciros,
si á su atrevimiento puede
dar mi poder mas castigo.
Toma la Púrpura roja (1)
que bañó el Muricie Tirio,
y el verde Circulo enlace
tus sienes: ya has conseguido
el Imperio, conservarlo

(1) *Pónenle Manto y Laurel.*

es mas ciencia que adquirirlo:
saludadle todos César,
con fiestas y regocijos.

Todos.

Trajano y Camilo vivan,
Césares de Roma invictos.

Camilo.

Aun no es este aplauso entera
lisonja de los oidos,
hasta que me aclamen solo:
mas yo lograré el designio.
¡O ambicion de los mortales,
quién descansará contigo!
si aun no logro lo que adquiero,
cuando á nueva empresa aspiro,
inquieto en lo que deseo
no gozo lo que consigo.

Trajano.

Acompañadle á su cuarto, (1)
que es el imperial, amigos,
que yo me estrecharé al otro,
que está al Templo mas vecino;
y de esta funcion, por hoy
quede el acto concluido.

Licinio.

¡Raro valor!

Senador 1.

¡Gran constancia!

Sirene.

¡Muerta estoy!

Adriano.

¡Sin alma animo!

---

(1) *Levántase.*

Octavia.

¡Ay, Adriano, quién pudiera
consolarte!

Adriano.

¡Ay, dueño mio!
nada mi valor consigue
si á tus plantas no lo rindo.

Lidoro.

Bien se ha dispuesto: Soldados,
decid en ecos festivos.

El y todos.

Trajano y Camilo vivan,
Cesares de Roma invictos. (1)

ESCENA II.

Trajano, Adriano y Cleantes.

Adriano.

No me pesa, Invicto Cesar,
de que por tí haya perdido
la sucesion del Imperio,
ni el verme destituido
de una esperanza, á que fueron
acreedores mis servicios.
No siento ver en el Trono
exaltado mi enemigo,
ni mirar de mis victorias
los triunfos obscurecidos,
dando tu descuido en ellos
jurisdiccion al olvido.
No el ver que á particular
pase el mas esclarecido

(1) *Haciéndose cortesías los Emperadores, se van todos acompañando á Camilo, ocultándose el Trono.*

Emperador, que hasta hoy
han venerado los siglos,
y en quien el romano imperio
mayor poder ha tenido
que en los anteriores; pues
no hay en el orbe distrito,
que si llegó á tu noticia,
no llegase á tu dominio.
No siento todo esto tanto
(segunda vez lo repito)
como el ver que hayas manchado
tu noble blason antiguo
de Justiciero, Trajano.
¿A un tirano tan impio,
por tan gran delito premias
con honor no merecido?
¿dónde tu justicia está?
¿faltaba á mi orgullo brio
para oponerse á tus armas?
que dar en vez de castigo
premio á la traicion, Trajano,
si es proverbio tan sabido,
que mil delitos persuade
el que consiente un delito.
Advierte los que hoy has hecho,
pues para haber infinitos,
¿qué persuadirá el premiarlos,
cuando basta el consentirlos?
Mas delincuente que el reo
es el juez que ha permitido
un crimen, que el reo solo
comete aquel; y averiguo
que el Juez comete en él cuantos
á otros ha persuadido:
que es gran incentivo de ellos,

el saber que no hay suplicio.

Trajano.

Bien discretamente, Adriano,
mi celo has reprehendido,
llevado de tu pasion;
pero ignoras los motivos,
y asi en el discurso verias,
como yerran presumidos
cuantos á los Soberanos
residenciar han querido
las acciones, ignorando
la razon de sus designios.
Si yo castigar quisiese
traicion en que comprendidos
son tantos, regara á Roma
de muchos infaustos rios
de civil sangre, entre cuyos
raudales enfurecidos,
suele ahogarse el vencedor
cuando fallece el vencido;
que en tumultos donde airado
lidia el padre con el hijo,
aunque el que pierde padezca,
queda el que gana perdido.
Camilo es hijo de un hombre
que fue mi mayor amigo,
y verter su sangre á un muerto
le acusará á mi cariño.
¿Demas deso, quien quitara
que despues de vengativo
á Camilo castigase,
intentase otro lo mismo?
que vasallos que una vez
se rebelaron altivos,
ya no pueden ser seguros,

si aun á costa del castigo,
para la segunda vez
con errarlo han aprendido.
Fia de mis esperiencias,
que serás restituido
á mi herencia, por el mas
estraño y nuevo camino
que en fábulas ó en historias
ya esté inventado y ya visto,
para cuyo gran suceso
á todo el orbe convido.
Acude á esforzar, Cleantes,
el intento que te he dicho:
espera, Adriano, de mí
que cumpla lo prometido,
é id escuchando del tiempo
todo lo que yo no os digo. *Vase.*

Cleantes.

A cumplir en su asistencia
voy con todos tus avisos. *Vase*

Adriano.

Mal quieres, con lo que espero
consolarme en lo que miro;
pero que poco sintiera
mi amoroso desvarío
perder todo lo estimable,
todo lo ostentoso y rico
del Imperio, si á Sirene
no hubiera con él perdido.

ESCENA III.

Decoracion de Sala.

Sale Camilo.

Solo todos me han dejado,
y el Imperio conseguido
no me parece adquirido,
tanto como imaginado:
lo que tanto he deseado,
acá en la presuncion mia,
no llena mi fantasía,
ó es que llegando á esta Alteza,
á vista de mi grandeza,
se mesura mi alegria.
Juzgaba yo en mi ambicion
que al ser Monarca triunfante,
se derramase al semblante
el gusto del corazon:
ya estoy en la posesion;
y al ver que no me ha inmutado
el contento en sumo grado,
con un recelo penoso,
se asusta lo poderoso
de lo poco alborozado.
Las dichas, en fin, que alcanza
la mas sedienta ambicion,
no son en la posesion
tanto como en la esperanza:
porque en desigual balanza
de cerca cuando poseo
en el bien, ocultas veo
algunas penas esquivas,
que en lejos y perspectivas

me deslumbraba el deseo.
Las dichas con perfecciones
juzga la imaginacion,
y luego la posesion
las encuentra con pensiones;
en estas contradiciones
á anhelar de nuevo empieza
el deseo, cuya alteza
tan perfecta las fingia,
cuanto es mas la fantasía,
que la gran naturaleza.

ESCENA IV.

Dicho, y sale Gelanor.

Gelanor.

Deme, vuestra Magestad,
las plantas.

Camilo.

¿Gelanor?

Gelanor.

Y si erráre, gran señor,
el estilo, perdonad,
y á mi rudeza le dad
lo que un criado pedia
á un Título nuevo un dia,
para que no le riñese.

Camilo.

¿Qué era?

Gelanor.

Que un mes le supliese
de erratas de Señoría:
hame costado el entrar
mucho golpe y mas temor,
porque tu guarda, señor,

de mí te quiere guardar;
y una nueva te he de dar
de Sirene.

Camilo.

¡Ay, dueño hermoso!
¿no está alegre de que airoso,
pueda mi amor sin segundo,
ponerla por Trono el mundo,
cuando llegue á ser su esposo?

Celanor.

Con Libia estuve corrido,
aunque algo sério el semblante;
que desmesura lo amante
un poco de lo valido:
de ella, señor, he sabido,
que afligida está y llorosa,
aunque de tu bien gustosa,
y que ya olvidante quiere;
pues de la distancia infiere,
que no puede ser tu esposa.

ESCENA V.

Dichos, y sale Lidoro y despues Cleantes.

Lidoro.

Eso diré yo mejor,
como quien de verla viene:
asegurarla conviene
de lo firme de tu amor,
porque dice que es error
ser de su dueño servida.

Camilo.

Ya que la grandeza impida
ir yo á segurarla fiel,
llévala tú este papel,

que la deje persuadida;
aguarda le escribiré. (1)

Cleantes.

Trajano, señor, á vos
espera, porque los dos
salgais á audiencia.

Camilo.

Ya iré.

Cleantes.

Eso decir no podré,
porque él está ya sentado,
y la hora de audiencia ha dado.

Camilo.

¿No esperarán?

Cleantes.

Es error,
que para esto, gran señor,
os tiene el pueblo pagado:
y un buen Monarca es en vano
que servirle mal intente,
cobrando él puntualmente
los tributos por su mano.
A todas horas, Trajano,
pronto estaba á despachar;
¿pues cómo dareis lugar
á que diga la malicia,
que el tiempo de la justicia
os le gasta este juglar?
Quien al Príncipe ha ocupado
mal, á todos ha ofendido,
que aquel tiempo que ha perdido,
al bien público le ha hurtado;
ved si debe castigado

(1) *Al ir á escribir sale Cleantes.*

ser á quien todo robó,
y de las horas que hurtó
restitucion no ha de hacer,
pues nadié puede volver
aquel tiempo que pasó.

Camilo.

Bien dices, Consul, yo erré,
y de vos quedo advertido:
leal el reparo ha sido,
á dar audiencia saldré:
Gelanor, ya volveré,
pues yo despacharte fio:
yo he perdido el alvedrío
cuando ser libre prevengo,
pues aun el tiempo que tengo,
es de todos y no es mio. (1)

Gelanor.

Bien el viejo ha predicado
de filósofo podrido,
que quiere por lo atrevido
hacerse mas celebrado:
y aunque juglar me ha llamado,
miente su vejez podrida,
que yo no jugué en mi vida
á un valido tal bajeza;
¿pero cuándo la grandeza
no fué destos ofendida?

Lidoro

No debo pensar en vano,
que oculte algun falso estilo
esta instruccion que á Camilo
afecta darle Trajano:
aun hay fuerzas en su mano,

(1) *Vanse él y Cleantes.*

si pretende con violencia
arrojarle; la esperiencia
lo ha de oir.

Gelanor.

¿Dónde vamos?

Lidoro.

Oye y calla, que ya estamos
en la sala de la audiencia.

ESCENA VI.

Descúbrense sentados en un Trono Camilo y Trajano, y ván saliendo los pretendientes.

Un Músico.

Yo, gran señor, te serví
antes que hubieses llegado
al Imperio, habiendo sido
músico tuyo dos años,
sin que me dieses sino
esperanzas; y pues tanto
te han ensalzado los dioses,
alguna merced aguardo.

Camilo

Yo me acordaré de vos.

Trajano

No ha lugar, pues ya pagado
estais de lo que servisteis.

Músico

Yo, señor, no he visto un cuarto.

Trajano

Si vos con la voz servisteis,
y la voz, si lo reparo,
es tan solo en el acento
dulzura del aire vago,
y él esperanzas os dió,

nada os debe; pues es llano,
que tanto á vuestros oidos
su esperanza ha deleitado,
como á él vuestras voz; y así
pagados estais entrambos,
pues tambien es aire dulce
la esperanza y el aplauso:
en músicos gastaremos
lo que el pueblo nos ha dado. (1)

Gelanor.

O viejo gran marrullero
como dicen los muchachos;
no te diera yo en mi vida
mas músicas, sino cantos.

Sale el Alquimista.

Yo, señor, soy Alquimista,
y hoy á tus plantas consegro
este libro.

Camilo.

¿Y qué es su asunto?

Alquimista.

Un secreto estraordinario,
para hacer de cualquiera cosa
el oro mas acendrado.

Camilo.

Mucho importará al Imperio,
que si este arbitrio se ha hallado,
jamás pueden faltar medios:
denle veinte mil ducados
por la obra.

Alquimista.

Siglos vivas.

---

(1) *Vase el Músico.*

Trajano

Aguardad, que es escusado:
denle un bolsillo vacio,
que solo con él le pago.

Alquimista.

¿Con un bolsillo vacio?

Trajano.

Y es un don muy acertado,
porque á quien sabe hacer oro
darle dinero es en vano,
y pues lo tiene de suyo,
mejor es darle en que echarlo.

Alquimista.

Corrido estoy.

Gelanor.

Seor, Alquimista,
usted vá bien despachado,
porque si ha de hacerlos oro,
lo mismo es darle guijarros. (1)

Trajano

Si supiera él hacer oro,
no estuviera en tal estado.

Una Muger.

Señor, mi esposo está ausente
y en una muerte culpado,
por quien anda fugitivo,
y yo sola y triste paso
para sustentar mis hijos,
sin su alivio y sin su amparo
mil desdichas: á tus plantas...

Camilo.

¿Qué pretendeis?

---

(1) *Vase el Alquimista.*

Muger.

Indultarlo,
pues no hay parte que se queje,
y por el perdon me allano
á haceros un donativo.

Camilo.

Piadoso parece el caso,
y yo vengo en que se indulte.

Trajano.

Yo no, que no es acertado
dar licencia á los delitos,
con hacerlos tan barato,
ni que al Príncipe se pague
la clemencia en perdonarlos.
Cualquiera crimen sin parte
bien puede el Rey olvidarlo,
pero el de una muerte no;
pues demas de ser tirano
quien á otro quita la vida,
el Príncipe interesado
es en el castigo, pues
le usurpa lo soberano,
quien le hace absoluto dueño
de la vida del vasallo:
cuyo dominio fué solo
á Dios y al Rey reservado.
Porque sus vidas y haciendas
conservemos desvelados,
nos pagan tantos tributos,
y sin razon los cobramos,
si á homicidas y ladrones
perdonáramos avaros;
y los subditos entonces
se tendrán por engañados,
si en los indultos vendemos

la licencia de matarlos:
no ha lugar. (1)

Camilo.

Absorto estoy
de lo que voy ignorando.

Un Hombre.

Porque hablaba mal del Cesar,
habiéndome averiguado
mil sátiras y libelos
que contra el Gobierno saco:
despues de preso el Prefecto
de Roma, me ha desterrado;
salí dando fiador
de cumplir á cierto plazo
mi destierro, y viendo que
el dia que has declarado
Cesar á Camilo, es fuerza
hacer gracias, apelando
á tu clemencia, te pido
moderes....

Camilo.

No mas: llevadle
al punto de mi presencia,
que no solo confirmado
vil mordáz por mi decreto
queda del Prefecto el auto;
pero pena de la vida,
que salgas al punto mando
de los términos remotos
del gran imperio romano,
pues con sátiras baldonas
los aciertos del Senado,
y se atreve tu vil lengua

(1) *Vase la muger.*

al decoro de Trajano.

Trajano.

(2) Detente: ¿qué haces, Camilo? en vez de honor, es agravio mio tu sentencia: este hombre ha de quedar perdonado.

Camilo.

¿Por qué?

Trajano.

Si tanto mal dice de mí aquí, ¿quieres incauto, que tambien si le destierras, lo diga entre los estraños? No me infame en mas provincias pues ya en Roma me ha infamado, que aquí ya saben que miente, y podrán hallá dudarlo. Sabe, que en los enemigos hay provecho aunque haya daño; porque en su censura vemos nuestros defectos tan claros, que mas que por los amigos por ellos nos enmendamos; y para ver nuestros yerros es menester conservarlos, si son tales que remiten todo el rencor á los lábios: libre vás.

Hombre.

Tus plantas beso.

Gelanor.

Usted tiene harto trabajo en hacer sátiras, puesto que despues de muy cansado cuando mas se las celebren,

se ha de esconder del aplauso,
cosa que ningun poeta
por ningun premio ha trocado. (1)

Camilo.

En nada acierto con todos
mis estudios: ¡Cielos santos,
qué distancia en el gobierno
hay, de egercerlo á estudiarlo!

Trajano.

¿Hay mas á quien oir?

Cleantes.

Estos
memoriales que me han dado,
y estas consultas.

Trajano.

El César
los despachará en su cuarto.

Camilo.

¡Confuso voy! *Levántase.*

Trajano.

Ahora faltan
cosas de guerra y estado,
que esto es doméstico, y es
lo mas vulgar del despacho:
no sale mal la esperiencia. *ap.*

Cleantes.

Dirija el Cielo tus pasos.

Trajano.

Camilo, lo que conviene
que adquieras, cuando enterado
estés de todo el manejo,
es el espediente sábio
de resolver brevemente;

(1) *Vase el hombre.*

pues aquel á quien negamos
su pretension, gana al menos
el tiempo que no ha esperado.

Camilo

De todo quedo advertido,
si puedo imitarte.

Trajano.

Vamos.

ESCENA VII.

Camilo, Lidoro y Gelanor.

Camilo

¡Qué sábio me imaginaba
para esto entre mí, culpando
á Trajano en su gobierno,
presumiendo remediarlo
todo, cuando del Imperio
las riendas viese en mi mano!
¡y qué torpe me hallo ahora!
de cuya esperiencia saco
cuan facil es censurar,
aun con poca ciencia, y cuanto
el enmendar es dificil
lo mismo que censuramos;
y es que solo á los errores
está atento quien culparlos
quiere, sin que los aciertos
le deban algun reparo;
y en lo que otro se descuida,
pone él todo su cuidado.
Si hoy sin Trajano me hallase,
¡qué motivo hubiera dado
mi poca práctica á todos
de censura! ¡ó como es claro,

que no es ciencia que se estudia
la del reinar, y que es sábio
el Cielo, á quien da los Reinos,
dá industria para mandarlos!
A la memoria me ocurre
cuan bien dijo Agesilao
Rey de los lacedemonios,
que habiéndole motejado
el no admitir por maestro
cierto filósofo anciano,
respondió que los monarcas
no deben ser doctrinados
de sábios, sino de reyes;
y en las materias de estado
discípulos de sus padres
han de ser los soberanos.
Mucho importa que algun tiempo
esté el Cesar á mi lado,
pues sin ambicion le veo,
como pueda mi recato
asegurarse en su vida
de la pretension de Adriano:
¿qué haré?

Lidoro.

Llega, pues el Cesar
tan suspenso se ha quedado,
y acuérdale del papel

Gelanor.

Tambien estoy yo pensando,
porque como el poder hincha,
me dá la grandeza flatos:
¿señor, y el papel?

Camilo

Espera,
que pues este breve rato,

ya desprchada la audiencia,
me dejan desocupado;
mejor será que del templo
á los jardines salgamos,
como los césares suelen,
donde asegurarla aguardo
de mi mano.

Gelanor.

No solo tú
puedes en ellos de espacio
entrar siendo Cesar; pero
aun cuando eras cortesano,
que como están estas ninfas
reclusas en sus sagrados,
solo á fin de buscar nóvios
están aquí, tolerados
los corteses galanteos.

Lidoro.

Si los dos no lo ignoramos,
¿á quién lo previenes, necio?

Gelanor.

No es el prevenirlo malo,
que de la clausura rota
habrá algunos abogados
que allá en sus ocultos juicios,
nos estén ya escomulgando.

Lidoro.

Esta es la puerta.

Camilo.

¡Ay amor!
mal en mi ambicion descanso,
si en el Imperio y en tí
se me añaden sobresaltos.

&c.

ESCENA VIII.

Decoracion de Jardin.

Sirene y Libia.

Libia.

Necia es tu pena, señora,
y tu dolor sin segundo:
¿pues qué muger en el mundo
dichas de su amante llora,
cuando el dudar es forzoso
que puede en tal tiempo haber
dama que llore por ver
á su galan poderoso?

Sirene.

Si llora mi voluntad,
es porque vé mi dolor
que no puede haber amor
adonde no hay igualdad:
era Camilo mi igual,
la fortuna le elevó,
y todo el bien que le dió
se me ha convertido en mal;
mira cual es el desden
de mi fortuna fatal,
pues se me convierte en mal
el bien de quien quiero bien;
y es bien que a mi pena arguya,
que sera discurso vano
casar un Cesar romano
con una vasalla suya.
Considera, pues, si ha sido
grave y fiero mi dolor,
cuando ha menester mi amor

buscar por fuerza el olvido.

ESCENA IX.

Dichos, y salen Camilo y Lidoro.

Lidoro.

A buena ocasion llegamos,
pues ya con Libia la veo
en ese cenador, cuyos
verdes pabellones densos
esconden al sol de aquella
fuente los cristales tersos,
porque sedientos sus rayos
no llegue á bañarse en ellos.

Camilo.

Hermosa Sirene mia,
si el cambray que está bebiendo
tus piedades, en tu llanto
va enjugando tus afectos:
solo hoy mi amor tener pudo
tus terneezas por agüero;
que al ver que intentas mudarte,
infelicemente temo
que saliendo desatado
en arroyos de tu pecho,
mi amor está derramando
el llanto que vas vertiendo.

Sirene

Vuestra Magestad Cesarea,
(¡ay Dios! que en vano me esfuerzo
deste tratamiento estraño
el reverente despejo,
costándome al pronunciarlo
un suspiro cada acento).
Vuestra Magestad Cesarea

conceda á mi rendimiento
sus plantas.

Camilo.

¡Ay, bien mio, tú
me tratas asi! ¿qué es esto?

Sirene.

Hacer lo que debo es,
trataros como á mi dueño.

Camilo.

Tal vez merecí ese nombre,
bien que con eco mas tierno;

Sirene.

Pronunciábalo el cariño,
y ya lo dicta el respeto.

Camilo.

¿Tan presto pasar pudiste
del uno al otro?

Sirene.

Tan presto
como vos habeis pasado
desde un estremo á otro estremo;
Ayer erais vos Camilo,
y hoy sois Cesar; y si fueron
finos ayer mis cuidados,
de ellos apenas me acuerdo;
porque si pienso que os quise,
me está el honor desmintiendo,
pues os quise como á esposo,
y ya es imposible serlo:
¡con qué dolor lo pronuncio,
y con qué veras lo creo!
ya es otro tiempo, señor.

Camilo

¿Pues hay para mí otro tiempo
que el de adorarte? ¡ay, Sirene!

mal sabes que fué mi intento
deshojar entre tus plantas
el Laurel del universo:
¿que es otro tiempo pronuncias?
cuando....

ESCENA X.

Dichos y sale Cleantes.

Cleantes.

A buena ocasion llego *ap.*
para lo que voy trazando:
hora es de que despachemos,
señor, aquellas consultas.

Camilo.

¡Válgame amor, que aun no tengo
tiempo de satisfacerla!
¿no podreis solo un momento
detenerlas?

Cleantes.

No señor;
porque han de ir resueltas luego
á distintos tribunales,
y á interesados diversos;
y cuando se para el movil,
se para todo el gobierno.

Camilo.

¿Un breve instante, qué importa?

Cleantes.

Lo que en el relox que vemos,
que un instante que se pare,
para volver á su centro,
las horas de todo el curso
es menester revolverlo.

Camilo.

¿Tan tasados mis minutos
están? ó ¿cómo acá dentro
mercandan de algunos avisos
moralidades latiendo?
pues así es fuerza, Lidoro,
partir contigo pretendo
del Imperio que me agovia
el intolerable peso:
despacha tú esas consultas.

Cleantes

Eso, señor, es ponernos
otro Emperador, y no
el que elegimos

Camilo.

¿Ya es eso
tambien mandarme vos?

Cleantes

Yo
á vuestra instruccion atiendo
por el Senado, el Senado
viene á ser en vuestro cuerpo
la parte racional, vos
el material instrumento,
y cuanto él puesto ejecuta,
manda el discurso primero.
El Príncipe es de las leyes
la viva voz, el Consejo
es la ley: luego á este debe
el Príncipe estar sujeto,
como por razon lo estamos
todos al entendimiento;
y aunque es vasallo del hombre,
debe el hombre obedecerlo,
sin que del libre albedrío

pierda el absoluto Imperio,
pues le manda aconsejando,
y aconseja obedeciendo.

Camilo

¿Cuando eso sea, me puede
quitar el Senado recto
tener un amigo que
me alivie en tanto manejo?

Cleantes

Ese os servirá, informando
que vasallo de un vasallo
sereis, y en sabiendo el pueblo
que hay otro que manda en vos,
redunda en vuestro desprecio
el honor que á él le atributan,
pues al válido sirviendo,
ni temen de vos castigo,
ni de vos esperan premio:
demas deso, no ha de ser
ese amigo al gusto vuestro,
sino á gusto del Senado,
y de los vasallos, puesto
que es vuestro interés mayor
tenerlos á ellos contentos.

Camilo

¿De suerte que aun un amigo
ha de ser al gusto ageno,
y no al mio?

Cleantes.

Si señor,
y será mejor acuerdo
no tener ninguno, pues
aun no sois tampoco dueño
de vuestro favor, que son
acreedores en sirviendo

todos á él, y la igualdad
en paz mantiene los reinos.

Lidoro.

Ya es esto mucho apretar.

Camilo

¡Ay, Lidoro, ya lo advierto;
pero aun está poderoso
Trajano, y hasta estar diestro,
y en el despacho instruido,
no me han hecho el juramento:
importa estos quince días
sufrirlos: el alma dejo
en Sirene, ven conmigo,
Sirene, a Dios: sabe el Cielo
del imán de aquellos ojos
con qué violencia me ausento

Clearites

Bien va, Trajano, los dioses
favorezcan tus intentos *Vanse los tres*

Libia

Ser Emperador con ayo,
y con ayo tan molesto,
debe de ser gran trabajo.

Sirene

¡Ay, Libia! si gran tormento
era perder á Camilo
por si, que adviertas te ruego
¿qué hará perderle con tanta
grandeza como le pierdo?

ESCENA XI.

Sirene, Libia, y salen Corbante y Adriano, y despues Octavia.

Corbante.

Allí está.

Adriano

Mira si acaso
estos jardines amenos
pisa Octavia, porque hablarla
sin que ella lo advierta quiero.

Corbante.

Tan colgada de tu voz
la tiene su pensamiento,
que apenas la nombras, cuando
viene dando bulto al eco.

Adriano.

Pues ratírate, que ya
mejor será que esperemos.

Sale Octavia.

Sirene tan sola y triste
el dia que considero
tu mayor gusto? sin duda
estás mal con tu contento,
sino es que él quiera en tu llanto,
echar algun mal del pecho.

Sirene.

Ahí verás cuan desgraciada
soy, pues como males siento
los bienes.

Octavia.

Y ahí verás cuanto
lo soy yo mas, pues perdiendo
Adriano el Laurel, tu llanto

no me sirve de consuelo
cuando tú lo ganas: hados ap.
hoy verme á las plantas temo
de Sirene, á quien ayer
juzgaba mi devaneo
por vasalla, cuando Adriano
tuviese en su mano el Cetro:
mas quiero ver si él parece
en el jardin, que deseo
aliviar su pena.

ESCENA XII.

Dichos, menos Octavia.

Libia.

Fuese
sin mas hablar.

Corbante.

No bayas miedo
que le encuentres, pues ya dejas
agazapado el conejo:
bueno fué haberte escondido.

Adriano

Pues á morir me resuelvo
hablando á Sirene, que antes
ser infelice pretendo
de osado que de cobarde:
determínase el despecho
á que antes me dé la muerte
su rigor, que mi silencio.
Hermosísima Sirene,
cuyos divinos luceros,
en lo vivo de sus rayos
influjos están bullendo.
Si quieres conocer cuanto

en mi noble rendimiento
y en mi adoracion ansiosa
es la sed de tus desprecios,
no la infieras de las veces
que pretendí amante ciego
de todos tus desengaños
malograr los escarmientos,
ansioso siempre de tantos
desdenes como te debo:
debo dije, porque son
tan preciosos, que en mi afectó
aun con la ánsia de adorarlos,
no puedo satisfacerlo.
No lo infieras de esto, digo,
sino de ver que me atrevo
á hablarte en el mismo dia
que por celestial decreto,
tu correspondido amante
consigue el romano imperio,
y en el mismo dia que
yo desdeñado lo pierdo,
á darte mil parabienes
llega festivo mi obsequio,
aun de lo que siento tanto;
pues aunque negar no puedo
que siento por quien lo logres,
de que lo logres me alegro.

Sirene.

El parabien que me dás,
Adriano, yo le agradezco,
no obstante que no le admito,
que aunque por digna me tengo
de tanto desprecio, no
aspiro al Laurel: pues creo,
que mas que no en desearle

mi sobervia desvanezco
en despreciarle: á Camilo
admití aquellos cortejos
decentes, cuando en los dos
era igual el casamiento:
hoy no le es, ni yo muger
que viniera en él, sabiendo
que habrá quien se lo censure?
pues no admitirá por dueño
á nadie que imaginase
que me adoraba, supliendo
no hay á quien mi vanidad
pueda imaginar sobervio,
que hace en su eleccion dichosa;
y antes en la mia quiero
hacer felices, que es
blason del poder y el Cielo:
ya murió Camilo en mí.

Al paño Camilo.

¡Qué oigo penas! cuando vuelvo
del despacho por si acaso
hablar á Sirene puedo,
no solo con mi enemigo
tan bien hallada la encuentro;
sino diciendo: (¡ay de mí!)
que ya en su memoria he muerto;

Al paño Octavia.

No habiendo encontrado á Adriano
vuelvo otra vez: ¡mas qué veo!
hablando está con Sirene
á solas: (alma escuchemos)

Adriano.

¿Qué murió Camilo en vos?

Sirene.

Soy quien soy.

Adriano.

¿Y qué tan presto
le olvidaste?

Sirene.

El honor
que obra con entendimiento,
para olvidos que le importan
no necesita del tiempo.

Camilo.

¡Que esto escuche!

Octavia.

¡Que esto vea!

Camilo.

Ella está satisfaciendo,
asegurando sus celos.

Adriano.

¿De suerte, que si á Camilo
desprecias porque al supremo
Laurel llegó, bien mi amor
puede esperar, si arguyendo
al contrario hasta su esfera,
cuanto él sube yo desciendo?

Sirene.

Eso no es lo que yo os digo,
lo que os ha sucedido os cuento;
porque el parabien me dás.

Libia.

Siempre estuvo mas bien puesto
conmigo Adriano, y fuí siempre
de su parte; este suceso
ayuda mas su fortuna:
iréle desatando quiero
al disimulo esta cinta
á mi ama, por darle luego
este favor.

Adriano.

Yo, señora,
á ser vuestro esclavo anhelo.

Octavia.

¡Ay, traidor!

Camila.

¡Ah, aleve!

Adriano.

Y ya
que olvidada os considero
de Camilo, que admitais
suplico mi rendimiento.

Sirene.

Adriano, si permití
de Camilo el galanteo
para casarme, advertid
que fuera mi amor muy necio
si eligiera mas, y así
no será casamentero
mio jamás el cariño.

Adriano.

¿Pues quién, señora?

Sirene.

El concierto,
que si el amor una vez
es gala, dos es defecto;
y para que esto podais
tratar conmigo es muy presto,
porque parecer pudiera
ligereza aun el acierto.

Libia

Desatada está, y no pude
sacarla.

Sirene

Dadme con esto

licencia.

Adriano

Advertid: más este
lazo se cayó del cuerpo,
rizado Ofir. (1)

Libia

¡Torpe anduve! *ap.*

ESCENA XIII.

Dichos, y sale Camilo.

Camilo.

Suelta, traidor

Sale Octavia.

Suelta, fiero.

Adriano.

Para volvérsele pudo
solo alzarle mi respeto,
mas no para que ninguno
me advierta lo que hacer debo.

Camilo.

A mí me lo has de volver.

Adriano

No fuera decente acuerdo
daros yo lo que no es mio:
Sírene es quien puede hacerlo.

Octavia.

Pues entrégamele á mí.

Adriano.

Tampoco es estilo atento
dar alhajas de una á otra.

---

(1) *Al irse se le cae un lazo, y le ase Adriano.*

Sirene.

Pues á mí sí, que el empeño
estorvo.

Adriano

Aquí le tienes:
mas no por esto os le vuelvo,
sino porque es justo.

Camilo

¿Cómo,
aleve, contra tu dueño
te atreves?

Adriano

Aun no lo eres,
y aun si lo fueses, esceso
seria en empeños de amor,
querer andar compitiendo.

Camilo

Vive Dios, traidor, aleve,
que has de morir á mi acero.

Adriano

No le saques, que si antes (1)
de que eras Cesar me acuerdo,
en viendo acero desnudo,
nunca supo huir mi aliento,
y no he de aprenderlo ahora.

Camilo

¿Tú te atreves desatento
á luchar conmigo?

Adriano

Sí,
que por tu autoridad vuelvo,
que te desluces si la espada

(1) *Abrázase con él Adriano.*

sacas, y no podré luego
respetarte.

Camilo

Aleve, quita.

Sirene.

¡De marmol soy!

Octavia.

¡Soy de yelo!

Libia

¿Ahora os helais? dad voces:
ah de la guarda.

Camilo.

El estrecho
nudo desaré

Octavia.

Soldados;

Sirene.

Acudid, acudid presto.

Libia.

Que se matan.

ESCENA XIV.

Dichos, y salen por un lado Trajano y Licinio, y por otro Cleantes, Lidoro, Gelanor y Soldados.

Dentro Trajano.

Alli voces suenan.

Unos.

¿Qué es esto?

Otros.

¿Qué es esto?

Adriano

Esto es haber advertido
á Camilo mi respeto,
lo que él debe á mi decoro

y yo á mi valor le debo,

Sirene.

¡Muerta voy!

Octavio.

¡Sin alma animo!

Libia.

Mal ha salido este enredo.

Camilo.

Esto es querer castigar
á mi enemigo

Cleantes.

No es bueno
en quien es Monarca ya
para castigo ese medio,
sino es el de la justicia;
que en colericos estremos,
desluce lo soberano,
quien ostenta lo resuelto.

Camilo.

De mis enemigos nunca
con la Justicia me vengo.

Cleantes.

No hay en el Trono enemigos,
porque si ayer lo fué vuestro,
cualquiera vasallo es hijo,
y debeis favorecerlo,
sin acordaros del odio;
pues no era decente acuerdo,
si como particular
os ofendió su ardimiento,
que la ofensa de Camilo
castigue un Cesar supremo. *Vase.*

Getunor.

Digan la verdad, señores,
¿no les enfada este viejo?

Lidoro

Esto es ya querer ceñirle,
y para librarle quiero,
antes de volver al lance,
saber qué fuerzas tenemos. *Vase.*

Trajano

¿Pues en qué os ofendió Adriano?

Camilo.

En competir el empleo
de una dama.

Trajano

¿Cómo dama?
¿pues un Monarca que atento
debe estar de su dominio
al incesante desvelo,
en celos y damas anda?

Camilo.

¿Porqué no, cuando pretendo
casarme?

Trajano.

¿Cómo casaros?
sobre lo que soy, que creo
que lo que habeis pretendido
aun no sabeis: un escelso
Monarca con sus vasallas
no casa, ni por su mesmo
dictamen, que como solo
al públicio bien nacieron,
solo se deben casar
á gusto de sus Consejos,
y no de su voluntad;
que los Reales casamientos,
siempre paces ó alianzas
concluyen con otros Reinos,
abriendole á sus vasallos

seguridad y comercio:
y asi se deben casar
solo al gusto de sus pueblos. *Vase.*

Gelanor.

Y á mi gusto, que en estado
los dos hemos de ponernos. *Vase.*

Camilo.

¿Qué es lo que pasa por mí?
¿esto es lo que tanto anhelo
me ha costado? ¿esto es reinar?
ó morir? piadosos Cielos,
¿ni yo vivo para mí,
ni es mio mi propio tiempo,
ni tener puedo un amigo,
ni he de vengarme severo
de mi enemigo, aunque osado
á mi vista me dé celos?
¿y no solamente estraño
he de estar con mis afectos;
pero aun mi amor y mi dama
han de ser al gusto ageno?
¿pues si tiene libertad
el mas humilde plebeyo,
y aun para el libre albedrio
por Monarca no le tengo;
qué mas esclavo que yo?
¡Oh, ambicion, en qué me has puesto,
y qué de dichas mentidas
pintaste desde el deseo!
que como en la perspectiva
los celages mas serenos,
son desde cerca borrones
las que eran luces de lejos.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Decoracion de Sala con un bufete con luces, y en él unos libros grandes con mapas, recado de escribir, y algunas consultas y memoriales: en una silla estará Camilo; y de rodillas en unas almohadas Cleantes.

Camilo.

¿Qué mas hay que despachar?
pues es tarea precisa
esta, y se va haciendo ya
tolerable en ser continua.

Cleantes.

Otras muchas cosas quedan:
mas fuerza es que se remitan
á otro dia, asi por una
que mas que todas nos insta
á acudirla, como porque
no á tanto peso se rinda
vuestra Magestad.

Camilo.

Yo sé,
Cleantes, cuando decias
que para eso me pagaba
el pueblo.

Cleantes.

Si, mas no quita
eso el preciso descanso;
y lo que yo os persuadia,
es no usurpar al despacho

las horas que concedidas
le teneis: vuestro descanso
redunda, si bien se mira,
en beneficio del pueblo:
vuestras fiestas y delicias
decentes, demás de ser
pompa de un Monarca digna,
miran al útil de todos,
pues es cualquiera festiva
diversion, en vuestro afan
aliento á nuevas fatigas.
Tambien vivís para todos
en las horas que os alivia
el vivir para vos solo;
pues nadie hay que contradiga
que del Monarca le importa
mucho al Imperio la vida,
y la ánsia de aprovecharla,
no ha de ser de consumirla:
Para todo ha de haber horas;
mas no habeis de confundirlas
dando á uno las que son de otro,
que es fuerza que tan medidas
esten, y quien vive á todos
tan públicamente viva.

Camilo

Ya sé que estan mis minutos
tasados para distintas
operaciones; ya sé
que tengo tan repartida
la vida, que nadie puede
quitarle sin injusticia
un instante de mí mesmo,
ni aun á mí si se averigua
que hace este orden, que aun aquellos

espacios que se destinan
á mis festejos, como es
forzoso que á ellos asista,
y que no viva sin ellos
la equidad distributiva,
mirados como tareas,
como festejos no sirvan.
El mas plebeyo oficial
su descanso solicita
el dia festivo, y yo,
en quien los ojos vigilan
del Argos en tantas plumas,
no descanso ningun dia
¿Qué es lo que se ofrece ahora
de cuidado?

Cleantes.

La noticia
que hoy se ha tenido, de haber
rebeládose las islas
de la Gran Bretaña, y todas
las que con ella confinan
de Batavia, que del mar
y del reino divididas,
del occéano germánico
la blanca tez cristalina
de verdes lunares manchan,
de fecundidad salpican.
Hoy Quinto Flaco Valerio,
legado de las provincias
Bélgicas, no solamente
la sublevacion avisa,
sino que de las legiones
romanas, que residian
en los presidios, la gente
le mataron mas lucida

los rebeldes; y si luego
reclutas no se le envian
veteranas, y los medios
con que al punto se apercibam
para salir á campaña,
todo el dominio peligra
de aquellos paises, puesto
que estas centellas prendidas,
antes que levanten llamas,
se ha de cubrir de cenizas.
Mañana Senado y plebe
te juran la fé rendida,
y el gran Trajano mañana
á su patria se retira
En el tesoro imperial,
á cuyo caudal se aplican
tambien todas las riquezas
que antes del Cetro tenias,
apenas hay lo bastante
al donativo que estilan
el dia que se coronan
á la plebe y la milicia
dar los Césares, y es fuerza
que quede distribuida
tanta porcion; pues sino
desbiciera su codicia
esta eleccion: mira ahora
de que caudal determinas,
que para tan grave caso
al legado se le asista.

Camilo.

Bien: ¿y qué libros son estos?

Cleantes.

Es la docta Geografía
de Tolomeo, en que está

en tantos mapas escrita
la superficie del globo
de tierra y agua, pues pinta
de las tres partes del mundo
en que los hombres habitan,
provincias, reinos y imperios,
para que en ellos percibas
de estas islas la importancia,
á que parte están vecinas
de tu Imperio, y lo que pierdes
si las pierdes.

Camilo.

Prevenida
anda en todo tu prudencia,
que puesto que es mi impericia
tal, que de Roma jamás
salí, y es accion precisa
que el Príncipe siempre tenga
presente su Monarquía:
pues bien como el corazon,
no tan solo ha de regirla;
pero á todos los estremos
sus espíritus envia.
Desde el centro me es forzoso
comprenderla en estas líneas,
donde el compas la regula,
y donde anda la vista
sin geografía y historia.
En vano á reinar aspira
mi rudeza sin historia,
porque el reinar necesita
de tan grandes esperiencias,
que en una vida adquiridas
no es posible; y estudiando
todas las cosas antiguas,

pocas horas de memoria
son muchos siglos de vida,
sin geografía, porque
sin que su Imperio distinga,
quién no sabe lo que manda,
¿cómo á mandarle se anima?
¿Cuál es la Bretania?

Cleantes.

Aquella
Isla fértil y florida,
que enfrente está de las Galias,
con un canal dividida.

Camilo.

¿Y la Batabia?

Cleantes.

Estas otras
que aquí se ven esparcidas,
confinando con el mar
Germánico, con la Frisia,
Galia, Bélgica y Germania

Camilo.

Alteracion es bien digna
de cuidado: ¡ó cuanto importa
que sepa aquel que domina
lo que pierde en lo que pierde,
sin creerlo á la malicia,
de que minorando el daño
el consuelo facilita,
y echa á perder los remedios
con aleve medicina!
¿De dónde pues sacaremos
medios para esta conquista,
pues tanto importa?

Cleantes.

Señor,

no sé, qué los asentistas
y los colectores todos
parece que se retiran
de hacer anticipaciones;
pues guerras tan repetidas
como ha tenido Trajano,
tienen del todo estinguida
la fuerza del caudal.

Camilo.

Yo
haré á Lidoro, á quien fia
mi cariño de la hacienda
los manejos, que consiga
alguna porcion, que baste
á domar las atrevidas
rebeldes armas ¿Hay mas?

Cleantes.

Á sí, tambien se me olvida
(mal la industria vá saliendo *ap.*
sino dá fuego esta mina)
este memorial de Adriano.

Camilo.

¡Ah traidor, mal se desvian
de mi memoria mis celos,
de mi dolor su osadía:
¿qué pide?

Cleantes.

En él te dá cuenta,
y que la apruebes suplica,
de su boda, pues personas
tan altas y esclarecidas
no las concluyen sin que
los Césares lo permitan.

Camilo.

¿Con quién casa?

Cleantes.

Con Sirene.

Camilo.

¡Estatua he quedado fria,
y condensado el aliento
en exalaciones tibias,
carambanos son del aire
cuanto el pecho respira!
¿Con quien dices?

Cleantes.

Con Sirena
vuelvo á decir, una ninfa
que en este templo de Palas....

Camilo

No prosigas, no prosigas,
ni tus señas me deshagan
la duda que acá fabrica
mi amor, que sin saber de otra
la finge por cortesía.

Cleantes.

Pues, señor, ¿qué os descompone?
¿qué os inquieta, ó qué os irrita?

Camilo.

¿Con Sirene? por los dioses
que fuera Roma encendida
aun mas que en tiempo de Nerón,
en el volcan de mis iras,
y que yo sabré.... (1)

---

(1) *Levantase arrojando el bufete.*

ESCENA II.

Dichos, Lidoro, Adriano y Gelanor.

Sale Lidoro

¿Qué ruido...

Sale Adriano.

¿Qué rumor...

Sale Gelanor

¿Que vocería...

Los tres

Se oye en el cuarto del Cesar?

Lidoro.

¿Señor?

Adriano.

¿Señor?

Camilo.

¿Qué os admira?

Lidoro.

Yo, señor, desde esa cuadra...

Adriano.

Yo desde esa galería...

Lidoro.

Donde aguardo para hablaros...

Adriano

Donde espero la salida
de Cleantes...

Lidoro.

Ruido escucho.

Adriano

Rumor oigo.

Gelanor.

Oigo que gritas,
que tambien entro yo en esta
relacion alternativa.

Lidoro.

Y osado....

Adriano.

Pronto ...

Gelanor.

Curioso...;

Los tres

Vengo á saber en que os sirva,

Camilo.

En no verme el rostro ahora
cuando volcanes vomita,
ya en rayos y ya en colores
por ojos y por mejillas;
porque en fin, pasiones de hombre
de Monarca no desdigan:
pues si alguno vive Dios
hay que osado me compita, (1)
sabrá este acero...

Todos

Señor.

Gelanor

Tente, que nos descuartizas
con solo un ceño: ¿qué es esto?
Señores, estas burlitas
tienen los emperadores,
que el alma al verle tirita,
y cuando era mi amo, burla
de sus enojos hacia.
¡Válgame Dios como tiemblo!

Adriano

¿Qué es esto? ¡No ví en mi vida
el miedo hasta hoy!

(1) *Empuña la espada, y todos se hincan de rodillas.*

Lidoro.

¡Con tener
su gracia, tiemblo á su vista!

Cleantes.

¡Oh como brotó en sus celos
todo el aspid de la envidia!

Camilo.

Los celos me han descompuesto,
y asi de aquí te retira
mi grándeza; ved qué hará
el filo de mi cuchilla
cuándo castigue, si aun hace
este efecto cuando avisa. *Vase.*

Adriano

¡Válgame Apolo! qué rasgos
ó qué vislumbres divinas
esparce de sí el caracter
de una alta soberanía,
que asi asombra en sus enojos
la magestad aun fingida?
¿fingida dije? porque
ó bien á la industria activa
de mi tio, ó á las armas
que mi cautela concita,
verá Camilo mañana
su pompa desvanecida:
sin duda esto es porque sabe
que Sirene persuadida
está á mis bodas: mas sea
lo que fuere, pues me cuesta
mi amor y mi conveniencia
á que uno y otro consiga,
he de lograrlos entrambos,
y ha de morir quien lo impida *Vase.*

Gelanor.

Si no hubiera en el retrete
mas luces que las bugías
del bufete, á escuras quedan
Camilo y esta estantigua.
No mas tan cerca del Cesar,
que el alma llevo aturdida
de ver con los que andan cerca
y un punto no se desvian,
lo que hacer puede uno destos
si se vuelve loco un dia. *Vase.*

Lidoro.

¿Qué es esto Cleantes?

Cleantes.

Yo
no sé, Lidoro, qué os diga,
que no lo sé.

ESCENA III.

Cleantes, Lidoro, y sale Camilo.

Camilo

Pues yo sí;
y al mirar que se despiden
todos y que con los dos
ningun secreto peligra;
pues tú, Cleantes, has sido
á quien debo la doctrina
del Imperio, y por maestro
de tí mi amistad se fia;
y tú, Lidoro, á mi suerte
solicitaste esta dicha,
con los dos se desahogan
las penas que me lastiman.
Yo adoro tanto á Sirene,

que con ánsia de rendirla
el Imperio, mi ambicion
al sacro Laurel aspira;
y por donde ha de obligarla
mi amor mas la desobliga;
pues nó solo de mis ánsias
tantas finezas olvida,
mas con Adriano se casa:
¡Oh! el dolor no lo repita,
sin que del último acento
el alma me arranque asida.

Cleantes.

¿Señor, qué es esto? ¿un Monarca
descompone así la invicta
Magestad?

Camilo.

¿Pues los monarcas
no son hombres, y las mismas
pasiones que á los demas
no es fuerza que les atijan?

Cleantes.

Hombre son, mas la prudencia
de su secreto se cifra,
en que no han de parecerlo;
y las pasiones mas vivas,
ya que no puedan vencerlas,
por fuerza deben sufrirlas,
sin que alguno las conozca,
que si llegan á inferirlas,
pierde con los sentimientos
mucho la soberanía.

Camilo.

¿Qué aun no he de quejarme?

Cleantes.

No;

que del Olimpo la cima
es superior á las nubes,
y asi esenta se examina
de borrascas su eminencia,
siempre serena y tranquila:
asi de un Monarca el rostro
cuya Alteza es escesiva,
debe estar serena á todo,
sin que un sentimiento imprima
en él, dándose al partido
de conocer que hay desdichas.

Camilo.

Todos en quejas y en llantos
cualquiera dolor alivian,
pues juzgan que le reparten
si acaso le comunican,
y solo á mí la grandeza
aun deste alivio me priva:
mas infeliz soy que todos.

Lidoro.

¿Pues dí, señor, quién te quita
no otorgarle esa licencia?

Cleantes.

¿Fuera accion bien parecida
quitar á tales vasallos
la libertad?

Lidoro.

Sí, pues miras
que él la quiere para sí.

Cleantes.

Si era su pasion tan fina,
¿por qué no se casó antes?
que si cuando le apellidan
Cesar fuera ella su esposa,
por fuerza habia de admitirla;

pero ahora que está libre,
no es facil que le permita
el Senado con vasalla
casar, que la Monarquía
querrá comprar con sus bodas
la paz de que necesita
Trajano ajustó esta boda,
¿será justo que se diga
cuando solo para Adriano
tal conveniencia destina,
que Imperio y esposa usurpa
al sobrino tu injusticia?

Camilo

Bien dices; pero yo muero
si no lo estorvo.

Lidoro.

¿Imaginas
ceñirle como hasta aquí
con advertencias prohijas,
que en tus sofisticos dogmas
su absoluto imperio ligan,
de ninguno practicadas,
y de tantos discurridas?

Cleantes

Sí, que cuanto yo le he dicho
es la obligacion precisa
de un buen Monarca, y ninguno
lo puede ser sin cumplirla.
La fama es juez de los reyes,
y es la mayor enemiga
que tiene el poder, supuesto
que la culpa que averigua,
hasta en futuras edades
eternamente castiga.
El Monarca que á la fama

No teme si se le indigna,
jamás será buen Monarca,
y así es bien que todos vivan
al gusto desta fantasma,
que el bien ó el mal eterniza.
Esclavo del que dirán
debes ser, porque aplaudida
sea tu memoria, temiendo
calumnias de la malicia
hasta del mas vil vasallo.

Camilo

Entre tantas infinitas
pensiones como en el Trono
tus esperiencias me dictan,
ninguna mas que estas dos
una invencible armonia
está haciendo á mi paciencia,
de mil golpes combatida:
¿qué mas dolor, qué mas ánsia,
que ver que á mí no me libran
del dolor y que no puedo
quejarme? ¿y qué mas fatiga,
que estar temiendo los juicios
aun de la plebe abatida,
que imagina bajamente,
y cree cuanto imagina?

Lidoro

Señor, no á tantos discursos
el supremo amor rindas:
quien puede todo lo puede,
y esas son sofisterías
de políticos.

Camilo

Lidoro,
mal tu lealtad acreditas

En esos consejos, yo
soy Monarca, y no querria
ser malo por ningun caso;
pues aunque por tiranía
quise empezar mi Corona;
no pensaba proseguirla
por ella, que la razon
cierta oculta simpatía
tiene al bien, y horror al mal;
aunque dél un bien se siga.

Lidoro.

Dale en fin esa licencia,
y el remedio se remita
á un veneno, en donde pueda
quedar su muerte escondida:
¿y si se supiere antes,
resolucion no ténias
de matarle? pues qué importa
si ahora mas justificas
tus iras, que le des muerte?

Camilo

Bien dices: muera á mis iras,
pues él tambien en Sirene
el alma me tiraniza.

Cleantes.

¿Qué consultarán los dos? *Ap.*

Camilo.

Cleantes, ya concedida
tiene Adriano la licencia.

Cleantes.

Sospechosa es ó fingida, *ap.*
pues fué tan mal consultada.

Camilo

Vamos, por ver si me alivia
el sueño: ¡ay amor! en él

permite, que al menos vistan
la blanca tez de Sirene
mis amantes fantasías.

ESCENA IV.

Decoracion de Jardin.

Salen Sirene, Libia y otras Damas.

Libia.

¿Tan de mañana, señora,
á vestirte te prefieres,
sin duda en tu frente quieres
ver amanecer la aurora?
y aunque ella los rizos dora,
no es bien que de nóvia el dia,
falte la destreza mia
al primor de tu tocado.

Sirene.

De los ojos me ha robado
el sueño la fantasía.

Libia.

¿Tanta inquietud dá el contento?

Sirene.

No burles de mi pasion,
que quien casa por razon
y propio conocimiento,
siempre á lo mejor atento,
mas que alborozo temor
tiene; y para el nuevo amor
que hoy rinde mi libertad,
anda de mi voluntad
escondiéndose mi honor.
El yugo á que destinado
viene mi cuello este dia,

eleccion no ha sido mia,
mis parientes lo han tratado:
en mí fué razon de estado;
que al ver que es tan poderoso
Camilo, y me adora ansioso,
nadie diga que un instante
él fué poderoso amante,
y estuve yo sin esposo.
En fin, casarme no dudo,
pues á nada á mi honor cede:
no haya, viendo cuanto puede,
quien presuma cuanto pudo.
¿Que discurso, pues, tan rudo
ignorará á qué aflicciones,
y á cuántas contradiciones
por fuerza se ha de entregar
voluntad que para amar
ha de mendigar razones?
Camilo fué mi eleccion;
y Adriano mi suerte fue;
á aquel adoró mi fé,
y á este quiere mi razon:
ten lástima á mi pasion,
pues le amo, y estas violencias
me hago con las diferencias
de tantas contradiciones;
¿pero cuándo por razones
se mandan las influencias?

ESCENA V.

Dichos, y sale Octavio.

Octavio.

¿Que cuando al jardin venia,
por si puedo entre las flores

verter parte á sus verdores
de mi gran melancolía,
esté la enemiga mia
tan de mañana en su esfera?
¿por cuánto no sucediera
á un breve alivio un azár?
¡ó si á otros cuadros pasar
sin que me viese pudiera!

Libia.

Ya tienes á Octavia allí.

Octavia.

Por no esplicarle mi rábia
me quiero volver

Sirene.

Octavia,
¿porqué te ausentas de mi?
¿sin hablar vuelves asi?
no merezco á tu desden
que tus finezas me den
parabien de mi alegria,
pues no habrá ventura mia
si falta tu parabien.

Octavia.

Si acaso tu falsedad
lo dice, no á mi rigor,
que de sobras de mi amor
se adorne tu voluntad:
puede ofender, es verdad,
que Angusta me pensé ver
cuando Adriano, á mi entender,
mandaba uno y otro polo;
pero para Adriano solo
por sí soy mucha muger:
la casa de los Octavios
hecha estaba á Emperadores;

pero á solo Senadores,
tu familia de los Flavios;
y así son discursos sabios
que tú te hayas reprimido,
y á Adriano hayas admitido;
y pues el reparo ofreces,
mas que mereces mereces
por haberte conocido. *Vase.*

Sirene.

No te ausentes, oye, mira;
vuelve, Octavia.

Libia.

¿Qué la quieres?

Sirene.

Dar á tantas groserías
respuesta.

Libia.

No en eso empeñes
tu cordura, que picada
está, y es bien que te acuerdes
que no hay discreto tahur
que no sufra algo á quien pierde.

Sirene.

¿Conmigo altiva?

ESCENA VI.

Sirene, Libia, y salen Lidoro y Camilo.

Lidoro.

¿A qué tan temprano vuelves
al jardín del templo?

Camilo.

¿Qué me preguntas, cuando adviertes
que no estoy en mí conmigo
si me miro sin Sirene?

y que el despechado amante
que sobre sus celos duerme,
mal descansa, que aun dormido
la imaginacion le hiere,
forzándole á que consigo
todas sus ánsias despierte.

Lidoro.

Con Libia está.

Camilo.

Tán temprano,
fiera esfinge, aspid aleve,
que con tósigo de fuego,
la imaginacion me muerdes,
enroscándola en los lazos
de tantas azules sierpes:
tan temprano has madrugado
á que tus ojos encuentren
la luz del sol tan infante?
ingrata, mira quien eres:
pues con ánsia madrugaste
de que tu desvelo hiciese
mas dilatado este dia
de tu dicha y de mi muerte.
¿Porqué no duermes, traidora?
¿con tanta inquietud te tiene
el alborozo, que ansiosa
te obliga á que te desveles?
Duerme, ingrata, que á lo menos
conseguiré que aquel breve
instante que en tí no estás,
en el dichoso no pienses:
si tu mudanza....

Sirene.

Vuestra Magestad modere
su sentimiento, ó creeré

mas atenta, que no debe
de hablar conmigo, sin duda.

Camilo

No harás mal, si lo creyéres,
que estás tan otra, que aun yo
no acabo de conocerte
¿En que, dulcísima ingrata;
(pues á mis ánsias corteses
y á mi rendimiento noble
eres dulce, aun cuando ofendes),
en qué ha podido enojarte
una fé tan reverente,
que por ceñir tu conturno
con el laurel de tus sienes,
aspiró á tan gran fortuna,
porque un Cetro le sirviese
de desmerecerte menos,
ya que no de merecerte.

Sirene

Vuestra Magestad advierta
que es la Corona la fuente
de donde el honor se esparce
en manantiales perennes;
¿pues si honrar deben á todos
los Monarcas y los Reyes,
qué debeis hacer con quien
quisistes? ¿Es bien se cuente,
que naciendo á honrar á tantos
como lo haceis, solamente
quien merece vuestro agrado
vuestras honras no merece?
Yo pensé ser vuestra, ya
los hados no lo conceden:
¡ay, Dios, en cuantos suspiros
cada razon se me envuelve,

habiendo que un solo acento
muchos sollozos me cueste!
no le concedan los hados,
porque interponen rebeldes
entre nuestras dos distancias
mil montes de inconvenientes.
Pues si ser vuestra no puedo,
y ya os perdí para siempre,
entre esta voz y mi vida,
¡quién hiciera que cupiese
la muerte, que de su acento
llevase el alma pendiente!
¿si ya os perdí, para qué
queréis no solo esponerme
á que pierda el honor, viendo
vuestros estremos, que suelen
crecer con esceso tantos
discursos de maldicientes?
Ni que ya que os pierdo, os pierda
con un torcedor tan fuerte
como el que quedeis quejoso:
¿no le bastaba á mi suerte
mi mal, sin que en vuestras ánsias
los vuestros se me añadiesen?
Yo, señor, no supe nada:
mis deudos y mis parientes
me han casado; aun da mi parte
no he puesto el obedecerles,
el no resistirles basta,
sin cuidado de que yerren
ó no yerren la eleccion:
denme el dueño que me dieren,
pues no habiendo de ser vos,
no queda ya en quien acierte.

Camilo.

Pues, Sirene, vive Dios
que mi poder se resuelve
á que no te logre Adriano,
y que has de ver que antes muere
á mis iras.

Sirene.

¿Qué es lo que oigo?
Si algo he llegado á deberte,
mi señor, Príncipe mio,
Príncipe y mio pretende
decirte mi ánsia; porque
á un tiempo, señor, ostentes,
por mio lo agradecido,
por Príncipe lo clemente.
Si algo te debo, á tus plantas...¿

Camilo.

Mi bien, ¿qué es esto? ¿qué emprendes?
¿tú á mis plantas? ¡ó mal haya
la Magestad, que consiente
que lo supremo se abata,
y lo rendido se eleve! *Levántala.*
¿Qué pides?

Sirene.

Que no en la vida
de Adriano, señor, te vengues,
de lo que es desdicha mia.

Camilo.

¡Ah, ingrata, como lo sientes!

Sirene.

Siento el escándalo solo,
y no es bien que espuesta quede
mi fama á tanta censura.

Camilo.

¡Ah, traidora, como mientes!

vive Dios que ese es amor,
y en lo mismo que intercedes
le dás muerte: tus piedades
mas mis cóleras encienden.

Sirene.

Yo soy quien soy.

Camilo

¡Ay, Lidoro,
áspides fueron crueles
sus voces.

Lidoro.

Tú eres Monarca,
y es en vano que te quejes,
ni que en tu poder inmenso
lo que puedes mandar ruegues:
¿para cuándo es la violencia,
pues ya decretado tienes
la muerte de Adriano?

Camilo.

Bien
dices, aunque no aconsejes
bien, pues á mi natural
repugna cuanto tuviere
vislumbres de tiranía;
pero si muero, ¿qué puede
hacer mi resistencia?
Sirene hermosa, concede
á mi fineza una mano.

Al paño Adriano.

¡Esto los hados consienten!
¡que permitieses, fortuna,
que á tan mal tiempo viniese
á ver á Sirene!

Al paño Trajano.

Aquí

parece que se divierte
Camilo, haga mi cuidado
de aquestas ramas cunceles.

Sirene.

¿Sin duda se os ha olvidado
aquel estilo decente
que se debe á mi decoro?

Camilo

No con razones me temples,
que he de abrasarme los lábios
en el candor de tu nieve.

Adriano.

¡Perdido estoy!

Trajano

¡Fuerte arrojo!

Sirene.

Mirad.

Camilo.

No hay que considere,
que cuando eras mia supe
idolatrar tus desdenes;
pero agena, no hay en mí
respeto que los tolere.

Trajano.

¿Cómo estorvaré este lance?

Adriano

¡Oh, quién pudiera oponerse!

Libia.

El hombre es abordador.

Sirene

Tente y mira, y no te acerques,
que daré voces.

Camilo.

Qué importa,
si ninguno defenderte

podrá de mí; y esta mano... (1)

ESCENA VII.

Dichos y Adriano.

Adriano

Esta mano es bien que llegue
á ocupar yo

Camilo

¿Para qué?
¡que aquí tan presto estuviese! *aparte.*
suelta la mano.

Adriano

No puedo,
que no es bien que se la niegues
á los hombres como yo,
cuando á besartela vienen,
por la merced que me has hecho, (2)
gran señor, en concederme
la licencia de casarme:
llega tú tambien, Sirene,
que pues te toca tambien,
es justo que se la beses.

Sirene

¡Sin mí he quedado! á tus plantas,
mi voluntad agradece
tal favor.

Trajano

Oiga el rapáz,
qué alentado y qué prudente
le atajó: ¡ay, sobrino! el Cielo

(1) *Al ir á darle la mano, sale Adriano y toma á Camilo la que iba á darla.*

(2) *Hinca la rodilla.*

quiera que al Imperio llegues.

Camilo.

Alzad, señora: ¡ay de mí! *ap.*
que no sé que senda encuentre
en ira ó prudencia, y nada
puedo hallar que me sosiegue;
soltad, Adriano, la mano.

Adriano.

Bien podeis seguramente
fiarla á la mia, que sabe
vencer enemigas hüestes
de vuestra Corona; y no
quisiera, si bien se advierte,
soltarla porque confio
que del peligro mas leve
estaré seguro en tanto
que en mi mano estuviera.

Camilo.

En equívocas palabras
de su valor me previene:
vos....

ESCENA VIII.

Dichos, y sale Trajano.

Trajano.

Aquí importa salir; *ap.*
¿como en dia tan solemne
tanto os retirais, Camilo?

Camilo.

¡Qué á tan mal tiempo saliese! *ap.*
fuerza es ya disimular.
Cuidados hay que me mueven,
que en quien gobierna no son
ocios los que lo parecen.

Vamos á pensar, Lidoro,
de qué caudales valerse
podrá mi tesoro, para
la guerra de los rebeldes:
mucho será que el incendio
de mis iras no rebiente. *Vase.*

Lidoro.

Y el de mi ambicion, pues ya,
despues que llegué á ponerle
en el Trono, no ha tratado
de que mi amistad se premie;
y finezas escesivas
en los Soberanos, suelen,
mirándose como á Dioses,
ingratitudes volverse.

Sirena.

Ausentémonos de aquí,
que estoy corrida de verme
donde sepan que hubo hombre
que á tanto pudo atreverse
conmigo: ¡quién de Camilo
presumiera que escediese
el límite á mi decoro,
y en tal parage!

Libia.

Ahora atiendes
caprichos de enamorados
en el sitio mas patente?
¿cuándo ellos imaginaron
que alguno hay que pueda verles,
para no arrojarse á todo?

Sirena.

¡Fortuna, qué me sucede!

ESCENA IX.

Trajano y Adriano.

Trajano

Dame los brazos, Adriano,
porque en ellos me renueve:
enlace el caduco tronco
tus frondosidades verdes,
que me has liquidado el alma
en las undosas vertientes
de estas lágrimas, que en gozos
llanto visten lo alegre.
Qué resuelto y qué templado,
qué cortés y qué valiente
á Camilo reprimiste;
no hay cosa en que mas se muestre
la discrecion y el valor,
Adriano, que en defenderse
del poder, sin que lo osado
esceda lo reverente.

Adriano

¿Para qué, señor, me alabas
de que algo de tí aprendiese,
si es para perderlo todo?
y si quitas á mi frente
el laurel que me ofreciste,
mas bien es que me consuele
si heredare tus hazañas
aunque tu Imperio no herede.

Trajano

En otra ocasion, Adriano,
procuré satisfacerte
á esa queja: honor y vida
en la edad mas floreciente
debí al padre de Camilo;

y no era bien se dijese
que al padre debí la vida
y al hijo le dí la muerte.
He conocido en Camilo
una complexion muy débil
para cualquiera fatiga;
y está ya, aunque mas se esfuerce,
cansado de tanto afán:
es preciso que desee
los ocios de hombre estudioso,
que las ciencias no se adquieren
sin un ánimo tranquilo,
ocioso é independiente.
¿De qué piensas tú que á él
se le pudo ocurrir este
pensamiento del Imperio?
de estudiar tan diferentes
políticos y morales
discursos, y parecerle
que sabrá mandar el mundo,
renovarle y deshacerle:
como entre sí piensan cuantos
censuran lo que no entienden.
Ya se habrá desengañado
de que esa arte no se aprende
en libros, sino en manejos;
porque lee aquel que lee,
los remedios; pero no
toca á los inconvenientes;
que al ir á curar un mal
mayores daños ofrecen.
Su natural es piadoso,
y no inclinado á crueles
resoluciones, si no hay
alguno que las fomente.

Con sus consejos Cleantes,
que le instruye cautamente,
no solo del Cetro sabe
los afanes esponerle,
mas hoy quiere de orden mia,
hacer que noticias lleguen
de guerras y alteraciones,
no porque ahora suceden,
sino por probar en él
qué hiciera si sucediesen.
Yo solicité la boda
de Sirene, porque fuese
ese el mayor torcedor,
y el nudo que mas le apriete.
Y en fin, deja á mi cuidado
lo demas, por si hacer puede
mi prudencia que este joven,
de esta llamarada ardiente
sin sangre nos asegure,
y sin estrago nos vengue.

Adriano

Bien es, señor, que á tu juicio
todo mi ardor se sugete;
y mas hago en reprimirme
por tí, que hiciera en vencerle.
Amor, de Roma no importa
que el sacro Laurel me niegues,
si en Sirene me has rendido
de su esquivez los laureles.

ESCENA X.

Decoracion de Sala.

Sale Gelanor con unos papeles, y Corbante dándole un memorial.

Corbante.

Señor, por amor de Dios
que mas á mano tengais,
que este memorial leais.

Gelanor.

Yo me acordaré de vos.

Corbante.

Sin duda no os acordais,
pues asi me respondeis
de que....

Gelanor.

No me repliqueis.

Corbante.

Algun dia....

Gelanor.

Necio estais.

Corbante.

Que os acordais muy bien sé,
cuando estabais mas templado.

Gelanor.

¿Quién en viéndose elevado
se acuerda de lo que fué?

Corbante.

¿Pues no sabeis que lo dos
fuimos ...

Gelanor.

Vuestro error confieso:
si yo me acordára de eso,

no me lo acordarais vos:
claro está que me olvidé,
pues que vos me hablais asi,
que al que no sale de sí
nadie se acuerda quien fué;
¿qué pretendes?

Corbante

Quiero ser,
pues tanto habeis merecido,
sirviéndoos de entretenido
gentil-hombre del placer.

Gelanor

Ese fuera barbarismo:
no os he menester aquí,
que yo me entretengo á mí,
riéndome de mí mismo
y de todo cuanto quiero.

Corbante

Lo mismo hago yo de tí.

Gelanor

¿Pues cómo me hablas asi,
necio, ignorante, grosero?

Corbante

Como ya á conocer llego
que solo servir podrá,
el hombre ruin que no dá,
de hacer infame mi ruego. *Vase.*

Gelanor

¿A mí tanto atrevimiento?
¿á mí este arrojo? mas hoy
se ha de conocer que soy
picaron de entendimiento;
pues con tanto memorial
me cargan, como si yo
fuera algo,

ESCENA XI.

Dicho, y sale Camilo.

Camilo.

¿Quién aquí dió voces?

Gelanor.

Señor, tu imperial grandeza, pues te he servido con prontitod y cuidado, hoy me ha de dejar premiado con sacarme de valido, pues este es afan eterno á que nadie bastará; yo me retiro, que ya no hay fuerzas para el gobierno.

Camilo.

¿Pues tú gobiernas?

Gelanor.

Nada; y aun con eso mi rudeza conoce que la grandeza es vida desesperada: todos se valen de mí para uno y otro enredo; y cuanto contigo puedo, quieren todos para *sí*: y en el número que crece de uno y otro que me sigue, se queja quien no consigue, y quien logra no agradece. Mil sátiras contra tí saca el pueblo desbocado; y por pobre ú olvidado

no me perdonan á mí,
persuadidos al error
de que han de mandar no acabo,
que mas vale ser tu esclavo
dicen, que ser senador.
Antes nadie se acordaba
que fuí tu esclavo algun dia,
hoy al ver mi fantasía
el valimiento ostentaba.
Todos me acuerdan mi sér,
por mas que con el lucir
anda ocioso mi vivir,
de que olvide mi nacer;
y en que es error he caido;
que en uno é otro lugar,
quien tiene porque callar
quiera ser muy conocido.
Y así licencia este dia
pido, pues antes campaba,
y ninguno escudriñaba
el modo con que vivia,
y está espuesto á mil enojos
el hombre mas principal,
en quien para bien ó mal
están puestos muchos ojos.

Camilo.

¡Qué ignorantes son los hombres!
pues el mas sábio, el mas docto
y el mas cuerdo, tiene en fin
algo que aprender de un loco.
Aun este me está enseñando
este afan á que me espongo;
gracias á mi estudio que
abriéndome vá los ojos

en el mismo error y el mismo
engaño fatal ¡Oh, cómo
el entendimiento saca
aun de las dichas que logro!
¿Mas qué es esto? *Tocan.*

ESCENA XII.

Dichos, y sale Licinio, y despues Lidoro.

Licinio

Gran señor,
el ejército copioso
con que Adriano de las Galias
sosegó los alborotos,
y en los Alpes se quedaba
á nuevos tumultos pronto,
no ha querido tu eleccion
admitir, y presuroso
la vuelta de Roma marcha,
para hacer sin duda estorvo
al juramento. *Tocan.*

Sale Lidoro

Señor,
nuncias hay de que Clodio
un capitan de Trajano,
mueve el ejército todo
con que triunfante del Asia
volvió su Cesar glorioso;
pues sabiendo la mudanza
que hay en el romano Sólio,
él se llama Emperador,
y desde el cabo remoto
de Brindis, donde su gente
quedaba en guarda del golfo,

contra Roma marcha.

Camilo.

¡Cielos,
aun me guardais mas ahogos!

ESCENA XIII.

Dichos, y sale Cleantes.

Cleantes.

De Sicilia y de Cerdeña
los isleños sediciosos,
no han querido obedecerte,
y opuestos á tu decoro,
niegan á Italia los granos
que en sus fértiles contornos
vertió Ceres en espigas,
hizo vegetable el oro,
faltando en Roma por eso
el abasto; el pueblo ensioso
contra tí clama

Camilo.

¿Hay mas males?

Gelanor.

Sin duda se han hecho de ojo
al llegar, que estos correos
se alcanzan unos á otros. *Música.*

Camilo.

¿Y qué músicas son estas?

ESCENA XIV.

Dichos, y sale Trajano.

Trajano.

De Adriano los desposorios
ván á celebrar ahora:

¿cómo no asistis vosotros
á honrarle?

Galanor.

¿Y mas ese trago?

Camilo.

El dolor mas riguroso
es este, pues entre tantos
hace mas fiero destrozo,
y matar á Adriano ya
no solo es dificultoso,
pero imposible, viniendo
su egército: ¡Hádos piadosos!
¿qué haré?

Lidoro.

Qué resuelves?

Cleantes.

¿Qué respondes?

Camilo.

Que estoy absorto;
Bretaña se me rebela,
las islas hacen lo propio,
Clodio el Laurel tiraniza,
y el egército furioso
de Italia nos amenaza:
¿quién podrá acudir á todo,
cuando aun para el donativo
no hay medios en el tesoro?
¿y cuando estos memoriales
son de tantos ambiciosos,
que hoy me han pedido mercedes
hasta mi amigo Lidoro
me pide en esta con quejas,
y cuando en su mano pongo
toda mi imperial hacienda,
aun está de mí quejoso?

Trajano.

¿Pues dí, qué Monarca sabe
quien es su amigo? yo ignoro
quien lo es mio, que escondiendo
con el interés el ódio,
ninguno hay que no parezca
amigo del poderoso.

Camilo.

¡Oh, felices las desdichas,
si el Hado las féria, á logro
de conocer los amigos!
¿y en los medios que dispongo,
de quién sabré la verdad?

Trajano.

De nadie, porque hay muy pocos
que hablen verdad á un Monarca;
y es el dolor mas penoso
que tuve en cuanto mandé;
que si alguna verdad toco,
es porque yo la discurro,
pero no porque la oigo.

Camilo.

Esa pension mas: ¿Trajano,
qué remedio hallaré pronto
á tantos males?

Trajano.

A mí
tarde me pides socorro.
Tú juzgaste á tanto peso
por suficientes tus hombros:
hoy cumplen los quince dias
que á tu direccion otorgó;
el Senado está ya junto,
y el pueblo con alborozo
te espera, pues novedades

alimentan á este monstruo.
Y puesto que ya llegamos,
vén, sube conmigo al Trono,
donde verás que en solemne
acto público, depongo
las insignias.

ESCENA XV.

Salon régio: en él estará el Senado, y sientase Tra-
no, Cleantes, Camilo; y sale toda la Compañia.

Todos.

Viva el Cesar.

Senador 1.

Y reciba de nosotros
el Laurel y el juramento.

Camilo.

Escuchad primero todos:
yo no tengo tiempo mio,
yo estoy sujeto á la fama:
de elegir amigo y dama
tampoco tengo albedrio:
de nadie seguro fio,
á ninguno puedo dar,
la Magestad singular
por fuerza me hace sufrir,
y sin quitarme el sentir,
aun no me dejan quejar;
no he de saber de amistades
sin intereses unidos;
y siempre á mis oidos
se han de esconder las verdades:
á tantas necesidades
he de acudir, y en rigor
no hay tesoro de valor

para tanto; y así infiero
que fuí rico caballero,
y soy pobre Emperador
Y pues de todo no ignoro,
que si yo le admiro hoy,
de mi propio Imperio soy
el Esclavo en Grillos de Oro:
y que este metal sonoro
es sin duda el mas pesado;
buscad quien esté obligado
á esto, pues por varios modos,
aun aquí me piden todos
mas de lo que me han pagado.
A tus pies estoy: perdona
ó castiga en mí mi suerte;
pero antes quiero la muerte,
Trajano, que la Corona;
no basta á esto mi persona;
mas dirá mi fé rendida,
que á un buen Rey, por mas que pida,
aun no le paga el vasallo
con la hacienda y con la vida.

Trajano

¿De suerte que tú no bastas
á este deseo?

Camilo.

Ya me postro.

Trajano

Pues ahora he de castigarte,
ignorante, necio, loco:
¿tiene un esclavo el Imperio,
y tú quieres ambicioso
quitársele, sin que pueda
suplir tu falta tu arrojo?
Supuestas son las noticias

de las guerras y alborotos;
que porque pueden ser ciertas,
ver lo que hicieras dispongo,
si en tal aprieto te vieras.

Camilo.

Castígame riguroso,
pues no estrañaré el castigo,
cuando el delito conozco.

Trajano

Por eso y por la amistad
de tu padre, te perdono,
y tambien te dejo vivo,
porque publiques á otros
lo que me debes; y Adriano
por Cesar sucesor nombro.

Sirene.

Con que cesando el motivo
de estar con él desdeñoso
mi afecto, cuando en Adriano
se me añade ahora el propio,
que es lo desigual, bien puedo
decir que es Camilo solo
mi esposo?

Camilo.

Feliz mil veces
soy en perder, cuando gozo
tu favor.

Adriano.

Por no incurrir
en lo mismo que celoso
te culpaba, que estorvar
á un vasallo el matrimonio,
lo permito hoy, que soy Cesar,
pues con Octavia propongo
mis bodas antes de serlo,

por no esponerme al antojo
de que el Senado lo impida.

Octavia.

Feliz soy en tal esposo.

Gelanor.

Y si el suceso por serlo
no hubiere sido enfadoso,
vuestras piedades merezca
el Esclavo en Grillos de Oro.

El Esclavo en Grillos de Oro.

Entran en Roma triunfantes de los partos y medos el Emperador Trajano y Adriano su sobrino, saliendo á recibirlos el pueblo. Camilo, ambicioso del mando y amante de Sirene, fragua una conspiracion contra los dos, de la que informado Cleantes por uno de los conspiradores, dá cuenta á Trajano, aconsejándole que pues su enemigo tiene ya ganados á los soldados pretorianos, se salga de Roma, y poniéndose al frente de su ejército, castigue al rebelde; pero no sigue Trajano este consejo, sino que manda al prefecto Licinio conduzca preso á su presencia á Camilo. Adriano y Camilo, amantes los dos de Sirene, concurren por verla de noche á un jardin: la oscuridad hace que hablen equivocadamente el primero á á Octavia, y el segundo á Sirene; pero conociéndose ambos ribales se baten, y sobreviene Licinio, que mediante la orden recibida apresa á Camilo.

Reunido el Senado Romano, y sentado Trajano en su Trono imperial, es presentado Camilo como reo. Trajano en vez de castigar su crimen, le eleva á la dignidad de Cesar, y es revestido con las insignias de tal. Quéjase Adriano á su tio de semejante conducta, y él le satisface y consuela. Empieza el nuevo Cesar á ejercer sus funciones, y no bien quiere escribir un billete á Sirene, cuando le llama Cleantes á despachar, sin permitirle ni un instante de demora. Dicta diferentes providencias, y Trajano le hace ver los absurdos que comete. Sirene desahoga con Libia la pena que la ocasiona ver la elevacion de Camilo, pues la reputa un obstáculo para que se case con ella. Llega su amante, y estando ambos en tiernos coloquios, se presenta otra vez el Consul en busca de él

para el despacho de unas consultas Camilo propone dar esta comision á Lidoro; mas no le es permitido. Resuélvese Adriano á hablar á Sirene, y aunque ésta no le dá esperanzas, le dice entre otras cosas que Camilo habia ya muerto en ella, cuya espresion la oye el nuevo César escondido, y asi como Octavia que apasionada de Adriano, arde de celos al acechar á Adriano con Sirene. El caérsele á ésta un lazo, hace que salga Camilo, quien riñe con su competidor, y acudiendo al ruido Trajano, Cleantes y Lidoro con guardias, le hacen ver no puede obrar de aquel modo, ni aun para castigar á un enemigo: y que tampoco en calidad de Cesar le es permitido elegir para esposa á la que le guste.

Despachando Camilo con Cleantes, le dá éste cuenta de la rebelion de las islas británicas, y que son necesarias grandes providencias en semejantes circunstancias, y le presenta en seguida un memorial de Adriano, solicitando el permiso para casarse con Sirene. Furioso con esta novedad, declara á Cleantes y á Lidoro, que si ha aspirado á ser Cesar ha sido con intento de poner aquella dignidad á los pies de Sirene. Lidoro le aconseja no le conceda la licencia; Cleantes desaprueba este dictamen; pero separado del Consul, sigue el consejo de Lidoro, determinando darle la licencia: pero hacer al mismo tiempo que lo envenenen. Vuelve Camilo al jardin por hablar con su amante, que se resiste á sus requiebros, y pretendiendo tomarla una mano, se la coge Adriano que está escondido, y que uniendo lo respetuoso á lo valiente, ni permite que se la quite, ni deja de darle las gracias por la licencia, postrándose á sus plantas con Sirene. Trajano satisface á Adriano del agravio que cree haberle hecho en anteponerle á Camilo para Cesar, esplicándole sus ocultas miras, y la gratitud que

debia al padre de Camilo, la que le habia obligado á no castigar con pena de muerte el delito de su conspiracion. Participa Licinio al Cesar, que el ejército de las Galias llega ya sobre Roma, descontento de la eleccion de su persona: Lidoro le comunica, que Clodio capitan de Trajano, se ha rebelado por igual motivo y se titula Emperador; y Cleantes le espone la sedicion de las islas de Cerdeña y Sicilia. En este apuro pide consejo á Trajano, quien solo le responde que cumpliéndose en aquel dia los quince por cuyo término le otorgó la direccion del Imperio, vaya con él al Senado, en donde le aguarda el pueblo para saludarle Cesar; pero Camilo desengañado y harto ya de la sujecion del Trono, declara ante el pueblo y Senado, que antes quiere la muerte que la Corona, y pide perdon á Trajano, quien se lo concede generosamente. Vuelve pues Camilo á su primera condicion y se casa con Sirene, y Adriano con Octavia, siendo nombrado inmediatamente Cesar.

Facil es conocer que el argumento de esta pieza era mas propio de una tragedia, que bien manejado llenaria el objeto de las tareas de Melpómene; pero el autor se propuso dar una leccion á los ambiciosos, y pintar los disgustos y sobresaltos que sitian á las altas dignidades, y las dificultades que á cada paso se encuentran en la recta administracion de un Estado. Bajo este concepto la parte moral está difundida en todo el contesto de la accion, y es la mas recomendable: la unidad de lugar se acerca mas á la verosimilitud que exijen las reglas, que en infinitas de las piezas de aquel tiempo, pues se supone que el jardin y el palacio estan contiguos: la de tiempo no pasa de quince dias, libertad que han concedido muchos de los mas severos preceptistas; y aunque no es corta la parte episódica, estan bastante dependientes sus lan-

ces con la accion principal, que camina sin interrupcion á su fin En el estilo delira menos Candamo que en la del *Duelo contra su Dama*, que hemos analizado: los caracteres de Trajano, lleno de generosidad, y el de Lidoro de adulacion y bajeza, estan trazados con propiedad, y no está exagerado el de Sirene en la situacion en que la coloca Seria necesario copiar gran parte de la Comedia para señalar sus puntos morales sobre diferentes asuntos; pero llamarémos la atencion sobre los siguientes:

Juicio que se hace de las acciones.

Ya sé, Lidoro,
lo que aventura mi fama
en accion tan peligrosa:
si en perderla ó en ganarla
consiste el ser mala ó buena;
y ha de quedar reputada,
si se pierde de traicion,
y si se logra de bazaña.
No la razon, el suceso
es quien hace buena ó mala
justicia, que se remite
al tribunal de las armas.

Sobre estadistas.

Líbrenos Dios de que haga
un estadista un capricho,
que con tema porfiada
mentirá todo primero
que mienta su judiciaria.

Sobre lo ligeramente que se juzga de los que gobiern.

Bien discretamente, Adriano,
mi zelo has reprendido,
llevado de tu pasion;
pero ignoras los motivos:
y así en el discurso yerras,
como yerran presumidos
cuantos á los Soberanos
residenciar han querido
las acciones, ignorando
la razon de sus designios.
Si yo castigar quisiere
traicion en que comprendidos
son tantos, regará á Roma
de muchos infaustos rios
de civil sangre, entre cuyos
raudales enfurecidos
suele ahogarse el vencedor
cuando fallece el vencido;
que en tumultos donde airado
lidia el padre con el hijo,
aunque el que pierde padezca,
queda el que gana perdido.
Camilo es hijo de un hombre
que fué mi mayor amigo, &c.

Sobre el esterior de los Principes.

Hombres son, mas la prudencia
de su secreto, se cifra
en que no han de parecerlo;
y las pasiones mas vivas,
ya que no puedan vencerlas,

por fuerza deben sufrirlas,
sin que alguno las conozca;
que si llegan á inferirlas,
pierde con los sentimientos
mucho la soberanía.

Acerca del cuidado que deben tener los Príncipes de su opinion.

La fama es juez de los reyes,
y es la mayor enemiga
que tiene el poder, supuesto
que la culpa que averigua,
hasta en futuras edades
eternamente castiga.
El Monarca que á la fama
no teme, si se le indigna,
jamas será buen monarca;
y así es bien que todos vivan
al gusto de esta fantasma,
que el bien ó el mal eterniza.

Son muy frecuentes en esta Comedia otros bellos trozos morales. Es animada y donosa la escena en que Gelanor representa el engreimiento de un privado al recibir el memorial de Corbantes, y por no faltar á la inveterada costumbre, introduce el autor dos ó tres cuentos no desgraciadamente peesentados.

Esto hace escusable alguna que otra inverosimilitud é impropiedad, siendo creible que aun en el dia se veria con gusto representada, si un hábil refundidor la descargase con arreglo al actual gusto.

INDICE

de las Comedias contenidas en este tomo.

	Páginas.
El Sastre del Campillo.	3.
Examen.	130.
Por su Rey y por su Dama.	135.
Examen.	270.
El Duelo contra su Dama.	273.
Examen.	414.
El Esclavo en Grillos de Oro.	421.
Examen.	562.

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT CHAPEL HILL

PRESENTED BY

Katherine McKnight

PQ 6217
. T447
no. 344

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00030485993

Bances Candamo, Francisco
Antonio

El duelo contra su dama